

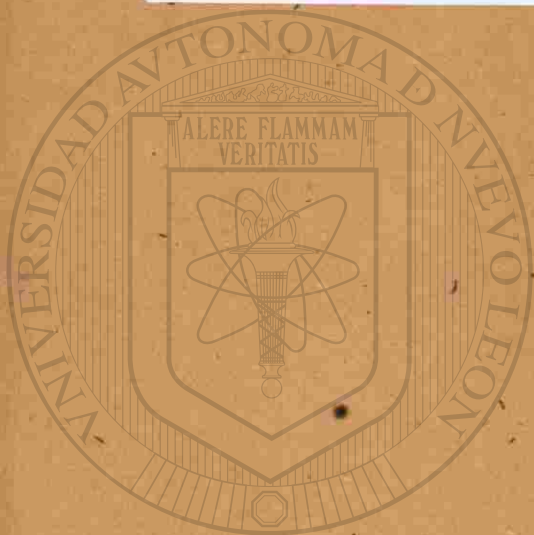
DAD A  
CIÓN G

LIBRARY  
MANUSCRIPTS  
OF  
BINARIES

PO6226  
.Z9  
S2  
V.2  
C.1



1080073597



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA MARQUESA DE PINÁRES.

UANL

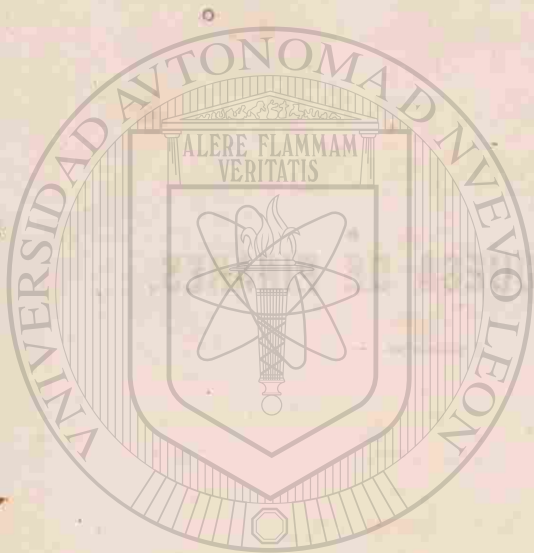
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tome II.

4



LA

# MARQUESA DE PINARES

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

NUEVA EDICION

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

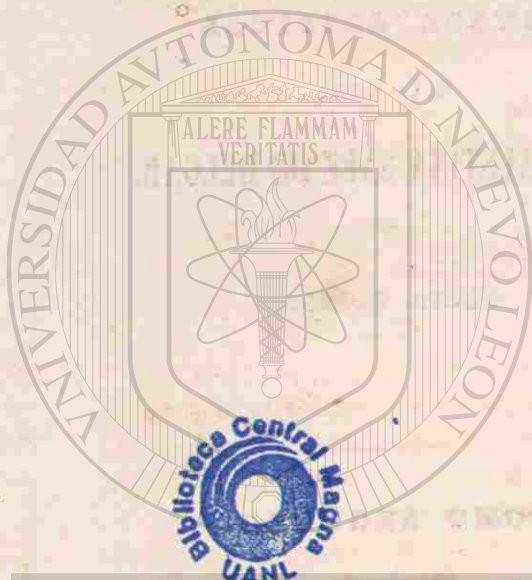
PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

Calle des Saints-Pères, nº 6.

1868

P06226  
. 29  
52



FONDO  
A. B. PÚBLICA DEL ESTADO  
73597

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA

## MARQUESA DE PINÁRES

### CAPÍTULO PRIMERO.

EL AGENTE DE LA SOMBRA.

La marquesa encontró á Honorata agitada de las mas horribles convulsiones; con el semblante desecado, la vista extraviada y brotando de sus labios una espuma sanguinolenta.

Hallábase rodeada de sus camareras y tendida junto al lecho sobre la alfombra de su dormitorio.

En sus crispadas manos oprimía un papel; la marquesa lo advirtió inmediatamente, y haciendo un gran esfuerzo pudo arrancárselo, comprendiendo desde luego sería una carta cuyo contenido, con los dolores que ya martirizaban el alma de la pobre jóven, habria sido causa de su accidente.

— ¡El médico! el médico! gritó la marquesa, y ayudadme á ponerla sobre el lecho, se va á lastimar.

Rafael, que presenciaba la dolorosa escena desde

el gabinete, viendo inútiles los esfuerzos de las doncellas para sujetar á Honorata y colocarla en la cama, acudió á prestar su ayuda, con la cual consiguieron su deseo.

Á poco entró el médico precedido de la afligida Aurora, que habia corrido en busca suya con la mas desesperada celeridad.

— ¡Se muere! doctor, se muere! murmuró la marquesa sin apartar los ojos de la enferma.

— ¡Oh Dios mio! Dios mio! decia Rafael, ¡tomad mi vida en cambio de la suya!...

Pálido como un cadáver, fué á arrodillarse á un extremo de la alcoba desde donde sin ser visto podia observar todos los movimientos de su amada.

— No hay que desesperar, dijo el doctor haciendo uso inmediatamente de los medicamentos que al efecto llevaba preparados segun los sintomas del mal que le habia referido la doncella.

No tardaron mucho tiempo en calmarse las convulsiones, pero quedó sin sentido largo rato.

La marquesa, ansiosa por averiguar el veneno que encerraba la carta que habia arrancado á la jóven, se retiró un poco, aprovechando el instante en que el doctor observaba el efecto de un medicamento que acababa de propinarla.

Á la trémula luz de un globo de cristal, cuyos pálidos reflejos iluminaban la alcoba, pudo leer las siguientes frases :

« Señorita : despues de la escena de esta mañana y de vuestro brusco rompimiento con Rafael, léjos de

mostrarse arrepentido y mucho ménos de sentir el inmenso dolor de vuestro corazon, se ha marchado alegre y satisfecho á casa Flor del Espino, y ha pasado en su compañía toda la tarde y hasta las diez de la noche, sin acordarse de sus deberes y jurándola un amor eterno, con la firme promesa de ser su esposo.

» Vuestra amiga.

LA SOMBRA. »

La marquesa alzó los ojos al cielo con amargura, como pidiendo á Dios el castigo de aquella mano aleve que se complacia en sembrar el luto y la desesperacion en el alma inocente de la cándida y hermosa jóven.

Rafael, que no habia perdido ni un movimiento de su madre, se acercó á ella y alargando la mano como pidiéndola el papel, exclamó con un tono de voz tris-tísimo :

— ¿Me permitis, madre mia?

— Sí, toma, y encárgate de averiguar quién es esa sombra, que se ha propuesto alterar nuestra tranquilidad.

Le dió la carta, y volviendo al lado de la enferma, la encontró con los ojos abiertos y la mirada brillante y febril.

— ¡Hija mia! exclamó la noble señora apoderándose de una mano que colgaba á un lado del lecho.

Honorata la retiró bruscamente, y haciendo un esfuerzo por levantarse, gritó como una loca :

— ¡Déjame! vision horrenda! sombra maldita!... déjame! ¡déjame, huye de mi vista; te has llevado mi felicidad y solo me queda la tumba!...

— ¡Dios mio! murmuró aterrada la marquesa.

Rogelio, que acababa de llegar de la calle, supo lo que ocurría y se presentó en el gabinete de Honorata; al propio tiempo una de las doncellas pedía permiso á la marquesa para retirarse, pretextando una indisposición ocasionada sin duda por la fuerte emoción que había sufrido al ver á la condesa en tan lamentable estado.

El permiso le fué concedido, y al salir se encontró con Rogelio á cuya investigadora mirada no se escapó la fisonomía de la joven camarera.

— ¡Esa mujer es culpable de algun crimen! dijo á su esposa. Manda que vigilen sus pasos, porque en la alteración de sus facciones se advierte la angustiada zozobra de quien no tiene su conciencia tranquila.

En seguida se aproximó á informarse con la mas tierna solicitud del estado de su pupila.

La marquesa, acercándose al lado de la alcoba donde Rafael se había retirado, le dijo en voz baja:

— La doncella que acaba de salir de aquí es Atocha, síguela, que acaso descubramos en ella al agente secreto de la infame sombra que nos persigue tan tenaz como cruelmente.

Rafael salió sin que le viera su padre por la puerta de la pieza de tocador que comunicaba con las habitaciones interiores. En el mismo instante las cruzaba Atocha, la que, deslizándose á lo largo del corredor, dejó á un lado los cuartos de la servidumbre y fué á bajar al jardín por la escalera de la galería.

La noche estaba oscura y silenciosa, muy á propó-

sito para citas nocturnas, lo cual no dejó de agradar á Rafael que, merced á la oscuridad, pudo sin ser visto seguir á la doncella por una calle de rosales que le condujo á una puerta secreta. La abrió con trémula mano despues de preguntar:

— ¿Eres tú? Á lo que una voz gruesa contestó desde fuera:

— Abre, Atocha, soy yo.

Un embozado penetró en el jardín, y deslizándose á lo largo de la tapia seguido de Atocha, fueron á sentarse en un banco de piedra.

— ¿Me esperabas? preguntó.

— Sí: hace rato oí la señal estando en el cuarto de la condesita, y tuve que pedir permiso para retirarme, pretextando una indisposición.

— ¿Y qué efecto ha surtido la carta de esta tarde?

— Espantoso. Ya desde esta mañana cuando volví del Retiro estaba desazonada y sumamente pálida; pero esta noche al ir á acostarse, vió la carta, la leyó y se conoce no pudo dominarse, porque dió un grito agudísimo y cayó en tierra agitada de unas convulsiones que han puesto en peligro su vida.

— Lo que conviene es que termine pronto; el día de su muerte es el de nuestra fortuna.

— ¡Qué lástima de señorita! Te confieso, Ataulfo, que desempeño con muchísima repugnancia el papel que me has encargado.

— Si no quieres, lo dejas; pero en ese caso debes renunciar á mi amor.

— ¡Eso nunca! por ti soy capaz de los mayores sacrificios.



Nuestros lectores habrán reconocido en el embozado al agente de Flora, el infame bandido cuya sed de oro era insaciable y se habia propuesto enriquecerse aunque para ello tuviera que cometer cien crímenes.

Rafael los escuchaba detras de unos árboles, y por casualidad se colocó en una posicion que le era imposible abandonar sin ser descubierto por ellos. Ahogado por el coraje, sentía subirle al rostro el calor de la indignacion; su rabia no tenia límites al considerar que en aquel momento no le era dado aprisionar al bandido y á su cómplice.

Estaba indefenso, sin armas, y tan lejos de sus habitaciones que no hubieran sentido el mas pequeño grito. No tuvo mas remedio que callar y seguir escuchando.

— Ya sabes, mi adorada Atocha, prosiguió el bandido, que mi único objeto al prestar este servicio tan poco agradable, pero que produce mucho, es formar un capitalito, casarnos y vivir en paz. Mi oficio está tan malo, que apenas gano para sostenerme, y la necesidad, al mismo tiempo que el deseo de hacer á mi amada rica y feliz, me ha hecho adoptar este papel.

— Pero nunca me dices á quién sirves; ¿no tienes confianza en mí?

— Muchísima; mas no te lo puedo decir porque yo mismo lo ignoro; y ademas, he prestado juramento de no hacer indagaciones para descubrirlo.

— Es muy raro. Parece imposible que una señora tan jóven, tan buena y tan angelical, haya podido

inspirar á su perseguidor un odio tan profundo como encarnizado.

— ¡Quién sabe, será cuestion de amores! Alguno que no pudiendo conseguir su mano, porque esta señora solo ama á su prometido, ha jurado vengarse en ella, en él y en toda su familia.

— ¡Pobrecillos, y son tan buenos!...

— Y qué hemos de hacer? cada uno seguirá en el mundo la suerte que le marque su destino; sigamos nosotros la nuestra.

Ataulfo se levantó al decir esto.

— ¿Te vas?

— Si, tengo prisa; solo queria verte por saber si la condesa habia leído la carta y por entregarte esta otra para que la pongas en el cuarto del marqués.

— Ya puse esta tarde en el escritorio de la marquesa las que me diste; por casualidad estaba abierto; y las puse con otros papeles en un cajoncito.

— Bien, déjalas allí, ellas cantarán.

— ¿Y cuándo nos veremos?

— Mañana á estas horas volveré.

— Adios, pues, no me olvides; ¡considera á cuantos peligros me expongo por tu amor!...

— ¡Si tú vales un imperio!...

La voz de los dos amantes se fué perdiendo entre las ramas del jardín; Rafael echó á correr en direccion al palacio, por esconderse en las galerias ántes que Atocha llegase.

Efectivamente, apareció la jóven poco despues, mirando con recelo á los lados, por si la habian des-

cubierto. Luego fué hacia el dormitorio del marqués. Como todos estaban en las habitaciones de Honorata pudo, sin ser vista, dejar la carta, volviendo á salir como una sombra y huyendo con la rapidez del relámpago á esconderse en su cuarto.

Rafael la dejó marchar, aplazando su venganza para la noche siguiente cuando volviese Ataulfo á la cita.

Se adelantó resueltamente, y cogiendo la carta que Atocha acababa de dejar, se acercó á una lámpara y leyó que lo sigue :

« Señor marqués : un sentimiento de compasion me mueve á daros un aviso provechoso. Estáis haciendo en la sociedad un papel muy ridiculo ; pues acaso únicamente vos ignoráis la liviandad de vuestra esposa. ¡ Tiene un amante, y encontraréis pruebas de ello en su escritorio, porque las epistolas amorosas abundan mucho en sus criminales relaciones!... »

— ¡ Infames ! murmuró Rafael guardándose la carta ; pretenden calumniarla en el ánimo de su esposo ; ¡ á ella, la mas pura ! ¡ la mas santa de las mujeres !...

¡ Oh ! yo descubriré quién es el enemigo tan vil y tan miserable que nos persigue sin descanso valiéndose de unos medios tan bajos y tan indignos.

Mañana caerán en mi poder tus cómplices ; ¡ y ay de ti si llego á verte cara á cara !...

Temeroso el noble jóven de que su padre le sorprendiera en su aposento, se retiró al suyo, acostándose en seguida, no para dormir, sino para dar algun descanso á su agitacion continua.

Cien veces hizo ir á su ayuda de cámara á informarse del estado de la condesa y siempre volvía repitiendo :

— ¡ Sigue mal, muy mal !

## CAPÍTULO II.

### HISTORIA DE LÁGRIMAS.

Vamos á penetrar, lectores míos, en el sombrío y oscuro calabozo donde se hallaban encerrados el conde de Cinkar, su eriado y la infeliz y acongojada doña Tecla.

Aunque el conde tenia puesto su magnifico reloj guarnecido de brillantes, les era completamente inútil, pues la profunda oscuridad que los rodeaba, no les permitió ver la hora ni medir el tiempo que llevaban sepultados en aquella espantosa caverna.

Pero nosotros que no lo ignoramos, haremos presente á nuestros caros lectores y sobre todo á las simpáticas lectoras, que serán las mas interesadas en esta aventura, que permanecieron aquellos infelices cuatro dias sin esperanza de salvacion.

El primero los consoló la idea de que acaso la princesa, si no por lástima, por el temor de los remordi-

mientos que agitarían su conciencia, les arrojaría algún pedazo de pan y un poco de agua con que soportar menos mal su penoso cautiverio.

— Yo tal creo, dijo el conde apoyando el anterior pensamiento que se le había ocurrido á Ruderico.

— No lo creáis, exclamó llorando la jorobada. Esa mujer tiene entrañas de tigre y no se compadece de nadie.

Al arrojarlos aquí tendrá un motivo poderoso para odiarnos y nos dejará perecer.

— ¡No puede llegar á ese extremo la crueldad humana!

— Si la hubierais oído como yo hablar con un bandido y darle con la mayor sangre fría la orden de muerte contra dos personas inocentes, temblaríais por vuestra suerte como yo temblé por la de los infelices.

— ¿Y quiénes eran? preguntó con ansiedad el conde.

— El marqués de Pináres y su hijo. ¿Los conocéis?

— No; pero tengo entendido que es una familia tan noble como ilustre y generosa.

— Pues con toda su bondad, no se libran de las persecuciones de esa hiena que ha jurado exterminarlos.

— ¡Ah! contadnos, contadnos todo lo que sepáis de ella, y cómo habéis llegado á ser el instrumento de sus maldades.

— Escuchad por qué serie de desventuras he venido á desempeñar un papel que me hace parecer á

vuestros ojos una criatura indigna y miserable, pero que solo es digna de lástima.

— Á ninguna criatura humana, siempre que el arrepentimiento de sus maldades sea sincero, puedo mirar con desprecio, dijo el conde; todos, hasta el criminal mas endurecido, son dignos de compasion, por sus lamentables extravios ó por las desgracias que les hayan conducido á ellos.

— ¡Ah! señor, sois muy bueno; y confiada en vuestra generosa indulgencia, expondré uno por uno sin disfrazarlos siquiera todos los hechos de mi vida, hasta los que tienen relacion con vuestro hijo.

— ¡Ah! sí, pero sed breve y no me hagáis desesperar con dilaciones inútiles.

— Haré lo posible por complaceros. Nací en Cádiz, perdí á mi madre en la niñez, y mi padre, que era un empleado subalterno, se esforzó en darme una educacion adecuada á sus cortos intereses. La fatalidad empezó á estrellarse sobre mi cabeza casi desde mi nacimiento; pues tuve la mala suerte de recibir como un funesto don una figura deforme, un rostro feisimo y una constitucion raquítica y enfermiza, por lo cual nunca pude dedicarme á ninguna clase de trabajo. Llegó una época en que mi padre quedó cesante, faltándonos, con su escaso sueldo, hasta el necesario sustento. En esta cruel situacion, pensó venirse á Madrid, donde poniendo en juego la influencia de algunos amigos de su juventud, conseguiria acaso le rehabilitasen en su destino.

Hízolo así efectivamente; empeñando algunas

prendas, pudimos reunir los fondos necesarios para el viaje, y se vino lleno de esperanzas que bien pronto se convirtieron en amargos desengaños.

Ninguno de los amigos en quien confiaba le hizo caso, negándose á recibirle, siempre que se presentó á ellos, sin embargo de que algunos le debian inmensos favores. Sus esfuerzos, durante tres años que permaneció aqui, fueron inútiles. No consiguió le devolviesen su empleo ú otro equivalente, y lo que es peor, agotados sus recursos no pudo volverse á mi lado. Apenas pudo con el trabajo de sus manos proporcionarse un pedazo de pan.

En tanto yo apuré en Cádiz hasta las heces el cáliz de la amargura. Pobre, fea, jorobada y enferma, en términos de no poder dedicarme á ninguna ocupacion, me vi á veces en la necesidad de acudir á las casas de los que habian sido nuestros amigos, en demanda de un socorro, lo que no siempre conseguia. En cambio, el ridiculo, el desprecio y el sarcasmo de mis paisanos, estaba pronto á lanzarse sobre mí, mortificándome de una manera horrible, las burlas y picantes chanzonetas de que era objeto siempre que salia á la calle. En este triste estado, determiné dejarme morir de hambre ántes que aparecer otra vez donde me hicieran sufrir tan crueles insultos. ¡El cielo no lo quiso!

No se por dónde supo nuestra habitacion un antiguo conocido de mi padre, y vino á casa buscándole. Cuando le conté la historia de nuestras desventuras se compadeció y me dijo :

— Yo puedo aliviar vuestra suerte. Tengo encargo de buscar una persona de confianza que se quede al cuidado de un niño de dos años, hasta que su madre venga á buscarle, y nadie mejor que vos puede desempeñar esta comision.

— ¿Cómo se llamaba? preguntó Ruderico interrumpiendo á la jorobada.

— Zacarias Mariani ; era Italiano. Mi padre le conoció en un viaje que tuvo que hacer á Nápoles.

— ¡ Tu padre ! exclamó el conde.

— ¡ Sí, mi querido padre ! dijo el jóven, ay ! ¡ si supiera nuestra suerte, cómo volaria al socorro de su amo y de su amado hijo aunque tuviera que hacer mil sacrificios !

— Ignoraba los lazos que os unian al bondadoso Mariani, continuó diciendo la jorobada ; y esto es un motivo mas para que yo os aprecie, porque á él debo lo poco que he disfrutado de bienestar y dichosa tranquilidad en este mundo.

Á los dos dias me llevó el niño, y fué acompañado de vos, á quien yo entónces conocí con el nombre de Giacomo Albertini.

— Ese es mi verdadero nombre : el título de conde con que hoy me conocen, lo heredé poco despues ; pero continuad, dijo el conde deseando oír el final de aquella historia de lágrimas.

Doña Tecla, dando un profundo suspiro, prosiguió de este modo su relato :

— Os embarcasteis ambos para la Habana ; y yo recibí órden de presentar todos los dias últimos de

cada mes el niño en casa de un rico comerciante, el cual pondría en sus manos la suma destinada para sus alimentos, y que bastaba, no solo para los dos con mucha holgura, sino para mandar alguna cosa á mi padre, que hubiera muerto sin duda mucho ántes á no ser por este socorro.

Dos años tuve á mi lado el hermoso niño, que cual un ángel de paz me reconcilió con la vida, y fué durante este tiempo mi salvacion y mi alegría.

— ¡Hijo de mi alma! murmuró el conde sin poder contener su emocion.

Doña Tecla habiendo un esfuerzo continuó :

— Recibí una carta de Madrid en la que me participaban que mi padre estaba enfermo de peligro, y que todo su afán y sus incesantes clamores eran por abrazar á su única hija. ¿Cómo resistir al deseo de un padre moribundo? ¿cómo no acudir á su voz? ¡ay! no tuve valor para negarle aquel consuelo. En medio de mi dolor, no se me ocurrió dar parte de mi marcha á los señores encargados de darme la pensión ó haberles entregado el niño. Creí volver ántes de terminarse el mes, y en esta confianza le dejé en casa de una señora anciana, vecina mia, que vivía enteramente sola.

Vine á Madrid, encontré á mi padre muy malo, pero aun resistió algun tiempo, y mi deber, mi cariño de hija, me retuvieron á su lado hasta que en mis brazos exhaló el último suspiro.

Muerto mi querido padre, nada me detenía en la corte y volé á Cádiz á seguir cuidando á mi hermoso

Arturo. ¡Mas ah! la suerte se habia cansado de serme propicia.

Ahogada doña Tecla por los sollozos, volvió á detenerse, bien fuera por los recuerdos que en su alma despertaba aquella época de su vida ó por temor de la afliccion que causaría al conde. Este, deseando continuase, la mandó seguir.

— Llegué á mi casa; pregunté por la señora que se quedó con el niño, y me contestaron los vecinos que á los pocos dias de salir yo de Cádiz, fué acometida de un accidente del cual falleció. Nadie sabia de Arturo; por último, á fuerza de investigaciones, pude averiguar que unos dias ántes de morir aquella señora se habia presentado en su casa un sobrino suyo, el que despues de recoger su último suspiro se vino á Madrid trayendo en su compañía al niño con ánimo de entregarme si me encontraba.

— ¿Y no supisteis el nombre de aquel caballero? preguntó el conde con vivísima ansiedad.

— No, señor, pues aunque las vecinas pretendian saberle, cada una decia una cosa y fué imposible averiguar la verdad; solo pude saber que era pintor, por algunos retratos que dejó hechos en el poco tiempo que permaneció en Cádiz.

Me vine otra vez á la corte en busca de aquella hermosa criatura que era mi única salvacion, porque la miseria mas espantosa me amenazaba; y como en la casa de comercio solo en su mano ponian la pensión, no presentando el niño, era inútil ir á recogerla.

Desde entónces solo la miseria y el dolor han sido

mi alimento. Mis desesperados esfuerzos por encontrar al niño se estrellaron contra la fatalidad. En mi locura creía que cualquiera me daría razón y á todos preguntaba : ¿ Habéis visto á Arturo? ¿ dónde está Sebastian? ¿ dónde ese niño, dónde?...

— ¿ Vos le nombrabais Sebastian? preguntó el conde.

— Si, señor ; como encargasteis que nadie supiera su verdadero nombre, le puse el de mi padre y casi todos le conocían por Sebastian ; hasta él mismo ignoraba que tuviese otro. Doña Tecla prosiguió.

La miseria que empezó á perseguirme de cerca, la desesperación y los sufrimientos, aniquilaron mis fuerzas en términos que caí postrada por una enfermedad agudísima. Me llevaron al hospital donde pasé dos años ; al cabo de este tiempo salí de él.

Empero, como declarase mi falta de recursos y que ni aun hogar tenía donde recogerme, me llevaron á San Bernardino. Este piadoso asilo será muy bueno, muy santo y caritativo ; mas yo solo encontré en él nuevos y amarguísimos tormentos. Como me veían bastante jóven y animosa, pretendieron hacerme trabajar, lo cual no pudieron conseguir porque no supe hacer ninguno de los trabajos á que me dedicaron. Con este motivo y con el de mi deforme figura, empecé á sufrir las burlas y las picantes sátiras de todos los que se albergaban en el establecimiento. Algunos años aguanté con paciencia sus insultos, sus risas ; hasta que llena la medida del sufrimiento, preferí pedir una limosna, ántes que vivir

entre ellos ni un minuto mas. Resuelta á escaparme, lo hice efectivamente el primer día que se me presentó ocasión favorable.

Era tan amargo el pedazo de pan que allí recibía, que preferí implorar la compasión pública, con lo que tuve ocasiones de arrepentirme mas de cuatro veces.

En fin, para no cansaros, dejaré todos esos pormenores que en nada os interesan : básteos saber que hará año y medio conocí á la princesa por una casualidad. Con ánimo de conmovérsela y que me socorriese, la conté todas mis desventuras. Inmediatamente me dió las llaves de la casita de la calle del Sordo, diciéndome que la habitase, que me la cedía por compasión, señalándome además una suma enorme para mi sustento.

Asombrada al ver tanta esplendidez, no sabía qué pensar, y poseída de la mas viva gratitud me dediqué en cuerpo y alma á su servicio.

Es verdad que nunca ha exigido de mi otra cosa, que el cuidado de abrir y cerrar la puerta á las personas que venían en secreto á verla ; pero al fin he llegado á comprender por unas cosas y otras la maldad de su corazón, sus intrigas, y los infames medios de que se vale, auxiliada por bandidos y malhechores, para perder á las personas que han merecido su odio, acaso tan inocentemente como nosotros.

Aquí llegaba de su conversación doña Tecla, cuando oyeron á un extremo del sótano un pequeño ruido.

— ¡ Ya vienen á socorrernos ! dijo el conde animado por una esperanza.

— Va á matarnos ántes que podamos gritar, exclamó Ruderico escuchando con la mas profunda atencion.

### CAPÍTULO III.

Como desde que fueron encerrados en el subterráneo no habian sentido el mas pequeño ruido, les llamó mucho mas la atencion el que se dejó sentir despues de tantas horas de silencio.

Luego, la angustiada ansiedad en que se hallaban esperando, como un auxilio del cielo, un rayo de luz que iluminase su moribunda esperanza, les hizo crecer el deseo de que el pequeño movimiento que habian creído oír continuase. Empero, fué una cosa momentánea; una especie de trampa de madera se habia corrido en el techo, y sintieron caer en la arena del sótano dos objetos, uno tras otro, dejándose oír á poco una voz que gritó:

— Ahí tenéis pan y agua.

Seria difícil pintar el júbilo que sintieron los infelices, al escuchar aquella voz que les pareció bajada del cielo.

Solo podría comprenderlo el que haya pasado treinta horas sin probar alimento, y abrigado por espacio de otras tantas la idea de que los dejarían morir de hambre.

Los tres se lanzaron á un tiempo á buscar los objetos en el ángulo del aposento donde, á su parecer, debian haber caído.

El conde y Ruderico de rodillas, y la jorobada arrastrándose por el suelo, extendian las manos en todas direcciones, separándose tan pronto, como volviéndose á encontrar.

— ¡Aquí está el agua! gritó Ruderico con alegría, asiendo en la oscuridad un cántaro de metal.

— ¡Y aquí el pan! exclamó el conde levantando en alto el talego que lo contenia, como si sus compañeros lo hubieran podido ver.

— ¡Á verlo! ¡á verlo! repuso con ansiedad la jorobada.

¡Ay! ¡en medio de su júbilo olvidaban que no tenían ni un rayo de luz!...

Sin embargo, reuniéronse los tres en un punto, y con la fraternidad que inspira la mutua desgracia pasaron de mano en mano el sabrosísimo alimento, que aunque no hubiera sido el mejor del mundo á ellos les habria parecido.

Despues de satisfechas el hambre y la sed que los devoraba, aun les quedaron víveres en abundancia. Cuando lo notaron exclamó Ruderico:

— Esa pícara piensa sin duda tenernos á pan y agua mucho tiempo, segun las provisiones que nos arroja.

— Va á matarnos ántes que podamos gritar, exclamó Ruderico escuchando con la mas profunda atencion.

### CAPÍTULO III.

Como desde que fueron encerrados en el subterráneo no habian sentido el mas pequeño ruido, les llamó mucho mas la atencion el que se dejó sentir despues de tantas horas de silencio.

Luego, la angustiada ansiedad en que se hallaban esperando, como un auxilio del cielo, un rayo de luz que iluminase su moribunda esperanza, les hizo crecer el deseo de que el pequeño movimiento que habian creído oír continuase. Empero, fué una cosa momentánea; una especie de trampa de madera se habia corrido en el techo, y sintieron caer en la arena del sótano dos objetos, uno tras otro, dejándose oír á poco una voz que gritó:

— Ahí tenéis pan y agua.

Seria difícil pintar el júbilo que sintieron los infelices, al escuchar aquella voz que les pareció bajada del cielo.

Solo podria comprenderlo el que haya pasado treinta horas sin probar alimento, y abrigado por espacio de otras tantas la idea de que los dejarían morir de hambre.

Los tres se lanzaron á un tiempo á buscar los objetos en el ángulo del aposento donde, á su parecer, debian haber caído.

El conde y Ruderico de rodillas, y la jorobada arrastrándose por el suelo, extendian las manos en todas direcciones, separándose tan pronto, como volviéndose á encontrar.

— ¡Aquí está el agua! gritó Ruderico con alegría, asiendo en la oscuridad un cántaro de metal.

— ¡Y aquí el pan! exclamó el conde levantando en alto el talego que lo contenia, como si sus compañeros lo hubieran podido ver.

— ¡Á verlo! ¡á verlo! repuso con ansiedad la jorobada.

¡Ay! ¡en medio de su júbilo olvidaban que no tenían ni un rayo de luz!...

Sin embargo, reuniéronse los tres en un punto, y con la fraternidad que inspira la mutua desgracia pasaron de mano en mano el sabrosísimo alimento, que aunque no hubiera sido el mejor del mundo á ellos les habria parecido.

Despues de satisfechas el hambre y la sed que los devoraba, aun les quedaron víveres en abundancia. Cuando lo notaron exclamó Ruderico:

— Esa pícara piensa sin duda tenernos á pan y agua mucho tiempo, segun las provisiones que nos arroja.



— Y á oscuras, que es lo peor, dijo el conde, á quien no le agradaban las tinieblas.

— ¡Y acostados en el duro suelo! añadió suspirando doña Tecla, al recordar su mullido lecho.

— ¡Oh! pues esto no puede quedar así, repuso Ruderico con resolucion.

— ¿Qué piensas hacer?

— Dar gritos hasta que me oigan. Ahora que hemos satisfecho nuestra mas imperiosa necesidad y recobrado las fuerzas, vamos á improvisar un duo de lamentaciones, sostenido un rato entre dos miéntras el otro descansa; iremos alternando y se amenizará la función con fuertes golpes en las paredes.

Indudablemente debe haber habitaciones contiguas á este sótano, y por fuerza nos han de oír y darán parte á la autoridad.

— Sí, sí, tenéis razon, exclamó con alegría la jorobada. Al lado de este casa hay una tienda de comestibles y sus cuevas deben estar pegadas á esta. Hagamos un ruido infernal, que ya nos oirán.

— Empezad; yo daré golpes en la pared, dijo el jóven.

— ¿Y con qué los darás para que suenen bien? preguntó el conde.

— Con las pistolas que os dejasteis arriba y yo recogí por precaucion.

— Es verdad; mira que están cargadas.

— Tanto mejor: cuando oigamos algun ruido como en promesa de socorro, las disparo y al oír el estruendo ya no podrán dudar que estamos aquí en-

cerrados. Y mucho mas si llega á saberlo el sereno á quien yo previne la misma noche, y que al ver no hemos salido de la casa, estará haciendo indagaciones.

— ¡Ea! manos á la obra, dijo el conde frotándose las suyas, en señal de que habia acogido el magnifico pensamiento de su criado con el mas extraordinario júbilo.

— Empezad vos, doña Tecla, dijo Ruderico, nos ensayaremos primero.

La jorobada con su voz atiplada y chillona empezó á dar tales aullidos, que mas bien parecian los maullidos de un gato que lamentos humanos.

— Así no, así no, dijo Ruderico con viveza: van á creer que maullan los gatos y no nos harán caso.

— Eseuchad, de otro modo, dijo la pobre mujer sin resentirse y esforzándose por dar á su voz diferente sonido.

— Ahora está mejor; pero hablad al propio tiempo como pidiendo socorro, imitadme á mí.

— ¡Favor! ¡favor! ¡quién nos socorre! ¡ay! ¡ay! ¡vecinos, por compasion!..... ¡ay! ¡ay! Ruderico al decir esto, daba espantosos gritos, doña Tecla le siguió, y el conde, en medio de su afliccion no pudo ménos de reirse al escuchar tan extraño duo.

— Yo haré la orquesta, dijo levantándose; y cogiendo el banquillo de madera que les servia de asiento, empezó á descargar con él fuertes porrazos en la pared.

— Que le vais á romper, señor conde, exclamó doña Tecla.

— ¡Y qué importa! los tres no cabemos en él, con eso quedaremos iguales. Nos sentaremos en el suelo.

Por espacio de muchas horas les sirvió de entretenimiento la ocupacion que habian tomado, y continuaron con ardor. El baneo se rompió efectivamente, saltando en pedazos por el sótano; entónces cada uno cogió el suyo, y se pusieron á dar golpes, cada cual en su pared, á ver por qué lado contestaban.

Rudérico quedó por casualidad en la medianera á la tienda y debió ser una de las veces que le oyó el ehico, y asustado tiraria algun cacharro, porque el animoso y leal criado del conde oyó el golpe y exclamó:

— He oido ruido; venid; y no abandonemos esta pared, pues al otro lado he sentido como un cántaro ó basija grande, arrojada con violencia en el suelo.

— Será esa la tienda de la cueva. ¡Oh! de ahí solamente debemos esperar socorro, dijo doña Tecla acudiendo seguida del conde, y armados cada cual con su respectivo pedazo de madera.

— Demandémosle con todas nuestras fuerzas, dijeron los tres volviendo á empezar su tarea con incansable actividad.

Ya saben nuestros lectores que por espacio de cuatro dias los estuvieron oyendo en la tienda; en la noche del quinto, fué cuando Perico el sereno, informado del caso, empezó á concebir sospechas, y dió parte á la autoridad, despues de haber prometido socorro á los infelices prisioneros, los que manifestaron su júbilo disparando las pistolas.

La autoridad dispuso, ántes de romper el tabique, buscar la entrada de aquel sótano en la casa misteriosa; ¡pero en vano llamaron repetidas veces, nadie les contestó!

Sabiendo que aquella casa pertenecia á la princesa de Florini, fueron al palacio de esta y le encontraron herméticamente cerrado, enterándose con sorpresa que la noche anterior, entre doce y una, habia salido en posta la princesa, no teniendo nadie noticia de la direccion que tomó.

Resolviéronse, pues, á entrar en la casita de la calle del Sordo, haciendo que un cerrajero franquease la puerta. Empero, tambien este recurso fué inútil; por mas que la registraron toda ella, la entrada al subterráneo no pudo hallarse.

En tanto los gritos de las victimas continuaban, y no hubo mas remedio que romper el tabique por la cueva de la tienda.

Rudérico y el conde, cuando sintieron los primeros golpes de la piqueta, exclamaron con las manos unidas y elevando los ojos:

— ¡Están rompiendo el tabique! ¡Oh! ¡gracias, Dios mio! ¡estamos salvados!

Doña Tecla hacia rato que oraba en un rincon del sótano.

Apénas estuvo la pared en disposicion de poderse comunicar los de adentro con los de afuera, se acercó Perico el sereno que entre todos los circustantes era el que con mas ansiedad aguardaba el desenlace de aquel acontecimiento, y exclamó con el acento del regocijo satisfecho:

— Señor conde de Cinkar, ¿sois vos y vuestro criado los que demandáis auxilio?

— Sí, yo con mi criado y otra víctima, que llevamos no sé cuanto tiempo en este calabozo donde nos arrojó por sorpresa una mujer infame.

— No temáis ya nada, que aquí está la autoridad para castigar al culpable y proteger al inocente, dijo el celador mandando á los albañiles prosiguiesen con actividad la demolición hasta dejar un hueco suficiente para dar paso á una persona.

Perico, con el tono del que acierta en un juicio que ha emitido y sido desechado por sus superiores, exclamó acercándose al celador con aire de misterio :

— ¡Veis si decia yo bien! aquella jorobada nos engañó miserablemente.

— ¡Y cómo ha sabido prepararlo todo y escapar, y con ella la princesa su protectora que debe tener parte en este crimen! murmuró pensativo el celador.

— Yo creo que sí; ¡es una mujer misteriosa la tal princesa!... añadió Barrigon.

— Veremos lo que declaran esos infelices, y sabremos á qué atenernos.

— Sí; mas vale no anticipar juicios que pudieran ser aventurados.

Cuando quedó una gran abertura en el tabique, los operarios se retiraron y el celador acercándose dijo :

— Podéis salir, señor conde.

Un rostro pálido y surcado de profundas arrugas apareció en aquel momento.

Era el del noble italiano.

Sus labios murmuraban una plegaria en accion de gracias ; sus ojos se cerraron, pues el resplandor de las luces que iluminaban la cueva le ofendian.

Alargó los brazos como si se sintiera desfallecer. El sereno le cogió en los suyos, y momentos despues descansaba en el mullido lecho del tendero, que se apresuró á ofrecer cuanto poseía en obsequio del ilustre señor y sus desgraciados compañeros.

Al presentarse en el hueco la figura deforme de la jorobada, con aquella cabecita pequeña, defectuosa y envuelta en la papalina con lazos encarnados, todos los circunstantes estuvieron para lanzar una carcajada ; pero los detuvo la presencia severa de Ruderico y la esmerada solicitud con que atendia á la desgraciada mujer.

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¡no puedo moverme! decia doña Tecla dejándose conducir á una cama que acababan de prepararla. La humedad de ese maldito sótano nos ha baldado.

— ¡Esta no es la jorobada que vimos! dijo el sereno al celador.

— ¡Aquí hay un misterio muy grande!... exclamó este cada vez mas preocupado.

Ruderico, tan luego como dejó á doña Tecla en el lecho, volvió á buscar al sereno y alargándole los brazos con muestras de la mas viva gratitud, exclamó :

— ¡Gracias! ¡gracias! ¡nos habéis salvado!...

El agradecido Ruderico y el sereno lloraron de alegría abrazándose con la mayor fraternidad.

## CAPITULO IV

SEBASTIAN.

En la noche del mismo día en que nuestros lectores penetraron en casa del jóven pintor don Constantino López, estaba este dibujando á la luz de una magnífica lámpara. Sebastian á su lado leía en alta voz un libro religioso. Doña Aurora le escuchaba atentamente conservando aun en sus manos el rosario de plata y nácar que habia concluido de rezar.

Estos tres personajes formaban un grupo cerca de la mesa; un poco mas allá y reclinado con negligencia en un sillón, se hallaba un anciano durmiendo con una paz envidiable.

Era don Claudio, esposo de la señora anciana y padre de don Constantino.

— He concluido el capítulo; ¿empiezo otro? dijo Sebastian mirando alternativamente á su maestro y á doña Aurora.

— Lo que madre quiera, contestó el pintor sin levantar la cabeza.

— Lo dejaremos para mañana, si os parece, dijo esta.

— Bien, en ese caso Sebastian proseguirá la narracion que dejámos pendiente esta mañana.

— Lo haré con muchísimo gusto, no solo por complaceros, sino porque sepáis la triste historia de dos niñas tan dignas como desgraciadas y para las que reclamo vuestra proteccion.

— Cuenta con ella, pues aunque nuestro valimiento es tan escaso, sin embargo estamos siempre dispuestos á amparar al desvalido y socorrer al indigente.

— No puedo dudar de vuestra generosidad, por eso apelo á ella demandándola en favor de dos huérfanas infelices.

— La tendrás, hijo mio, dijo doña Aurora. Habla sin temor.

— Voy á empezar desde el momento en que conocí á Carlos. Sabéis que un dia estuve á punto de ahogarme en el Manzanáres, no obstanté el escaso caudal de agua de este *arroyo aprendiz de río*. El arroyo de mi amigo, al que vi entónces por primera vez, me salvó de una muerte segura, y yo, profundamente agradecido y en recompensa de su noble accion, le ofrecí mi amistad, y me consagré á él en cuerpo y alma, ya que de otro modo no pude probarle mi reconocimiento.

Desde entónces nos vemos casi todos los dias y nos reunimos con suma frecuencia.

Una noche me contó sus amores con una chica muy linda, hija de la dueña de una hostería de Lavapiés. Hice un gesto de desagrado, porque el establecimiento de la Corneja es bastante conocido en Madrid por sus malos antecedentes.

Cárlos lo advirtió y se apresuró á decirme :

— No aventures tu juicio hasta que conozcas á mi amada : ven conmigo, y me dirás si tan interesantes criaturas no te parecen bellisimas flores arrancadas del invernadero y trasplantadas á un lodazal.

Fuí efectivamente y mi quedé absorto al conocer á Rosa, que es la novia de mi amigo. No me admiró ménos la figura dulce, elegante y distinguida de Flor del Espino, ó sea Lidia ; pues con los dos nombres se conoce á la hermana de Rosa.

Si mucho me sorprendió su belleza y maneras, al ver sus gracias y sus encantos no tuvo límites mi admiración y mi entusiasmo. Sus brillantes dotes para el canto y la música revelan á unas artistas de primer orden. Han tenido por maestro durante ocho años á uno de los mejores profesores italianos.

Ademas poseen varios idiomas, son instruidas, habiendo leído muchísimo y estudiado gramática, historia y geografía. Flor del Espino también es poetisa y compone admirablemente.

— ¿Y cómo con tanto talento viven oscurecidas en una miserable hostería? preguntó don Constantino.

— Porque no tienen protección y están sujetas á la odiosa dependencia de la Corneja, á la que han tenido por madre ; pero que, segun el descubrimiento que hicimos la noche que yo falté de casa, las ha robado en Paris á una señora distinguida, con objeto de comerciar con sus gracias ; lo cual consigue á las mil maravillas, pues su casa está siempre llena de gente que acude con el único objeto de oirlas y admirarlas.

Hasta hoy la severa virtud y el carácter firme y activo de estas angelicales criaturas, las ha preservado de la seducción ; mas si permanecen mucho tiempo en esa casa no están libres de un lazo que las pierda para siempre. Tienen muchos enemigos y adoradores que las persiguen sin cesar, pero ellas no escuchan los galanteos de nadie ; Rosa sostiene relaciones con Cárlos, le ama con delirio, y esto la anima y sostiene en medio de su azarosa vida. Flor del Espino pasa los dias entregada á una melancolía desgarradora. Sus únicos deseos, sus únicas aspiraciones, son por descubrir su origen, conocer su familia y abandonar para siempre ese establecimiento, donde solo se respira la atmósfera de la maldad y los vicios.

— ¡Qué lástima de criaturas! murmuró doña Aurora.

— ¡Oh ! ¡y si las conocierais ! ¡son tan buenas, tan amables !... ¡tan simpáticas !...

— Ofrecelas nuestra casa, Sebastian, aquí estarán con nosotros, y si no tienen madre yo lo seré, exclamó la noble anciana en un arranque generoso.

— ¡Oh ! sí, añadió don Constantino, que no permanezcan ni un minuto mas en medio de los peligros.

— Esta tarde he ido á buscar á Cárlos, y no encontrándole me fuí á la calle de Lavapiés con objeto de verlas ; no lo he conseguido, no estaban en la tienda, sin duda como es domingo habrían salido, pues los dias de fiesta van juntas las dos hermanas, único momento que les es permitido abandonar el duro

servicio á que las tiene sujetas esa indigna mujer.

— Esas palabras me recuerdan á dos niñas que he retratado esta tarde ; y cuyas interesantes fisonomías me han llamado mucho la atención, dijo don Constantino.

— ¿Qué señas tenían? acaso sean ellas; pues muchas veces me han manifestado su deseo de retratarse.

— Ven, las verás.

Levantáronse los tres y entraron en el gabinete de estudio.

El pintor se acercó á un lienzo en el cual aparecían las bellísimas y expresivas facciones de las dos hermanas.

— ¡Ellas son! ¡oh! ¡cuánto me alegro que las conozcáis!...

Sebastian fijó en el rostro de Flor del Espino una mirada húmeda y dulcísima, en cuya expresión se advertía todo el fuego de su alma.

López le vió extático, embebido en la contemplación de aquella figura, no escapándose á su natural perspicacia el sentimiento de amor que había en la actitud y miradas de su joven protegido.

— ¿Cuál de las dos es Flor del Espino? preguntó.

— Esta que se apoya en el hombro de su hermana; ¿no os parece encantadora?

— ¡Oh! sí; ambas lo son.

— ¡Pero es tan diferente su belleza!... En Rosa se ve á la mujer enérgica, de carácter firme y audaz; en Lidia á la poetisa espiritual, melancólica y reflexiva.

Y vos, doña Aurora, ¿qué juzgáis? dijo Sebastian esperando el fallo de la inteligente señora.

— Lo que yo te digo, hijo mio, es que en esas facciones veo los rasgos característicos de mi familia. El rostro de Rosa tiene una notable semejanza con el de un hermano mio que murió hace algunos años. ¡Ay! ¡no quisiera engañarme! pero no se qué extraños presentimientos asaltan mi corazón.

— ¡Qué decís! exclamó con asombro López.

— Inmediatamente, sin perder un instante siquiera, id á buscar esas niñas, dijo la anciana con acento profético y extendiendo su brazo en dirección á la puerta.

— ¡Ahora mismo! añadió don Constantino tomando el sombrero y lanzándose á la calle seguido de Sebastian.

Doña Aurora entró en su aposento y volvió á salir á poco llevando en la mano un retrato.

¡Era el de su hermano! le miró infinitas veces comparándole con el de Rosa y completamente segura por la semejanza, exclamó cayendo en tierra de rodillas :

— ¡Oh Dios mio! ¡será posible que ya que mis padres por un orgullo insensato abandonaron á mi pobre hermano, venga yo á reparar su injusticia protegiendo á sus infelices huérfanas!...

Absorta en este pensamiento, no tuvo descanso ni sosiego hasta que sintió llamar á la puerta.

— ¡Ya están aquí! murmuró.

Á poco entraron en el aposento don Constantino y

Sebastian sumamente tristes, sentándose con desaliento en un sofá.

— ¿Qué hay? ¿cómo no vienen? preguntó con ansiedad doña Aurora.

— ¡Oh Dios mio! exclamó Sebastian ahogado por la emoción, sin poder decir una palabra más.

— ¿Qué ha sucedido? decídmelo pronto, porque la angustia me mata.

— Han desaparecido, madre mía; en vano las hemos buscado: ni la Corneja ni ellas están ya en la taberna, y nos ha dicho una especie de café con grandes patillas, que está allí dándose una gran importancia:

— No busquéis á esas niñas; acaso no estén ya en Madrid.

— ¿Y qué habéis hecho?

— Preguntar á otro que nos ha contestado lo propio, añadiendo que también esta misma tarde ha ido una señora de la aristocracia preguntando por ellas.

— ¿Pero á qué hora han desaparecido?

— No lo saben.

— Ellas han estado aquí toda la tarde; ¿habrá sido después de marcharse?

— Precisamente; á las cinco salieron de este gabinete, ofreciéndome volver el domingo próximo.

— ¡Ah! ¡las habrán robado! ¡y quién sabe si á estas horas serán víctimas de alguna infamia! dijo Sebastian inclinando la cabeza con amarga tristeza.

— Tu amas á Lidia, ¿no es verdad? dijo el pintor mirando al joven con ternura.

— No os lo negaré, mi querido maestro. Sin su amor, el mundo me parece un desierto.

Doña Aurora se puso á orar ante una imagen pidiendo á Dios la salvación de aquellas inocentes.

## CAPÍTULO V.

### JURAMENTOS.

Las amables lectoras que hayan simpatizado con Edelmira, desearán saber la suerte que le cupo en el nuevo arreglo que hizo en su casa la farsanta princesa de Florini.

Para satisfacer tan justa curiosidad, volvamos al punto que la dejamos en el tomo I, capítulo xxv. Después del paseo matutino á la Castellana, cuyos momentos aprovechó Carlos tan oportunamente para hacer su declaración, Edelmira fué con su aya al convento según tenía de costumbre.

Volvió triste, meditabunda. No es extraño, los amores del gallardo joven la preocupaban de tal modo, que solo pensaba en él y en la inmensa felicidad que se prometía con aquel amor tan ardiente como profundo.

Aquel día, contra la costumbre, comió con su

madre y con un caballero á quien oyó llamar baron de Pereival; este la contemplaba con éxtasis, dirigiála muchas veces la palabra procurando fijar su atencion; mas ella no le hizo caso, contestándole por monosílabos y casi maquinalmente.

Cuando concluyó la comida, pidió permiso para retirarse á su aposento, el cual le fué concedido en seguida. Se despidió del caballero con una ligera cortesía y entró en su elegante saloncito cerca de anochecer. Lisa la esperaba con impaciencia.

— ¿Y qué tal, señorita? la dijo, ¿os ha recibido bien la princesa?

— Como siempre, con frialdad. Yo creo que al hacerme hoy comer con ella, ha sido porque me conociese un caballero que durante la comida no ha separado la vista de mi rostro.

— ¿Y quién es? Á ver si os proporciona un novio, y olvida lo del convento.

— No lo creas. Es viejo, muy pálido, con ciertos rasgos en su fisonomía que hace mirarle con aversion sin saber por qué. Mi mamá le ha llamado unas veces baron y otras Pereival. Te confieso me ha disgustado mucho ver la pertinacia con que me miraba.

— Entónces será el baron de Pereival, un americano riquísimo que ha venido hace pocos días á habitar el palacio contiguo á este.

— En fin, sea quienquiera, dejémosle y hablemos de Carlos; ¿le has entregado mi carta?

— Si, señora, y se empeña en veros esta noche; dice que no se mueve de la puerta del jardin hasta que salgáis ó se le permita entrar.

— ¡Oh Dios mio! eso nunca, Lisa.

— ¿Y qué tiene de particular? En el jardin estáis ménos expuestos que en la calle, donde puede vernos algun amigo y decírselo á la señora.

— Pero mi decoro no me permite darle entrada en esta casa sin el consentimiento de mi mamá.

— Bueno, que no venga aquí á las habitaciones; pero en el jardin es otra cosa. Además, no estaréis sola con él, yo os acompañaré y los jardineros no se apartarán de alrededor.

— ¡No sé que hacer!

— Decidios, por Dios; si le vierais qué enamorado está el pobrecillo, ha besado la carta mas de cien veces y lloraba de alegría.

— Yo conozco que me quiere mucho y su intencion es recta y honrada; pero me repugna concederle tan pronto un favor que acaso me cueste algunos sinsabores, y que además para ello tenemos que confesárselo todo á Dorotea.

— ¡Ya lo sabe! me ha visto hablar con él, y me ha preguntado si era vuestro amante.

— ¿Y se lo has dicho?

— ¡Qué habia de hacer! se hubiera resentido sino, y nos es muy conveniente tenerla contenta.

— ¿Pero tú sabes si consentirá que éntre?

— Desde luego la tendremos propicia á todo cuanto queramos. ¡Es tan agradecida... os quiere tanto!... y luego con los regalillos que la hacéis está loca de contenta. Los vestidos para las niñas los ha recibido con los mayores extremos de alegría.



— ¡Pobre mujer! No es extraño; tienen poco sueldo y apenas les bastará para cubrir sus atenciones.

— ¿Y qué le digo á don Carlos? hace mas de dos horas que espera la contestacion.

— ¿Y dónde está?

— Peseando por la calle.

— ¡Me cuesta un trabajo resolverme!

— No le amaréis mucho; el que siente un verdadero amor, hace sin vacilar todos los sacrificios imaginables.

— ¡Ay! no digas eso. Su amor es la vida para mí.

— Y le negáis una cosa tan leve. Vamos, dejadme hacer; yo lo arreglaré.

— No seas loca, Lisa.

La aturdida doncella, sin escuchar á su señora, echó á correr hácia el jardin, y poco despues desapareció entre los árboles.

— ¿Cómo tan sola y tan pensativa? dijo el aya doña Crispina apareciendo con el rosario en la mano.

Edelmira se quedó muda; temia que la vetusta dueña descubriese su secreto en la alteracion de su voz ó en sus mismas palabras.

— ¡Qué! ¿no merezco contestacion? Vamos, señorita, de poco tiempo á esta parte os vais poniendo insufrible, y será preciso que yo hable á la señora princesa para que volváis al convento cuanto ántes.

La infeliz niña, aterrada con la amenaza de la solterona, se conmovió profundamente y exclamó acongojada y llorosa :

— No sé en qué he podido ofenderos para que siempre tratéis de atormentarme.

— ¡Atormentaros! ¿y en qué? ¿porque os hablo del convento? vos misma debiais recrearos en ese pensamiento, puesto que no tenéis otro destino.

— ¡Quién sabe el que Dios reserva á cada criatura!

— ¡Vaya! ¡vaya! esto no puede quedar así; veo que cada dia tenéis ménos inclinacion á la clausura.

Edelmira dejó correr su llanto largo tiempo comprimido, lo que irritó mucho mas al aya.

— Vamos á rezar y dejarse de lloriqueos, gritó hecha una furia.

— ¡Vamos allá! exclamó la jóven dirigiéndose con santa resignacion al oratorio.

Doña Crispina era una de esas solteronas inaguantables, que en el último tercio de su vida se hacen devotas por cálculo, y acostumbraba tener á Edelmira tres ó cuatro horas ocupada en diferentes rezos y oraciones.

Lisa volvió, y viéndolas en el oratorio se puso de rodillas detras de su ama.

Doña Crispina la dirigió una mirada interrogativa como diciéndola, ¿de dónde vienes? la que sostuvo la traviesa doncella con el mayor descaro.

Ya eran cerca de las diez, cuando Edelmira, cansada de rezar, se levantó, y saliendo del salon dijo al aya :

— Estoy fatigada y deseo acostarme.

En seguida se metió en su alcoba.

— Ea; pues buenas noches, hasta mañana, dijo la

antipática vieja retirándose tambien á su cuarto.

— ¡Gracias á Dios que nos deja en paz esa cócora de mujer! exclamó Lisa.

— ¡Ay! ¡su sola presencia me es odiosa y tengo por fuerza que sufrirla! dijo Edelmira dejándose caer con abatimiento en un sillón.

— Todo se compensa en este mundo; en cambio del mal rato que habéis pasado, venid; don Carlos os espera y á fuerza de amor os hará olvidar los disgustos.

— ¿Qué has hecho, Lisa? ¡me vas á perder!

— Dejaos de tonterías, y venid pronto.

— ¿Pero está ya en el jardín?

— Sí, señora, desde las nueve; si queréis verle acercaos al balcón; junto aquel bosquecillo de tilos está sentado.

— Infórmate si se ha acostado doña Crispina.

— Id vos al encuentro del caballero, que la solterona corre de mi cuenta.

Edelmira fué á reunirse con su amante, al que encontró rendido y apasionadísimo en alto grado.

Desde aquella noche todas se reunieron en el mismo sitio sin omitir por eso el paseo matinal. El amor de los dos fué creciendo de tal modo, que rayaba en delirio, en embriaguez.

Como la felicidad es tan breve en este mundo, la de los enamorados jóvenes pasó en el horizonte de su vida cual una sombra vaporosa.

Llegó un momento en que la solterona doña Crispina dijo á Edelmira:

— Señorita, tengo órden de la señora princesa para anunciaros qua mañana salimos de la corte. Y tú, Lisa, puedes ir preparando los equipajes, las dos acompañamos á la señorita.

— ¡Oh Dios mio! ¿y dónde vamos? exclamó Edelmira acongojada por tan repentina partida.

— Lo ignoro; sabéis que la señora princesa nunca dice dónde va.

— ¿Pero viene tambien mi mamá?

— Todos; el palacio queda cerrado completamente.

El aya, no queriendo dar mas explicaciones, salió dejando solas á las jóvenes.

— ¡Ah! ¡Lisa mia, qué nueva desgracia!

— La fatalidad nos persigue. ¡Qué dirá don Carlos cuando lo sepa! murmuró Lisa.

— ¡Qué ha de decir! no tendrá mas remedio que conformarse en tanto que yo lloro nuestro fatal destino.

— No tardará en venir, son cerca de las diez.

— Infórmate de los demas criados, á ver si saben dónde vamos.

— Será inútil, señorita; doña Crispina en eso tiene razon. La princesa no comunica jamas sus pensamientos.

Tristes y pensativas quedaron las dos.

Con el silencio de la noche y la profunda soledad de aquella parte del palacio, pudieron oír clara y distintamente el cántico de un canario, que aunque modulado por una garganta humana, parecia el sonoro trino de la cándida avecilla.

— ¡Ya está ahí! exclamó Edelmira levantándose con celeridad y bajando inmediatamente al jardín.

— ¡Amor mio! exclamó Cárlos apénas distinguió el blanco ropaje de la niña.

— ¡Qué desgraciados somos, Cárlos mio! murmuró la jóven dejándose caer con desaliento en un banco de piedra.

— ¡Qué dices! ¡esa angustia, esa alteracion de tu acento, me revelan un nuevo dolor!...

— Sí, y muy grande. Mañana salgo de Madrid, acaso para no volver mas.

— ¿Y dónde fijarás tu residencia en adelante?

— Lo ignoro; quizá nos detengamos en nuestros estados de Italia, quizá sigamos viajando por el extranjero; á mi mamá no le gusta vivir mucho tiempo en un punto.

— Pues bien, amor mio, no sientas esa partida, porque yo te seguiré al fin del mundo.

— ¡Cárlos! ¿será posible?

— Y ciertísimo, donde vayas voy.

— ¡Ah! ¡si tal hicieras, qué no haria yo por ti!!...

— Solo quiero me jures tu amor y jurarte yo el mio delante de una imagen del Señor; pongamos en sus manos nuestros votos y considerándonos unidos ante Dios y ante los hombres, tendremos fuerza para sufrirlo todo, hasta que un sacerdote santifique ante la iglesia nuestra union.

— ¡Oh! sí; ven.

Comovida en alto grado la inocente niña, por lo que ella juzgaba abnegacion y entusiasta cariño en

su jóven amante, no vaciló ni un momento y le condujo á su oratorio, postrándose los dos en tierra y jurándose á los piés del altar un amor eterno.

— Somos esposos ante Dios, dijo Cárlos levantándose, y no hay ya en el mundo poder humano que desate el vinculo que nos une.

— ¡Oh! sí; ¡vestida con el sagrado titulo de tu esposa, tendré valor para sufrirlo todo! exclamó Edelmira con una voz trémula por la emocion y el placer.

— Adios, pues, hasta mañana; tengo que hacer mis preparativos y no puedo detenerme mas. No te opongas á las disposiciones de la princesa. Sigue tranquila el rumbo que te marquen.

— ¿Pero y tú?

— Yo seguiré el coche donde tú vayas, y me verás aparecer á tus ojos con diferentes trajes y disfraces.

— Entónces, adios.

Los amantes se despidieron con las mayores muestras de ternura.

## CAPÍTULO VI.

### EL ROBO.

Cárlos salió del palacio de Florini completamente resuelto á llevar á cabo una idea que hacia tiempo fermentaba en su imaginacion.

— ¡Ya está ahí! exclamó Edelmira levantándose con celeridad y bajando inmediatamente al jardín.

— ¡Amor mio! exclamó Cárlos apénas distinguió el blanco ropaje de la niña.

— ¡Qué desgraciados somos, Cárlos mio! murmuró la jóven dejándose caer con desaliento en un banco de piedra.

— ¡Qué dices! ¡esa angustia, esa alteracion de tu acento, me revelan un nuevo dolor!...

— Sí, y muy grande. Mañana salgo de Madrid, acaso para no volver mas.

— ¿Y dónde fijarás tu residencia en adelante?

— Lo ignoro; quizá nos detengamos en nuestros estados de Italia, quizá sigamos viajando por el extranjero; á mi mamá no le gusta vivir mucho tiempo en un punto.

— Pues bien, amor mio, no sientas esa partida, porque yo te seguiré al fin del mundo.

— ¡Cárlos! ¿será posible?

— Y ciertísimo, donde vayas voy.

— ¡Ah! ¡si tal hicieras, qué no haria yo por ti!!...

— Solo quiero me jures tu amor y jurarte yo el mio delante de una imagen del Señor; pongamos en sus manos nuestros votos y considerándonos unidos ante Dios y ante los hombres, tendremos fuerza para sufrirlo todo, hasta que un sacerdote santifique ante la iglesia nuestra union.

— ¡Oh! sí; ven.

Comovida en alto grado la inocente niña, por lo que ella juzgaba abnegacion y entusiasta cariño en

su jóven amante, no vaciló ni un momento y le condujo á su oratorio, postrándose los dos en tierra y jurándose á los piés del altar un amor eterno.

— Somos esposos ante Dios, dijo Cárlos levantándose, y no hay ya en el mundo poder humano que desate el vinculo que nos une.

— ¡Oh! sí; ¡vestida con el sagrado titulo de tu esposa, tendré valor para sufrirlo todo! exclamó Edelmira con una voz trémula por la emocion y el placer.

— Adios, pues, hasta mañana; tengo que hacer mis preparativos y no puedo detenerme mas. No te opongas á las disposiciones de la princesa. Sigue tranquila el rumbo que te marquen.

— ¿Pero y tú?

— Yo seguiré el coche donde tú vayas, y me verás aparecer á tus ojos con diferentes trajes y disfraces.

— Entónces, adios.

Los amantes se despidieron con las mayores muestras de ternura.

## CAPÍTULO VI.

### EL ROBO.

Cárlos salió del palacio de Florini completamente resuelto á llevar á cabo una idea que hacia tiempo fermentaba en su imaginacion.

Embozándose en su ancha capa, se dirigió con paso acelerado á la calle de Segovia.

Eran cerca de las once de la noche, y ya la Colasa le aguardaba con la mas viva impaciencia.

Debemos decir, para la inteligencia de nuestros amables lectores, que la rumbosa prendera no se descuidó en poner en práctica el pensamiento que habia comunicado á su vecina le señora Gervasia. Por consecuencia, al siguiente dia, encerrándose con su protegido en una habitacion, le manifestó claramente y sin rodeos que, ó se casaba con ella, ó abandonaba para siempre aquella casa donde nada le detendria en adelante.

El jóven hacia tiempo esperaba aquella proposicion; no se sorprendió, ni aparentó admitirla ni rechazarla. Solo pidió á la prendera un término de ocho dias para resolverse.

Al obrar de este modo entró en cuentas consigo mismo y se dijo :

— Para llevar á debido término la aventura con mi bella Edelmira, necesito presentarme con el lujo que hoy me rodea, y me hace falta dinero, sin lo cual apareceré á sus ojos como un mendigo y todo se perderá. Engañemos á Colasa y entretenida con la idea de casarse conmigo, no tendrá reparo en facilitarme cuanto la pida.

Adelante, pues; con audacia y valor todo se consigue, y como yo tengo de sobra uno y otro, me prometo ser con el tiempo todo un principe de Florini.

Halagado por estas quimeras, dejó correr los dias

hasta el momento en que Edelmira le participó su repentina marcha. Ya no tuvo mas remedio que decidirse y adoptar una resolucion que conciliase todos los extremos. Como nuestro jóven por desgracia habia recibido una educacion tan desecuada, y por otra parte tenia instintos de familia que le hacian ambicioso y cruel, no reparaba en los medios de que se valdria para conseguir sus deseos.

Segun hemos dicho, cuando llegó á su casa, le esperaba la prendera que le salió al encuentro, lanzando sobre el aturdido mancebo toda clase de imprecaciones.

— Calmaos, querida mia; calmaos, la dijo con frialdad.

— ¡ Habrá calavera! ¡ todas las noches viniendo á estas horas! ¿ pues qué, has llegado á imaginarte que lo he de sufrir mucho tiempo? te engañas.

— Hablaremos, señora, hablaremos; me habéis dejado ocho dias libres y los aprovecho.

— ¡ Acaso en galanteos que redunden en perjuicio mio! gritó la prendera entrando en su habitacion y dejándose caer en una butaca.

Cárlos la siguió :

— ¿ Podemos hablar sin que nos oigan? dijo poniendo la capa y el sombrero sobre una silla.

— ¿ Tienes algo que decirme? ®

— Quiero resolver nuestra pendiente cuestion ahora mismo, sin esperar al término que fijasteis.

— ¡ Ah, me alegro! puedes hablar sin temor; al muchacho le he despedido esta tarde, y la fámula duerme en su cuarto.

— ¿Y no vendrá á escucharnos ?

— ¿Qué ha de venir? ; si ya no la despierta un cañonazo !

Cárlos se levantó, y cerrando la puerta de la estancia dijo :

— Al manifestarme vuestra idea de ser mi esposa, me dijisteis que nada debo esperar del mundo ni de mi madre que me abandonó al azar, y hubiera perecido sin el auxilio vuestro.

— Te he dicho la verdad.

— Bien, ahora solo deseo saber el nombre de mi madre.

— No me será fácil contestarte porque lo ignoro.

— Pero lo sabrá vuestra tía.

— Acaso nunca se lo pregunté ; pero esto nada tiene que ver con nuestro casamiento.

— Es que tengo ambicion ; quiero ser muy rico y deseo descubrir mi familia, que quizá tenga riquezas bastantes para satisfacer mi sed de oro, y en ese caso no me casaré con vos.

— ¿Y te parecen pocas las mias? por muy rica que sea, no será tanto como yo.

— Es que vos os formáis ilusiones ; y yo no doy tanto valor á cuatro muebles viejos que adornan vuestra prendería.

— ¿Pues y mis alhajas y mis caudales? dijo la Colasa picada en su amor propio porque estaba muy ufana con sus tesoros.

— ¡Estarán en vuestra fantasía! dijo Cárlos con burla.

— ¿Sí, hé? Ven pues, y te convencerás por tus propios ojos.

La irritada mujer, en un arranque impremeditado, cogió una luz y seguida de Cárlos se dirigió al fondo de su dormitorio. En frente de la cama habia un armario, le abrió, y por medio de un resorte hizo girar un cajon secreto, que dejó ver su fondo lleno de oro, billetes de banco y magnífica pedrería.

De los brillantes ojos del mancebo brotó una chispa de codicia que se extinguió pronto, y luego apareciendo en sus pálidos labios una sonrisa glacial, preguntó :

— ¿Y es vuestro todo esto?

— Todo ménos este paquete de billetes, que importan diez mil duros y que los recibí como un préstamo hace tiempo, y tengo que devolverlos mañana á su dueño.

— Os confieso con franqueza que nunca creí en vuestras decantadas riquezas.

— Pues aquí tienes ; ascienden á cuatro millones de reales adquiridos en veinte años que llevo en este comercio. Todas son tuyas ; solo deseo tu amor y que seas para mí un marido fiel y cariñoso.

— Aunque no me halagara la posicion con que me brindáis, solo por gratitud debo serlo. Contad pues con mi mano, y en celebridad de este fausto suceso cenaremos en santa y hermosa paz.

— Corriente ; voy á llamar á la muchacha.

— No ; ¿para qué? exclamó Cárlos deteniéndola. Estamos mejor sin festigos y hablaremos de nuestra boda. ¿No tenéis por aquí nada fiambre?

— Si, precisamente guardo en este armario jamon, algunas viandas y vinos. Voy por ello.

Cárlos prestó la mayor atencion al modo que tuvo la Colasa de cerrar el cajon donde guardaba el dinero, enterándose inmediatamente del secreto.

La infeliz mujer, sin adivinar el pensamiento que se agitaba en la sombría y ceñuda frente del mancebo, estuvo colocando en una mesa los manjares.

— ¿Qué vino es este? preguntó Carlos asiendo una botella.

— El único que yo bebo, Jerez, dijo sencillamente la Colasa.

— Á mi no me gusta mucho, traedme si tenéis Champagne.

— Por casualidad hay una botella.

Mientras la prendera entró á buscarla, Cárlos vertió en la del Jerez un liquido rojizo, que llevaba á prevencion en un frasquito de cristal; con la mayor calma le volvió á guardar y murmuró para sus adentros:

— Este liquido la hará dormir lo ménos veinticuatro horas; en este tiempo puedo yo escapar con sus riquezas en seguimiento de mi ilustre y bellissima Edelmira.

Tan diabólico pensamiento le salió á medida de su deseo.

Durante la cena, prodigó á la Colasa toda clase de galanterias; hablaron de su boda, de la felicidad que les aguardaba y de mil quiméricos proyectos.

Las libaciones se repitieron con frecuencia, y la botella de Jerez quedó casi apurada por la prendera.

— Qué sueño tengo, dijo esta cansada de reir y de contemplar á su gallardo amante.

— Yo tambien siento que esta necesidad imperiosa va invadiendo mis sentidos.

— Pues hasta mañana: yo no puedo resistir, voy á meterme en la cama.

Cárlos salió despidiéndose de la que se juzgaba su futura. Á la média hora volvió á entrar, la encontró tranquilamente acostada, y dormida con un sueño pesado y profundo.

La llamó repetidas veces; viendo que no contestaba, se decidió á buscar en sus bolsillos la llave del armario. Abrió el cajoncito secreto, y apoderándose de cuanto contenia, volvió á cerrar, y colocando la llave en su sitio, se dirigió á su habitacion trémulo de gozo.

Se acostó tranquilamente despues de haber dispuesto su viaje, y no despertó hasta que el sol iluminó por completo su aposento.

La criada estaba ocupada en la limpieza de la casa, cuando se presentó Cárlos embozado en su ancha capa.

— Me marcho, la dijo; la señora acaba de acostarse, no ha dormido en toda la noche, y me ha dicho que no la despiertes hasta que ella te llame. Yo me voy de caza con unos amigos, y no volveré hasta mañana por la noche, diselo asi; ¿entiendes?

— Si, señor; ¿pero y la tienda no se abre?

— Ábrela; y si vienen á comprar algo, vendes lo que sepas el precio, y lo que no, que vuelvan otro dia.

— Está bien, así lo haré.

— Adios.

— Vaya con Dios el señorito.

Cárlos, brillantes los ojos de alegría y apretando contra su pecho el cofrecito con las riquezas de la Colasa que habian pasado á su poder, se dirigió á un establecimiento de carruajes. Compró un buen coche de camino con cuatro hermosos caballos, y partió á escape á situarse en una callejuela frente al palacio de Florini.

Sería la una de la tarde, cuando salió Edelmira en su coche de camino; lo acompañaban el aya y Lisa.

Cárlos ordenó á su cochero fuese siguiendo aquel carruaje, y él, arrellanándose en los almohadones, murmuró:

— ¡Ya es mía!

## CAPÍTULO VII.

### LAS DOS HERMANAS.

Algunos dias despues de haber abandonado la hostería Rosa y Flor del Espino, hallábase esta última sola en su modesta buhardillita.

Eran las siete de la mañana.

Los primeros reflejos de un sol pálido y débil iluminaban el reducido aposento que se componia de una pieza. Su mueblaje, tan pobre y sencillo como

las que le usaban, consistia solamente en un catre de tijera con su colchon cubierto con una colcha de percal, dos sillas muy usadas, una mesita de pino, un anafre y los mas indispensables utensilios de cocina.

Cerca de la ventana, que caía á un patio grande, estaba sentada Flor del Espino, y se ocupaba en poner en órden un gran legajo de papeles.

Su expresivo y dulce rostro estaba mas pálido que de costumbre; sin embargo se notaba en él una expresion de plácida tranquilidad que nunca habia tenido.

Nada tenia de particular; habian salido por fin de una casa que odiaban con sus cinco sentidos, y aunque con privaciones, vivian solas y libres, sin el continuo angustioso temor de caer en manos de los bandidos, de ser castigadas por la Corneja y de sufrir toda clase de humillaciones y desprecios.

— ¡Dios mio! murmuraba Flor del Espino contemplando tristemente sus manuscritos, si en España se apreciase la literatura, podríamos solo con esto tener un recurso honroso y seguro para nuestra subsistencia. Pero, ¡ah! ¡de qué me sirven esta multitud de poesías, de novelas y aun este drama que es mi trabajo favorito, si no llevan al pié un nombre que las autorice!... ¡Es tan pobre el de Flor del Espino!... Y para que una obra tenga buena acogida, ha de ser el autor muy conocido.

Y con todo, necesito probar; mandaré las poesías á algunos periódicos, las novelas á los editores y el drama le llevaré á una empresa teatral. Acaso reco-



geré solo desengaños, ¿pero qué importa? ¡He sufrido tantos en este mundo!...

En la fresca y sonrosada boca de la poética niña se dibujó una amarga sonrisa, la cual probaba suficientemente que los sufrimientos y el dolor eran habituales en aquella alma tan inocente como bella.

Continuó en silencio el arreglo de sus ensayos literarios; cuando hubo concluido se levantó; al propio tiempo oyó llamar con suavidad á la puerta.

— Rosa mia, ¿eres tú? exclamó al ver á su hermana, ¿pero qué traes? un arpa? ¡Oh! qué felicidad; ¿quién te ha inspirado idea tan peregrina?...

— ¡Quién si no tu amor! mi dulce hermana, dijo Rosa penetrando en el aposento y cerrando la puerta tras sí. Descando distraerte y porque tengamos algun rato de solaz, la he comprado.

— ¿Qué has hecho? ¡si apenas tenemos dinero!...

— ¡Es verdad! mas no pude resistir la tentacion! la vi, me pidieron por ella tan barata, que sin vacilar empleé en su adquisicion casi todos los fondos que nos quedaban.

— ¿Y ahora no tendremos pan para el necesario sustento?

— En cambio adormeceremos el hambre con la música, exclamó Rosa alegremente. No te apures, hermana, que nunca desampara el Señor á quien le invoca con ardiente fe.

— Sin esa dulcísima y consoladora esperanza, ya hubiéramos sucumbido muchas veces al peso de nuestra desventura.

— En fin, dejemos correr el tiempo, y cúmplase el destino de cada cual segun la voluntad de Dios. Ahora vamos á cantar.

— ¿Y el almuerzo?

— Aquí traigo leche, bebámosla, así economizaremos carbon. ¡Es tan hermosa la libertad que disfrutamos, que hasta la necesidad y las privaciones me parecen encantadoras!

— ¡Ah! sí; siquiera no tenemos la pesadilla de aquel deber tan duro, tan repugnante; aquella obligacion de complacer á la Corneja y á sus insolentes amigos.

— Demos gracias á Dios, porque estamos libres de ella y de su infame establecimiento.

— Sí, hermana; demostraremos nuestra gratitud con un himno religioso. Dáme el arpa.

— Canta tú, yo te acompañaré.

Felices y satisfechas las hermosas jóvenes, estuvieron entregadas á las delicias de la música casi toda la mañana, sin acordarse de su triste posicion, ni del nebuloso porvenir que á su vista se ofrecia.

El eco sonoro de su voz dejábase sentir en toda la casa; todos los vecinos salieron á las ventanas del patio, atraidos y embelesados por aquella armonía encantadora.

En el cuarto principal, estaba escuchando con la mas profunda atencion un caballero anciano, de rostro pálido y macilento. En su hombro se apoyaba una jovencita. Ambos se miraban con asombro, señalando á la humilde ventana del piso cuarto, que á

su parecer era de donde salía el sublime y armonioso cántico que los tenía absortos.

— Padre mio, exclamó la jovencita, esas mujeres que así cantan, deben ser muy pobres.

— ¿Y en qué te fundas para juzgarlo?

— En que viven en una buhardilla.

— Y es verdad, es preciso saber quiénes son á todo trance, porque su método, su modo de cantar, revelan unas grandes artistas.

— ¡Escucha, escucha, papá! ahora canta un aria de la *Norma*.

Quedaron en silencio hasta que Flor del Espino cesó de cantar; entónces el anciano caballero exclamó en un arranque entusiasta:

— ¡Oh! divino! magnífico, sublime!

Sin poderse contener, salió inmediatamente á la escalera, y subió con celeridad hasta la buhardilla, seguido de su jóven hija, que comprendiendo su idea no le quiso abandonar.

En vano estuvieron escuchando á la puerta de las jóvenes largo rato. Estas habian dejado la música para ocuparse en concluir una labor que Rosa pidió á la portera.

— ¡Qué lástima! ya no cantan, murmuró la jovencita mirando á su padre con tristeza.

— ¿Vivirán aquí ó habrán venido de visita? si fuese lo primero, aun tendremos el placer de oirlas.

— ¿Quiéres que preguntemos al portero?

— No es mala idea, vamos.

Volvieron á bajar, y entrando en su habitacion hicieron que un criado le llamase.

— Señor, no estando mi marido, vengo yo á ver en qué podemos complaceros, dijo la portera entrando en una elegante sala donde el padre y la hija la aguardaban.

— Deseaba saber quiénes son dos jóvenes que hemos oido cantar en el piso cuarto.

— Son dos señoritas que hace pocos dias han venido á ocupar una buhardilla que estaba desalquilada.

— ¿Deben ser muy pobres?

— Muchísimo, señor; hoy me han pedido costura, y deben mantenerse con el trabajo de sus manos.

— ¡Infelices! ¿y con tan magnífica voz, vivir en la oscuridad?...

— ¿Quieres, papá, que las hagamos bajar? ellas nos contarán su situacion y las protegeremos.

— Acaso les cueste rubor presentarse á unas personas desconocidas; nosotros subiremos.

Yo se lo diré, si gustáis, añadió tímidamente la portera; son tan buenas, tan amables, que al momento cantarán, si esta señorita desea oirlas.

— Decídlas únicamente que las rogamos tengan la bondad de recibirnos, dijo el caballero.

— Y las dais esta tarjeta nuestra, añadió su hija entregándosela á la portera.

— Está bien; ahora mismo voy á subir.

Las dos hermanas se hallaban muy afanadas con la costura, cuando sintieron llamar á la puerta.

Rosa se levantó y fué á abrir.

— ¡Hola, señora Toribia, sois vos? ¿Venís acaso por la labor? pues no está concluida.

— Vengo á daros un recado de parte de un caballero que vive en el cuarto principal.

— ¡ Á nosotras ! ¡ si á nadie conocemos en esta casa ! ... exclamó Rosa con asombro.

La portera entónces manifestó el recado que llevaba, entregándoles la tarjeta, y añadiendo que aquel caballero era empresario de un teatro.

— Aquí no podemos recibir á nadie, Rosa, dijo Flor del Espino; decid á ese caballero y á su amable hija, que al momento tendremos el gusto de ponernos á sus órdenes.

Las jóvenes cumplieron su palabra; média hora despues se hallaban en un magnífico salon del cuarto principal.

El amable dueño de la casa las recibió con la mas finísima cortesanía, y tanto él como su bella hija quedaron admirados al contemplar la espléndida belleza y la encantadora gracia de las dos hermanas.

— Vuestro canto nos ha dejado absortos esta mañana y deseábamos saber dónde habéis aprendido.

— Nuestro maestro fué un noble y eminente profesor italiano, contestó Rosa. Vivíamos en Paris casi siempre solas, tristes y aisladas. Nos vió un día; y como se encontrase también como nosotras, en la mas angustiosa soledad, se encargó de nuestra educacion. Nos hizo conocer la historia, la geografia, la literatura y la música. En mi hermana Lidia encontró, ademas de una inmensa afecion por la poesia, las dotes mas admirables para el canto, y se propuso hacerla una gran artista.

Desde aquel día nos dedicó con el mayor ardor á la música, nos enseñó á cantar, haciéndonos despues dedicar al contrapunto y la composicion.

Ocho años hemos permanecido á su lado, habiendo en este tiempo perfeccionado nuestra educacion de una manera admirable.

— Asi he comprendido desde luego que no cantabais por afecion. Y me extraña mucho que con una disposicion semejante viváis pobres é ignoradas.

— La desgracia, señor, que se ha posado sobre nuestra frente...

— Yo me encargo de protegeros; ¿ queréis cantar en el teatro ?

— ¿ La ópera italiana ? desde luego, contestó Flor del Espino, pues nos son familiares y aun sabemos casi de memoria las inmortales composiciones de Rossini, Mayerbeer, Bellini, Donizeti, Verdi y Pergolesse.

— Quedáis, pues, admitidas; desde mañana cobraréis un sueldo que os ponga al abrigo de la miseria, y elegid en tanto la ópera en que hayáis de hacer vuestra salida.

— Antes queremos que en vuestra presencia nos juzguen algunos profesores eminentes.

— Convenidos; esta noche se reunirán en mi casa todas las notabilidades filarmónicas de la corte, y tendremos sumo placer en escucharos. En tanto, dignaos aceptar un aposento en esta casa, y abandonad vuestra modesta vivienda, porque las relevantes dotes que os adornan os aseguran desde luego una fortuna independiente y honrosa.

Las inocentes niñas, que tanto habian sufrido en el trascurso de su azarosa vida, lloraron de placer y de entusiasmo al vislumbrar ante sus ojos un porvenir tan halagüeño.

El empresario tambien se alegró infinito, creyendo haber hecho para su teatro una brillante adquisicion.

## CAPITULO VIII

### INCERTIDUMBRE.

Apénas empezaron los resplandores de la alborada á iluminar la tierra, cuando ya Rafael de Pináres se paseaba en su aposento con manifiesta agitacion.

Várias veces habia mandado á su ayuda de cámara á preguntar por el estado de la condesa, y como siempre le contestasen que seguía lo mismo, no pudo contener su impaciencia y se aventuró á ver á su mamá para que le informase mejor, y al propio tiempo con el objeto de hacerla presente el descubrimiento de la noche anterior, combinando entre los dos el medio mas seguro de coger al bandido y á su cómplice.

Completamente resuelto á llevar á cabo este pensamiento, salió dirigiéndose á la habitacion de Honorata.

Aurora le salió al encuentro.

— ¿Como está la condesa? preguntó Rafael.

— Bastante mal, contestó la doncella con suma frialdad.

Rafael que advirtió el tono seco con que le hablaban, supuso desde luego que á él le atribuían aquella desgracia; se quedó profundamente pensativo : despues de un rato volvió á preguntar :

— ¿ Y mi mamá, se ha retirado á su habitacion ?

— En este momento acaba de salir; aquí ha pasado toda la noche.

— Voy, pues, á buscarla; ¡ mil gracias, Aurora, por vuestras noticias !... dijo Rafael con cierta amargura retirándose, no sin haber lanzado al dormitorio de Honorata una dolorosa mirada en la que se traslucia el inmenso pesar de su corazon.

Aurora le miró salir sin decirle una palabra, en seguida entró en la alcoba, y acercándose á la cama dijo en voz baja á su querida señorita :

— ¡ Él mismo, señorita, él mismo ha venido á informarse de vuestra salud !...

— ¡ Oh Dios mio ! murmuró la enferma alzando los ojos al cielo.

— Su corazon no es tan ingrato como suponiais, continuó la doncella, se interesa mucho por vuestra salud, porque no contento con haber mandado infinitas veces á su ayuda de cámara, viene él mismo á informarse, y no ha podido ménos de manifestar su dolor con una mirada tristísima que me ha dado lástima.

— ¡ Ingrato ! no sabe el daño que me ha hecho !.... ¡ ay ! Aurora mia, sin su amor no quiero la vida.

Las inocentes niñas, que tanto habian sufrido en el trascurso de su azarosa vida, lloraron de placer y de entusiasmo al vislumbrar ante sus ojos un porvenir tan halagüeño.

El empresario tambien se alegró infinito, creyendo haber hecho para su teatro una brillante adquisicion.

## CAPITULO VIII

### INCERTIDUMBRE.

Apénas empezaron los resplandores de la alborada á iluminar la tierra, cuando ya Rafael de Pináres se paseaba en su aposento con manifiesta agitacion.

Várias veces habia mandado á su ayuda de cámara á preguntar por el estado de la condesa, y como siempre le contestasen que seguía lo mismo, no pudo contener su impaciencia y se aventuró á ver á su mamá para que le informase mejor, y al propio tiempo con el objeto de hacerla presente el descubrimiento de la noche anterior, combinando entre los dos el medio mas seguro de coger al bandido y á su cómplice.

Completamente resuelto á llevar á cabo este pensamiento, salió dirigiéndose á la habitacion de Honorata.

Aurora le salió al encuentro.

— ¿Como está la condesa? preguntó Rafael.

— Bastante mal, contestó la doncella con suma frialdad.

Rafael que advirtió el tono seco con que le hablaban, supuso desde luego que á él le atribuían aquella desgracia; se quedó profundamente pensativo : despues de un rato volvió á preguntar :

— ¿ Y mi mamá, se ha retirado á su habitacion ?

— En este momento acaba de salir; aquí ha pasado toda la noche.

— Voy, pues, á buscarla; ¡ mil gracias, Aurora, por vuestras noticias !... dijo Rafael con cierta amargura retirándose, no sin haber lanzado al dormitorio de Honorata una dolorosa mirada en la que se traslucia el inmenso pesar de su corazon.

Aurora le miró salir sin decirle una palabra, en seguida entró en la alcoba, y acercándose á la cama dijo en voz baja á su querida señorita :

— ¡ Él mismo, señorita, él mismo ha venido á informarse de vuestra salud !...

— ¡ Oh Dios mio ! murmuró la enferma alzando los ojos al cielo.

— Su corazon no es tan ingrato como suponiais, continuó la doncella, se interesa mucho por vuestra salud, porque no contento con haber mandado infinitas veces á su ayuda de cámara, viene él mismo á informarse, y no ha podido ménos de manifestar su dolor con una mirada tristísima que me ha dado lástima.

— ¡ Ingrato ! no sabe el daño que me ha hecho !.... ¡ ay ! Aurora mia, sin su amor no quiero la vida.

— Calmaos y tened esperanza, quizá las apariencias engañen.

— Aquí no hay apariencias, sino realidades; yo he oído las protestas de amor que dirigía á otra mujer, olvidándose completamente de mí.

El acento de la condesa iba siendo cada vez mas débil, y su respiracion mas fatigosa; Aurora lo conoció y la dijo :

— Si se arrepiente de un momento de extravío, debéis abrirle los brazos; ahora conviene que descanséis esperando tan feliz momento.

— Si, deseo dormir un rato por no volverme loca, pues no puedo sujetar mi imaginacion que lucha incesantemente.

— Dormid, aquí estaré cerca de la cama.

— Avisame si vuelve á venir.

— Descuidad.

Por su parte Rafael se dirigió al cuarto de la marquesa.

— ¿Y mi mamá? preguntó á una doncella que halló en el gabinete.

— Acaba de acostarse.

— Decida que deseo besar su mano ántes que se entregue al descanso.

— Ven, hijo mio, ven, respondió la marquesa desde el fondo del dormitorio.

— Perdonadme, querida mamá, si vengo á interrumpir vuestro sueño.

— ¿Estás pálido, Rafael, qué tienes? ¿qué deseas de mí?

— Saber únicamente cómo está Honorata; nadie se compadece del angustioso estado de mi corazón, y todos me contestan : « mal, muy mal. » Yo he supuesto que al haberos retirado de su cuarto debe estar aliviada.

— Muy justa es esta suposicion, de otro modo, yo permanecería aun á su lado.

— ¿ Luego está mejor ?

— Sí, la dejé descansando; pero ha pasado una noche horrorosa. Una fiebre altísima la ha tenido como loca, sin conocernos á ninguno, y con un delirio atroz. El doctor llegó á temer por su vida, y gracias á un oportuno medicamento se consiguió calmar algun tanto la intensidad del mal. Ahora tememos una recaída, si se presenta esta noche el recargo.

— ¡ Si yo pudiera devolverla la salud á costa de la mia!

— El origen de su enfermedad, está en la idea que la domina de haber perdido tu amor, y luego se agravó considerablemente con el maldito anónimo que anoche recibió para acabar de trastornarla.

— En cuanto á lo primero, yo arrancaré de su mente ese pensamiento fatal, haciendo renacer la esperanza en su corazón, y lo segundo será cortado al instante, porque ya he descubierto la mano infame que altera nuestra tranquilidad.

— ¡ Qué dices! ¡ acaso Atocha!...

— ¡ La misma, madre mia! ¡ ella es! y tiene un cómplice que voy á sorprender esta misma noche. Ved, esta carta puso en la alcoba de papá, y yo por fortuna llegué á tiempo de recogerla.

La marquesa, incorporándose un poco, pasó la vista por el indigno anónimo.

— ¡Qué infamia! exclamó, ¡calumniar mi reputación tan pura como el sol!...

— Es un enemigo encarnizado el que así nos persigue, y es preciso descubrirle, aprisionando á sus agentes.

— Sí, hijo mio; pero ántes, dá cuenta de todo á tu padre.

— ¿Y he de enseñarle esta carta?

— ¿Por qué no? y las que han puesto en mi escritorio, búscalas y cuéntaselo todo; yo nada temo, la tranquilidad de mi conciencia me asegura la paz.

Rafael, acercándose al escritorio, sacó las cartas y volviendo al lado de la cama, dijo mostrándolas á su mamá:

— ¡Y qué bien fingida está la letra! parece vuestra; yo por mí, perdonadme, no se las enseñaría á papá.

— Hijo mio, si nada tengo que temer, ¿qué me importa que las vea?... Demasiado me conoce para creer en esa infame calumnia.

— ¿Luego, me mandáis que se las entregue?

— Sí, te lo mando.

— ¿Y no queréis saber lo que dicen?

— Me es igual, dime el resumen solamente.

Rafael despues de examinarlas con detenimiento, dijo:

— Son cartas que un amante rendido y apasionado os dirige, con mil protestas de ternura, y unidas á

ellas están los borradores de las vuestras, en las que han querido manifestar que correspondéis á su amor.

— ¡Qué horrible calumnia! ¡Ah! ¡qué alma tan negra debe tener el autor de semejante pensamiento!... murmuró la marquesa estremecida y temblando ante la idea de que un enemigo encarnizado apelara á unos medios tan ruines para perderla en el ánimo de su esposo.

El jóven, viendo la inmensa amargura que revelaba el hermoso rostro de la marquesa, se apresuró á tranquilizarla.

— Descansad, madre mia, dijo besando tiernamente su mano; yo castigaré al insolente, y no temáis para en adelante nuevos pesares.

— Es que no es á mí sola á quien persigue; su odio se extiende á todos. ¡Á vosotros os han querido asesinar en las montañas de Navarra y á esa pobre Honorata no la dejan vivir!... Y á propósito, despues de nuestra conversacion de anoche en que me revelaste tu amor por esa Lidia infeliz, he reflexionado que si ella os salvó de la muerte, avisándoos el peligro, debe saber quiénes son nuestros enemigos.

— Tiene sospechas, y me ha prometido descubrirme, si no el nombre del que mueve toda esa intriga, el de sus agentes.

— Reflexiona que debe saberlo con certeza, pues en su carta decia, si mal no recuerdo:

«No salgáis de vuestra casa, sin que os acompañen algunas parejas de Guardia Civil; tened entendido que en el monte de vuestra propiedad, y en el sitio

que llaman la Enercejada del Cuervo, hay doce bandidos pagados por una dama de esta corte para que undan sus puñales en vuestro pecho. »

— ¿Luego nuestro enemigo, prosiguió diciendo la marquesa, es una mujer?

— Tenéis razon, Lidia debe saberlo todo, añadió Rafael pensativo.

— ¡Ay, hijo mio! tú eres muy inocente, mucho temo que con el canto de esa sirena no te hayan tendido un lazo.

— ¡No penséis mal de la infeliz!... os lo ruego, madre mia, y reclamo para ella vuestra proteccion.

— ¡Si la merece la tendrá!

— Sobre todo no la juzguéis antes de oirla.

— Pronto saldremos de dudas; esta tarde, sin fiarme de nadie, iré yo misma á buscarla.

— ¡Os deberé mas que la vida! ¡que sea ella feliz y me olvide!...

— ¿Y tú qué harás?

— No lo sé; por de pronto mi único deseo es que Honorata me perdone y admita otra vez las prendas que sellan nuestra alianza.

— Procuralo y lo conseguirás.

— Ahora mismo vuelvo á su cuarto y no descansaré hasta que me oiga.

— Es demasiado pronto; déjalo para mas tarde.

— No puedo.

— Es preciso.

— ¿Y qué se opone á que yo la declare el horrible dolor en que me ha sumido su desden y el desprecio

con que me arrojó á mis piés el anillo y el retrato? dijo Rafael con viveza.

— Su enfermedad; ¿no conoces que en el estado en que se halla, despues de una fiebre que nos ha hecho temer por su vida, una emocion demasialo fuerte pudiera perjudicarla?

— ¿Tenéis razon; y qué hago?

— Esperar.

— ¿Hasta cuándo?

— Yo te avisaré el momento oportuno.

— ¿Y si en vez de aliviarse se agrava?

— Consultaré con el médico lo que debemos hacer.

— Acaso mi confesion y las protestas de mi ternura la devuelvan la salud.

— De todos modos espera; ten calma, y yo te indicaré la senda que has de seguir.

— ¡Si me mata esta congojosa incertidumbre!...

— Así aprenderás á sufrir.

— ¡Adios, mi querida mamá! dormid tranquila.

— Adios, hijo mio, te aconsejo veas á tu padre ahora mismo, y entre los dos combinad el medio de coger esta noche á los cómplices de ese enemigo ó enemiga oculta que nos persigue.

— ¿Y no estará mi padre irritado conmigo? He recibido orden de no salir de mi cuarto.

— Con tu sincera confesion y tu arrepentimiento calmarás su justo enojo.

Rafael, vivamente afectado, salió del dormitorio de su madre, y entrando en su aposento se puso á reflexionar sobre su triste situacion.



## CAPÍTULO IX.

### DESPEDIDA.

Pocos momentos ántes de abandonar la corte nuestra simpática Edelmira, fué llamada al cuarto de su mamá. Se presentó con timidez y llenos de lágrimas los ojos en aquel gabinete de columnas que ya conocen nuestros lectores.

Hallábase la princesa acompañada de Pereival.

— Ven, hija mía, ven, dijo con cierta dulzura al ver que la jóven se detuvo cerca de la puerta.

— ¿Me habéis llamado? exclamó adelantándose y despues de saludar con una ligera inclinación á Heraclio.

— Sí: vas á dejar la corte y quiero despedirme de ti.

— ¿Luego, os quedáis aquí? exclamó con sorpresa Edelmira.

— Me marchó tambien, pero llevamos opuestas direcciones.

— ¡ Ah! ¿ me abandonáis?

— ¡ Nunca, hija mía! donde quiera que vayas te seguirá mi protección y mi ternura.

Edelmira, medio ahogada por los sollozos, habia caído en un sillón inmediato al que ocupaba Flora: esta cogió las manos de la niña entre las suyas, y

atrayéndola hácia sí estampó en su purísima frente un beso cariñoso. Conmovida la infeliz por aquellas caricias que nunca prodigaba su madre, se las devolvió loca de alegría.

— ¡ Madre del alma! decia, no me separéis de vos: ¡ ós amo tanto!.....

Yo tambien á ti; pero es preciso separarnos para que seas feliz.

— ¿ Y no os volveré á ver?

— Por ahora no; mas en cambio verás á tu padre y te acompañará muchos días en la casa de campo donde habitarás desde mañana.

— ¡ Á mi padre! ¡ Oh! ¡ qué felicidad! ¿ tenéis al fin noticias tuyas?

— Sí; vuelve de América donde ha pasado muchos años y me pide su hija.

— ¡ Padre querido! ¡ aunque no me conoce me ama! y yo tambien á él, muchas veces en sueños he visto su benéfica y protectora sombra extenderse sobre mi cabeza.

— Efectivamente, te protege. Á su influjo debes no volver al convento, al que, segun creo, no has tenido nunca mucha afición; ¿ no es verdad?

— Lo confieso, madre mía: aquellos claustros aislados, aquellos muros sombríos, me causan cierto pavor.

— Ya no tienes qué temer: tu padre te reserva otro destino mas risueño; desde hoy es el árbitro de

— ¿ Y cuándo podré recibir sus caricias?

— Aquel caballero te lo dirá, contestó la princesa señalando á Pereival que se fingió distraído, porque apenas podía contener su emoción.

— ¿Vos lo sabéis? exclamó la niña corriendo hacia él con las manos unidas.

— Es el encargado de presentártelo, añadió Flora; pero ten entendido que no le conocerás aquí, sino en la quinta donde vas á vivir en adelante.

Estas palabras dichas con un tono enérgico demostraron á Pereival que no era tiempo de descubrirse, y haciendo un penoso esfuerzo por dominarse añadió :

— No tardaréis mucho tiempo en estar en los brazos del que os dió el ser; él por su parte lo desea con ansiedad, y cada momento que pasa sin abrazaros le parece un siglo.

— ¡ Oh padre mio! ¿ y es absolutamente indispensable que yo disfrute esa dicha sin que vos participéis de ella? dijo á su madre Edelmira.

— De todo punto necesario; yo tengo que partir al extranjero, donde me llaman asuntos de sumo interés; á mi regreso quizá nos reuniremos.

— ¡ Ese quizá es tan triste! ¿ por qué no me lo decís con certeza?

— Ignoro lo que sucederá en adelante : tú estás siempre pronta á seguir los pasos de tu padre, y hasta que le veas obedece en todo y respeta á este caballero : por él sabrás de mí y la suerte que te reserve. Ahora parte tranquila y confía en el amor de tus padres.

Esto era una despedida; así lo conoció Edelmira, rompiendo á llorar amargamente.

La princesa la estrechó en sus brazos prodigándola las mayores muestras de ternura. Tanto ella como Pereival la acompañaron hasta su cuarto, donde la jóven concluyó de ponerse los accesorios indispensables al traje de camino. Luego, pidiendo permiso á su mamá entró en el oratorio.

Arrodillada ante el altar con el mas religioso fervor, rogó á la santísima Virgen la concediese la fortaleza que la iba faltando para llevar á cabo su union con aquel Cárlos adorado, y que la fuese dado hacerlo sin disgustar á su mamá, en la que acababa de encontrar por fin, despues de muchos años de desvío, la dulce ternura de una madre amorosa.

Média hora despues, y ya al pié de la magnífica escalera del palacio, sus brazos se entrelazaron con efusion al cuello de la princesa que la colmó de caricias, y sus manos apretaban cordialmente las de Pereival.

— ¡ Que me llevéis pronto á mi padre!... le dijo en voz baja.

— No tardaré, la contestó el anciano enjugándose una lágrima que á su pesar dejó correr por su mejilla.

El coche partió á poco con rapidez, dirigiéndose por el camino de Valencia. ®

Lisa y el aya, que acompañaban á la jóven, conocieron por la tierna despedida que tuvo con su madre, y por la animacion de su semblante, que su situación habia cambiado. La dirigieron varias pre-

guntas con el deseo de aclarar sus dudas ; mas Edelmira, embargada en sus pensamientos, nada contestó hasta que Lisa, asomando la cabeza por la ventanilla, vió el coche que las seguía, y la dijo al oído :

— ¡ Señorita, nos sigue don Carlos !...

— ¿ Qué estás diciendo, bachillera ? preguntó el aya amostazada porque no pudo escuchar las palabras de Lisa.

— La he preguntado á la señorita que si vamos al convento, contestó la traviesa doncella sin desconcertarse.

Edelmira se echó á reir y exclamó :

— Si me amáis, dad gracias á Dios, porque mi querida mamá, compadecida de mis lágrimas, ha revocado su sentencia, y ya no quiere encerrarme en las sombrías paredes de un claustro.

— Muy extraño es que solo por vuestras lágrimas haya cambiado de resolución, dijo el aya.

— Y por los ruegos de mi querido padre, al que voy á conocer muy pronto, añadió Edelmira.

— ¡ Á vuestro padre ! ¡ Ah ! señorita, ¿ tantas novedades y nos las ocultabais ? exclamó Lisa.

— Las he sabido ántes de salir.

— También sabréis adónde vamos, pues nosotras caminamos á ciegas...

— ¿ Tampoco á vos, doña Crispina, os ha dicho nada mi mamá ?

— Únicamente que me preparase para acompañaros en vuestra residencia ; esta vez ha usado conmigo una reserva, que no dejo de resentirme.

— Pues yo he llegado á hacerme la ilusión de que vamos á visitar lejanos países, dijo la doncella.

— Te engañas, Lisa ; el término de nuestro viaje está á diez leguas de aquí.

— ¿ Tan cerca ?

— Sí, habitaremos en adelante una hermosa quinta que ha comprado mi mamá en las orillas del Tajo ; me ha dicho que es pintoresca y risueña ; allí encontraré pájaros y flores ; podré correr á mi alvedrío entre sus frondosas alamedas, escuchando el sonoro murmurio del rio, y sobre todo, el colmo de mi felicidad está en que me acompañará muchos dias mi querido padre...

— ¡ Cuán feliz vais á ser !

— Mucho.

— ¿ Y la señora princesa vendrá alguna vez ?

— Por ahora no ; pues tiene que hacer ántes un viaje al extranjero.

— ¿ De modo que os deja completamente libre ?

— Bajo la dependencia de mi papá.

— ¡ Cuántos deseos tengo de conocerle ! dijo el aya.

— Yo tambien, añadió Lisa.

— Vosotras lo deseáis por curiosidad, y yo por disfrutar esa inmensa dicha de recibir sobre mi frente sus paternas caricias. ®

Á todo esto y mientras iban hablando, Lisa había mirado repetidas veces á ver si el coche de Carlos la seguía.

Edelmira, que procura con el mayor cuidado que

no descubriese nada el aya, reprimió su impaciencia y no quiso asomarse.

Entre tanto Cárlos, muellemente reclinado en los almohadones de su cómodo carruaje, se entregaba á sus reflexiones.

¡ Cuántos sueños de ambicion ! ¡ qué de tumultuosos pensamientos surcaron aquella frente sombría !...

Recordó su pasado, su orfandad, el abandono en que lo dejó una madre cruel ; y no pudo ménos de exelamar con una irónica sonrisa :

— Yo ántes sin fortuna, pobre, miserable y sujeto al dominio de una mujer grosera que me ha sostenido con la idea de hacerme su esposo, me hallo en este momento rico, libre y en visperas de ser un príncipe poderoso... ¡ Oh ! y lo seré ; ¿ quién lo duda ? Edelmira me ama ; ya hallaremos ocasion de unirnos en el altar ; despues de consumado el sacrificio, su orgullosa y aristócrata madre tendrá por fuerza que admitir como hijo al pobre expósito.

Ántes procuraré buscar á mis padres, yo debo ser de una familia ilustre. ¡ Oh ! no me queda duda ; esta altívez de pensamientos, este imperioso deseo que me domina, de ser rico, noble y aristócrata, me dicen claramente que mi origen es de los mas ennobrados.

Este orgullo que siento, deben mis padres habermele trasmitido con su sangre ; sí, sí, ¡ es un orgullo de raza !...

Me es indispensable buscarlos, saber sus nombres ; y si no tienen un título, yo le compraré. ¡ Afortuna-

damente poseo cuatro millones !... ¡ no es mucho !... ¡ pero ya se aumentarán !... Con talento y audacia todo se consigue.

¡ Por de pronto no puedo, ni quiero presentarme en el mundo ni ante la princesa sin que á mi nombre acompañe un título aristocrático ! seré marqués desde hoy, lo prometo.

¿ Y qué título adoptaré ? Tiene que ser fingido con visos de realidad, hasta tanto que me adquiera uno real y verdadero.

¡ Reflexionemos !

¡ Me llamaré !... ¡ oh ! ¿ cómo me llamaré ? ¡ Mas ya lo sé !... ¡ Soy el marqués de Selva-Verde !...

Ahora necesito meditar un medio para reunirme con ella y viajar juntos ; ¿ y cómo me compondré ? Ya te tengo, dijo despues de un rato de meditacion y dándose una palmada en la frente. Magnífico plan : en la primera parada le pongo por obra... gracias al dinero de la Colasa, nada tengo que temer. ¡ Y qué bien me han venido tantos brillantes ! ¡ qué hermosos ! ¡ tantas riquezas !...

Y no siento en verdad habérselas quitado ; ¡ ella al fin es una usurera infame !... y el que roba á otro ladron, etc.

Cárlos volvió á pensar en el plan que meditaba y que verán nuestros lectores en el capítulo siguiente. ®

## CAPÍTULO X.

### FRACASO.

Llegaron nuestros viajeros á la primera parada donde debían mudar tiro. Edelmira quiso pasear un rato, y al efecto bajó del carruaje, y tomando el brazo de Lisa echaron á andar por la carretera.

El aya se quedó medio dormida.

Eran las cuatro de la tarde, el sol estaba en todo su esplendor y un vientecillo agradable hacia ondular libremente los anchos trajes de las jóvenes que, con la mas franca alegría, se entregaban á su regocijo.

— Al fin podemos hablar, querida Lisa. ¡ Ah! dime, dime pronto, ¿ le has visto? ¿ es verdad que nos sigue? No me he atrevido á mirar por miedo de que esa cócora de vieja descubra nuestro secreto.

— Á mí me pareció verle en aquel carruaje que acaba de pararse junto al nuestro; mirad.

— En efecto, él es. Sigamos andando, puede que venga y nos hable.

— ¿ Y si no nos ha visto?

— Tienes razon. Esperemos un momento.

Las dos jóvenes se destuvieron. Lisa agitó como

distraida su pañuelo blanco, queriendo sin duda llamar la atencion de Carlos; pero este, mas prudente que ellas, no creyó oportuno acercarse y siguió presenciando impasible la mudanza del tiro efectuada en ambos carruajes.

— ¡ No nos hace caso! exclamó Edelmira, y nos ha visto porque ha mirado hácia aquí várias veces.

— Él se entenderá, dejadle.

— Está hablando con nuestro cochero; ¿ qué le dirá? — Dedid mas bien qué le habrá dado; porque un objeto he visto pasar de la mano de Carlos á la suya.

— Alguna cosa medita; ¡ cuánto daria por saberlo!

— ¡ Ahora monta en su coche y ni un signo nos hace demostrando que nos ha conocido!... Ese disimulo me martiriza y no sé á qué conduce, si el aya no puede verle y es de la única que nos debemos guardar.

— Él no sabe si está en el carruaje la señora princesa.

— Quizá sea esa la pregunta que ha hecho al cochero.

Carlos, que efectivamente habia montado, dió la orden de partir. Los caballos arrastraron el coche con violencia por el camino real.

— Ya viene; vamos andando, á ver si nos dice algo.

— El aya nó deja de mirarnos, debemos tener mucho cuidado, señorita.

— Calla, ya está aquí.

Carlos al pasar junto á las jóvenes, sacó la cabeza por la ventanilla y las dijo en un tono particular :

— ¡ Adios : en breve viajaremos reunidos!...

— ¡ Qué dice! murmuró Lisa.

— ¿Que nos reuniremos, y cómo? qué hará?

— Él lo sabrá cuando lo dice.

— ¡Oh Dios mio! ¡qué felicidad es ser amada de esa manera!... cuántos sacrificios por mí!... ¡Abandona su casa y me sigue sin saber dónde vamos!...

— ¿Con qué pagaré yo tanto cariño?...

— Con el vuestro, señorita; con amarle siempre.

— Todo entero posee mi corazón.

— ¡Al coche, señorita, al coche!... gritó el cochero dirigiendo los caballos al sitio donde se hallaban.

Montaron ambas, y poco después perdíanse á lo lejos entre el polvo del camino.

Cuando llegaron á la segunda parada, era cerca de anochecer. También Edelmira quiso apearse, y entonces el aya, no pareciéndole bien dejarla sola, la siguió internándose las tres en una calle de árboles. No bien se alejaron cien pasos, cuando las alcanzó uno de los postillones.

— ¿Qué hay? le dijo el aya viéndole llegar tan agitado y presintiendo una desgracia.

— Que no podemos seguir el viaje, se ha roto una rueda del coche.

— ¡Qué fatalidad! ¿y no hay aquí quién la componga?

— No, señora; el pueblo mas inmediato dista dos leguas y es preciso ir allá á traer un carpintero.

— ¡Oh Dios mio! y mientras tanto se hará de noche y nos encontraremos en un camino desconocido, donde no hay ni una casa que nos preste abrigo, dijo Edelmira, mas que con la idea del contratiempo, con la de perder de vista á Carlos.

— Ciertamente, es una desgracia, repuso el criado, porque esa casucha, donde se muda tiro, solo tiene cuadras y grandes corrales.

— ¿Y qué haremos? exclamó el aya.

— ¡Volvamos á ver en qué estado se halla el coche! añadió Edelmira dirigiéndose allá.

— ¡Milagro será no sea esto una estratagema de don Carlos! murmuró Lisa al oído de la atribulada joven.

— ¿Qué dices, será posible? contestó á media voz y empezando á sospechar alguna cosa.

— Ya lo veremos.

Cuando se enteraron de que el carruaje estaba enteramente roto y no había medio de continuar su viaje, se afligieron sobremanera; el aya mucho mas, pues era muy miedosa y veía acercarse la noche sin encontrar recursos de ninguna especie.

— ¿Qué haremos? preguntó á Edelmira.

— Como no sea montar en el primer carruaje que pase, no sé qué hacer.

— No es mala idea; por dinero ó por favor nos llevarán hasta el pueblo inmediato.

El lacayo regordete y rollizo entró en las caballerizas gritando con áspera voz:

— ¡El coche del señor marqués!

— ¿Ya se marcha el señor? preguntó un hombre desde adentro.

— ¡Sí, ya no quiere detenerse aquí! encuentra muy árido este país.

— Antes de diez minutos estará pronto.

— ¡Bien! no le hagáis esperar, que tiene un genio como una pólvora.

— Habéis oído, doña Crispina, dijo Lisa al aya, un marqués tiene aquí su coche y va á partir ahora mismo : suplicadle que nos conceda un asiento. Aquí no podemos quedarnos esta noche. Dios sabe lo que nos sucederá.

— Tienes razon, contestó el aya participando del fingido temor de la doncella. Edelmira no la oyó; acababa de ver á Carlos entre unos árboles y sospechó inmediatamente que el coche era el suyo, y que la causa de su detencion era tambien que se habria convenido con el cochero para romper la rueda y dejarlas á pié.

— Señorita, ¿ queréis que vaya doña Crispina á ver si ese caballero nos permite ir en su carruaje? dijo Lisa.

— Sí, doña Crispina; haced lo que gustéis, dijo la jóven cambiando con la doncella una mirada de inteligencia.

— Gracias á la Virgen que nos envía este auxilio, dijo la solterona dirigiéndose hacia el lacayo.

— Don Carlos ha cumplido su promesa, murmuró Lisa.

— Es una prueba mas que recibo de su amor, contestó Edelmira mirando con adoracion hácia el grupo de árboles entre los cuales se distinguía la gallarda presencia del mancebo.

— ¿ Tenéis la bondad de decirme á quién pertenece este carruaje? dijo el aya al lacayo señalando á la elegante silla de posta que acababa de situarse en el camino real.

— Al señor marqués de Selva-Verde.

— ¿ Y hácia dónde es el rumbo?

— Perdonad, señora mia; pues no tengo necesidad de dar explicaciones.

— No lo pregunto sin falta de misterio.

— Con misterio ó sin él, me niego á contestaros.

— Mi señora, la ilustre hija de la princesa de Florini, tiene que pedir un favor á vuestro amo.

— En ese caso, dirigios á él; allí está entre aquellos árboles de la derecha.

— Mil gracias, contestó la dueña marchando en aquella direccion.

Ya Carlos esperaba la demanda; sin embargo, por disimular, recibió al aya con suma frialdad.

— ¿ Sois el señor marqués de Selva-Verde? dijo doña Crispina con cierta desenvoltura que la daba su continuo roce con la aristocracia.

Carlos contestó afirmativamente con un signo lleno de majestad; luego preguntó :

— ¿ En qué puedo complaceros?

— Vengo á haceros una peticion en nombre de mi señora, mas ántes deseamos saber la ruta que pensáis seguir.

— Decidme, ¿ quién es vuestra señora?

— Soy aya de la señorita Edelmira Florini, hija única de la ilustre princesa de este nombre.

— ¿ Y en que puedo servir á tan amable dama?

— Dignaos contestar á mi anterior pregunta y os lo diré.

— En verdad que me es algo embarazoso satisfa-

ceros, pues yo viajo por gusto, y voy buscando paisajes y pueblos pintorescos. Por lo tanto, si sabéis de alguno, indicádmelo y aquel será por hoy mi derrotero.

— El pueblecito y la hermosa quinta adonde nos dirigimos, creo reúne esas condiciones, está situado á la orilla del Tajo, y contábamos llegar á él esta misma noche; pero habiéndose roto una rueda á nuestro carruaje, nos vemos en la imposibilidad de continuar adelante. Este inesperado fracaso es el que me mueve á molestaros, rogándoos en nombre de mi señora os dignéis cedernos un asiento en vuestro coche.

— Tengo en ello sumo placer; decid á esa señorita que mi silla de posta está á su disposición, y al mismo tiempo alcanzadme su permiso para saludarla y tener el honor de ponerme á sus órdenes.

— ¡ Ah! señor, cuánto os lo agradecemos... contad con nuestro eterno reconocimiento...

El aya hubiera continuado en sus cumplidos si Cárlos, con un signo imperioso, no la hubiera dicho:

— Bien, señora, bien; dejaos de lisonjas, y haced presente á vuestra señora mi deseo, porque se hace tarde, y no podemos continuar aquí mucho tiempo.

Doña Crispina, loca de alegría y encantada de la galantería y amabilidad del joven marqués, fué á comunicar el resultado de su entrevista á Edelmira y Lisa que la esperaban con impaciencia.

Poco despues, Cárlos, con la mas fina cortesanía, ofreció sus respetos á la princesa, y la daba la mano

para montar en el carruaje. Él se colocó á su lado, el aya y Lisa en el asiento de enfrente, felicitándose todos por la feliz casualidad que los reunía.

Cuando partieron de aquel punto, era completamente de noche.

Una auréola de dulce felicidad irradiaba en el semblante de Edelmira; conmovida por aquella prueba de un amor tan apasionado, no sabia cómo demostrar su cariño al hombre que así se conducía.

Cárlos, deseando disfrutar todo el tiempo posible la compañía de su amada, dió orden á su cochero para caminar bastante despacio.

El aya, repuesta del susto que la causó el fracaso de su carruaje, se durmió con tranquilidad.

Lisa sonreía con malicia y los amantes se miraban con extático arrobamiento.

La luna apareció entre blancas nubes iluminando el cuadro con sus resplandores.

## CAPÍTULO XI.

DOBLEZ.

En tanto que Edelmira, feliz y satisfecha, continuaba su viaje acompañada de su gallardo y joven amante, veamos lo que ocurría en el palacio del baron de Pereival.



ceros, pues yo viajo por gusto, y voy buscando paisajes y pueblos pintorescos. Por lo tanto, si sabéis de alguno, indicádmelo y aquel será por hoy mi derrotero.

— El pueblecito y la hermosa quinta adonde nos dirigimos, creo reúne esas condiciones, está situado á la orilla del Tajo, y contábamos llegar á él esta misma noche; pero habiéndose roto una rueda á nuestro carruaje, nos vemos en la imposibilidad de continuar adelante. Este inesperado fracaso es el que me mueve á molestaros, rogándoos en nombre de mi señora os dignéis cedernos un asiento en vuestro coche.

— Tengo en ello sumo placer; decid á esa señorita que mi silla de posta está á su disposición, y al mismo tiempo alcanzadme su permiso para saludarla y tener el honor de ponerme á sus órdenes.

— ¡ Ah! señor, cuánto os lo agradecemos... contad con nuestro eterno reconocimiento...

El aya hubiera continuado en sus cumplidos si Cárlos, con un signo imperioso, no la hubiera dicho:

— Bien, señora, bien; dejaos de lisonjas, y haced presente á vuestra señora mi deseo, porque se hace tarde, y no podemos continuar aquí mucho tiempo.

Doña Crispina, loca de alegría y encantada de la galantería y amabilidad del joven marqués, fué á comunicar el resultado de su entrevista á Edelmira y Lisa que la esperaban con impaciencia.

Poco despues, Cárlos, con la mas fina cortesanía, ofreció sus respetos á la princesa, y la daba la mano

para montar en el carruaje. Él se colocó á su lado, el aya y Lisa en el asiento de enfrente, felicitándose todos por la feliz casualidad que los reunía.

Cuando partieron de aquel punto, era completamente de noche.

Una auréola de dulce felicidad irradiaba en el semblante de Edelmira; conmovida por aquella prueba de un amor tan apasionado, no sabia cómo demostrar su cariño al hombre que así se conducía.

Cárlos, deseando disfrutar todo el tiempo posible la compañía de su amada, dió orden á su cochero para caminar bastante despacio.

El aya, repuesta del susto que la causó el fracaso de su carruaje, se durmió con tranquilidad.

Lisa sonreía con malicia y los amantes se miraban con extático arrobamiento.

La luna apareció entre blancas nubes iluminando el cuadro con sus resplandores.

## CAPÍTULO XI.

DOBLEZ.

En tanto que Edelmira, feliz y satisfecha, continuaba su viaje acompañada de su gallardo y joven amante, veamos lo que ocurría en el palacio del baron de Pereival.

Serian las dos de la tarde; Flora, según su costumbre, acababa de abandonar el lecho.

Entró en su tocador seguida de su camarera favorita, que era de todas la única enterada en el secreto de su disfraz.

En pocos minutos estuvo peinada y vestida con el mayor esmero. Hizo entrar á Pereival y le dijo :

— ¿Qué os parece? ¿estoy bien disfrazada? ¿conocerán en mí á la princesa de Florini?

— ¡Qué disparate! aparentáis veinte años mas, y aunque no fuera por esta circunstancia, la estatura, el pelo y el color son enteramente diferentes.

— Y aparezo mucho mas gruesa, gracias á las entretelas de mi ampuloso traje.

— Podéis ir tranquila á todas partes, segura de que el mas inteligente no sospecha el engaño.

— Me alegro infinito. Ahora, amigo mio, tened la bondad de acompañarme, haremos unas cuantas visitas indispensables.

— Con mucho gusto. ¿Dónde pensáis ir?

— Hoy iremos solamente á casa de marqués de Pináres, y á la de la marquesa del Rio. Como amigas antiguas, debo ofrecerlas en persona nuestra casa, y quizá hayan guardado esa etiqueta, cuando no han correspondido á vuestra invitacion, dejando de asistir á la recepcion que dimos celebrando mi venida.

— Corriente; voy á vestirme, y al momento estaré á vuestras órdenes.

— Entre tanto concluiré de arreglar mi tocado.

Flora añadió á su magnifico traje de muaré y

encajes, una mantelela de terciopelo de exquisito gusto. Se puso un hermoso sombrero de crespon blanco con plumas y blondas, y tomando la sombrilla, los guantes y el pañuelo de batista ricamente bordado, salió al gabinete.

Pereival tenia al otro extremo su cuarto de vestir, y no tardó en reunirse con su cara esposa, aparentando vivir en la mas perfecta armonía, y como si nunca se hubieran separado.

La dió el brazo y bajaron la magnífica escalera de mármol.

La berlina los aguardaba.

— Carrera de San Jerónimo, palacio de Pináres, gritó Flora colocándose en su asiento.

Pereival ocupó el suyo y los caballos partieron con rapidez.

La marquesa se hallaba en un hermoso salon tapizado de raso color de cereza con flores blancas, cuando un criado anunció respetuosamente desde el dintel de la puerta :

— El baron y la baronesa de Pereival.

— ¡Dios mio! ¿esa mujer aqui? ¡qué audacia! exclamó la marquesa dirigiendo á Rogelio, que se hallaba á su lado, una mirada interrogativa.

— Como no hemos correspondido á su invitacion, vendrá á darnos quejas.

— ¿Y qué haremos?

— Que pase adelante, contestó el marques en alta voz dirigiéndose al criado que desapareció inmediatamente.

— Nunca he visto á esa mujer, Rogelio mio, y sin embargo me inspira una aversion profunda por los antecedentes que de ella tengo y lo que me persiguió en mi juventud.

El marques no pudo contestar; se lo impidió la presencia de los dos esposos, que aparecieron encorvándose como si los años doblgaran su cabeza, y con un aire de bondad y de dulzura indefinible.

La jóven y bella marquesa, que se habia imaginado en Flora una figura audaz, descarada y antipática, se quedó sorprendida al encontrar una señora anciana y casi venerable con sus cabellos blancos y su ademan lleno de grave dignidad.

No fué ménos la sorpresa de Rogelio, y con todo, mas diestro que su esposa en disimular sus impresiones, se adelantó á recibirlos; saludándose todos mutuamente con la mas exquisita galanteria.

Tampoco Flora esperaba encontrar tan finas y altas á unas personas que, en su concepto, debian odiarla, y desde luego atribuyó aquel recibimiento á pura diplomacia. Como su alma era tan mezquina, no podia comprender en nadie sentimientos nobles y elevados, por lo cual jamas reconoció, en la que ella siempre llamaba *Salvaje pastora* ni en su esposo, la generosidad y la abnegacion que les eran habituales.

— ¿No esperaríais mi visita, no es verdad? dijo Flora despues de un rato.

— Os confesamos que nos ha sorprendido agradablemente, contestó el marques.

— ¡Oh! sí, añadió su esposa, ha sido por vuestra parte demasiada galanteria; nosotros nos considerábamos satisfechos con la visita que el señor baron nos hizo ántes de vuestra venida, y despues el ofrecimiento de casa y la atenta invitacion que recibimos, nos hubieran hecho ir sin demora á felicitaros; pero nos lo ha impedido la enfermedad de Honorata.

— Á mí me ha parecido que la antigua amistad que unió á nuestra familia en mi juventud y las relaciones de parentesco que me ligan á esa amable y querida niña, eran motivo suficiente para deponer toda etiqueta, y en su consecuencia he venido á ofreceros mi amistad franca, leal y desinteresada.

— La aceptamos con placer, dijo la marquesa con cierta frialdad que no se escapó á la penetracion de la astuta baronesa, la cual prosiguió:

— No dejo de conocer que en el fondo de vuestros corazones se ocultará aun algun pequeño resentimiento, ó mas bien un recuerdo desagradable de la conducta que usé con vosotros ántes de mi casamiento. Sin embargo, hoy que conozco mi imprudencia y la ceguedad que me impulsó á obrar de aquel modo, os pido perdón confesando francamente mi culpa. Los años, los disgustos, y lo muchisimo que hemos sufrido en nuestro largo y penoso destierro, han operado en mi carácter y en mis costumbres un cambio completo. Hoy al recordar las faltas de mi juventud, me avergüenzo y os ruego no veáis en mí la Flora de aquellos días, jóven, orgullosa y altiva; sino á la pobre desterrada que vuelve á su patria.

ansiosa de emociones, de cariño, y con el vivísimo anhelo de reconciliarse con sus antiguos amigos y de encontrar en los brazos de sus cercanos parientes el consuelo y la paz del alma tan necesaria para el que, gual yo, le restan pocos días de vida.

La artificiosa Flora tan diestra en disfrazar sus sentimientos, aparentando toda clase de emociones, tuvo también una lágrima con que hacer más patético el cuadro.

Poseía con la mayor perfección el arte de ocultar sus defectos, y de que apareciese en su rostro vivamente reflejado el sentimiento que la convenía fingir, interesando en su favor el ánimo de los que la escuchaban.

Es verdad que no podía sostenerse mucho tiempo en este papel, porque su genio arrebatado, impetuoso y colérico, la descubría á lo mejor; y tratando con intimidad algún tiempo, llegaba á inspirar cierta instintiva antipatía cuya causa no era fácil conocer inmediatamente.

La marquesa, que tan prevenida estaba contra ella, quedó encantada con aquel rasgo de franca humildad; olvidó todo lo pasado creyendo sincero y leal su arrepentimiento, y dejándose llevar de un impulso generoso, la alargó la mano con efusión, dándole toda clase de seguridades y de inequívocas pruebas de amistad y simpatía.

El marqués, aunque no fué tan espontáneo, se apresuró sin embargo á unir con las de su esposa sus protestas de sincera correspondencia.

Hablaron largo rato de la familia, de su expatriación durante tantos años, y por último, como Flora insistiese en ver á Honorata y á la madre de Rogelio, este se opuso no pareciéndole conveniente presentarles una visita para ellas tan extraña como sorprendente hasta consultar su voluntad, pretextando que la delicada salud de ambas impedía que en aquel momento satisficiera su deseo.

— Entónces, amigo mío, dijo Flora, accediendo, aunque no satisfecha con la excusa, hacedme el obsequio de prevenirlas esta tarde; yo á la noche volveré como en familia. Si Honorata sigue mal, reclamaré mi puesto de enfermera, que me corresponde como parienta más inmediata, y rogaré á doña Juana me conceda una pequeña parte de aquel dulce cariño que me profesó en otro tiempo.

— Corriente, consultaremos al médico, y á la noche, si continúan más despejadas, las veréis.

— En esa confianza me despido, dijo Flora levantándose.

— ¿Tan pronto os vais? exclamó la marquesa.

— Muy grata es para mí vuestra amable compañía, y desde luego las horas me parecen minutos á vuestro lado, empero, tengo que resignarme á perder esta dicha, porque otras visitas perentorias me llaman lejos de aquí.

La medida del fingimiento se hallaba en su colmo, y si tan pronto no se aleja de aquella casa, hubiera dejado traslucir alguna chispa del odio que fermentaba en su corazón.

— ¡Qué feliz! ¡qué orgullosa vive la salvaje pastora al lado de su esposo!... murmuró entre dientes cuando montó en su coche, dando orden de dirigirse á la plazuela del Progreso.

— ¡Qué amables han estado! dijo Pereival.

Flora no le oía, solo escuchaba la voz de su cólera, de su orgullo, ó diremos mas bien de su envidia...

En su rostro apareció súbitamente la cínica expresión de sus repugnantes pensamientos.

Heraclio la miró y tuvo miedo.

— ¡Esta mujer es una hiena! dijo para sí replegándose al fondo del carruaje.

Ella continuó murmurando un confusas palabras que no pudo comprender Pereival.

— ¡Yo debí casarme con Rogelio y disfrutar á su lado, además de su título y sus riquezas; la felicidad de los ángeles, porque ser amada por él es el colmo de la dicha!... Pero ella, esa campesina, se interpuso para arrebatar me su amor, obligándome á casarme con el ente despreciable que llevo cerca de mí!... ¡Oh! ¿y he de perdonarle tantos tormentos como he sufrido?... ¡Nunca! ¡odio implacable!... Los perseguiré sin tregua hasta hundirlos en el abismo de la desgracia. Á ella, por haberme arrebatado su cariño, á él por los desprecios que me hizo en otro tiempo, á Honorata por que disfruta el ilustre título de mis antepasados, y á todos por los nueve meses de miseria y humillaciones que pasé en aquella infecta buhardilla.

Pereival ahogó la voz de su terror, y mirándola con asombro, no se atrevió á decirle ni una palabra. Estaba sujeto á su destino, no solo por el lazo que estrecharon ante el altar, sino por su precaria situación, y porque á su lado aparecía con el fausto, y la ostentación de un grande de España, y separándose era un criminal perseguido por la justicia.

Su mala suerte le hizo ser el instrumento de aquella mujer en varias épocas de su vida, y ya tenía que morir del mismo modo y bajo su odiosa dependencia.

La odiaba y la temía.

Esto último en mas alto grado, por eso no tuvo fuerzas para oponerse á la visita que iban á hacer á la marquesa del Rio, sin embargo de que presentia una catástrofe si la casualidad le presentaba delante á la infeliz viuda de Enrique Simon.

Cuando el coche paró ante el palacio de la del Rio, el infeliz tembló como un azogado.

Con el rostro descompuesto, y pálido como la muerte, entró en un salon elegantísimo donde la anciana marquesa del Rio, llena de amabilidad, se adelantó á recibirlos.

Al hallarla completamente sola, respiró con mas libertad.

## CAPÍTULO XII.

### ENCUENTRO.

La marquesa del Rio no tenia un motivo grave para querer mal á Flora, si bien es verdad que en su juventud hizo pasar crueles desengaños al infeliz y demasiado bondadoso Enrique Simon; habia trascurrido tanto tiempo, y era el corazon de la marquesa tan bueno y tan generoso, que no se acordaba de la ofensa. Siempre dispuesta á la indulgencia y al perdon, recibió á los dos esposos con la bellissima amabilidad que la caracterizaba, felicitándolos por su regreso á España y alegrándose infinito de reanudar con ellos sus buenas relaciones de amistad.

— Debéis haber sufrido mucho en vuestro destierro, dijo la marquesa á Flora despues de haber girado la conversacion sobre diversos asuntos.

— ¿Por qué lo decís? mi querida marquesa.

— Porque os hallo demasiado anciana; aparentáis mas años de los que realmente debéis tener.

Flora murmuró para si.

— ¿Sospechará el engaño?

Luego en voz alta añadió :

— En el ardiente clima de América se envejece

muy pronto, y he pasado allí cerca de catorce años sufriendo todos los tormentos de una expatriacion y deseando siempre volver á respirar las auras de mi querida patria. Este deseo incesante, este eterno clamor de mi alma, ha hecho encanecer mi cabello, y ha trasformado mi carácter, mis sentimientos y hasta mis costumbres, de una manera tal, que si ahora me tratáis con intimidad, como en otro tiempo, os asombrará la trasformacion.

— Si lo creo; es muy duro encontrarse en país extraño sin pisar el hermoso suelo que nos vió nacer. Yo tambien pasé muchos años en Paris por el capricho de mi esposo, y vivia siempre disgustada, suspirando continuamente por mi delicioso Madrid. Luego, la horrible desgracia acaecida á mi querido hermano Simon y la muerte de mi esposo apresuraron mi regreso á la corte, y no he vuelto á salir de ella, ni lo deseo.

Si en el momento en que la marquesa dijo estas palabras hubiera fijado la vista en Pereival, viéndole pálido, con el rostro descompuesto y las miradas extraviadas, con el espanto y el remordimiento pintados en sus facciones, no hubiera podido menos de exclamar : « Hé aquí el culpable. »

Afortunadamente ninguna de las dos señoras le miró, y continuaron engolfadas en su conversacion, sin comprender ni adivinar siquiera los tormentos del culpable Heraclio.

Otro incidente la distrajo por completo, llevando la conferencia á otro terreno, en el que Pereival

ahogando la voz de sus terribles recuerdos no tuvo mas remedio que tomar parte.

Un criado anunció desde la puerta.

— El señor conde de Cinkar.

Esta vez le tocó á Flora estremecerse bajo su doble máscara ; empero se repuso muy pronto creyéndose con su disfraz y su nuevo nombre enteramente cubierto.

— Que pase adelante, habia contestado la marquesa, y poco después se presentó el noble italiano, pálido, grave y familiarmente apoyado en el brazo de su fiel Ruderico.

Cambiados los primeros saludos, hizo la marquesa la debida presentacion de unos y otros en esta forma :

— Tengo el gusto, mi querido conde, de presentaros mis antiguos amigos el baron y la baronesa de Pereival, recién venidos de América.

El conde se inclinó murmurando un cumplido.

La marquesa siguió diciendo dirigiéndose á Flora :

— El señor conde de Cinkar, del cual habréis oído estos dias una notable aventura, que está llamando la atencion en todos los círculos aristocráticos.

— ¿Referente á esa fingida princesa, no es verdad? dijo Flora sosteniendo con audacia la mirada que el conde tenia clavada en su rostro y dando á su voz cierta inflexion de dulzura y melodia que formaba contraste con el tono seco y duro que la era habitual en sus momentos de cólera.

— Ciertamente. ¿La habéis conocido? preguntó la marquesa.

El conde se apresuró á decir con cierta ironia :

— Creo era muy amiga de esta señora y en particular de este caballero.

Flora, recordando que el conde escondido en su gabinete habia escuchado su conferencia con Pereival, se preparó á desvanecer toda sospecha ; inventó una fábula perfectamente urdida y exclamó con viveza :

— Perdonad, señor conde, si rechazo vuestra su-posicion, pues nunca di á semejante aventurera, y mucho mas habiendo sido mi criada, el título de amiga.

— Me consta de una manera positiva que estuvo en vuestra recepcion y que con el señor de Pereival ha tenido conferencias muy íntimas y familiares.

— Eso no lo negaré ; pero tampoco ignoraréis que cuando ella se presentó en mis salones, desaparecí yo por no recibirla. Nadie podrá decir que nos han visto juntas.

Flora decia la verdad y el conde no pudo ménos de confesarlo.

Con objeto de asegurarse en su nueva posicion de baronesa y desorientar á los que abrigasen la menor sospecha, improvisó en la misma noche dos reuniones, una en el palacio de Florini, otra en el de Pereival : como tenia prontas y fáciles comunicaciones, y doncellas adiestradísimas que la disfrazasen instantáneamente, pudo presentarse en ambos salones, ya como princesa, ya como baronesa, haciendo en uno y otro los honores con la mayor finura y sin que nadie conociese el engaño.

El conde quedó satisfecho en lo referente á este punto, mas no en lo de Pereival, porque tenia muy presente la conversacion que habia oido la noche de su prision. Por lo tanto, exclamó dirigiéndose á él:

— ¡Dispensadme, si os hago ciertas preguntas!...

— No hay necesidad de que os molestéis, añadió Pereival interrumpiéndole. Con la franqueza que me es propia, voy á manifestaros todo lo que sé de esa mujer, á la cual hemos conocido en un estado bastante deplorable. Segun acaba de decir mi esposa, ha sido criada nuestra acompañándonos en algunos de los viajes, que con motivo de nuestra emigracion hicimos por el extranjero, ántes de embarcarnos para América. Sin embargo de su carácter altivo é intrigante, mi esposa la queria por el buen servicio que la prestaba, y en este concepto la propusimos si queria irse con nosotros á Ultramar. Desde luego accedió con mucho gusto; pero ántes nos pidió permiso para venir á España á despedirse de su familia.

— Y por cierto que nos jugó una mala pasada, dijo Flora continuando el relato de su esposo para hacer ver que no era una cosa improvisada, sino un hecho real y positivo del cual tenian ambos el mas perfecto conocimiento.

— ¡No habrá jugado pocas la farsanta! exclamó la del Rio.

— Nosotros la encargamos, siguió diciendo Flora, que nos recogiese algunas alhajas de gran valor que habíamos dejado aquí en una casa conocida, y puesto que habia de ir á reunirse con nosotros nos las llevase.

— ¿Y no la habéis vuelto á ver? dijo el conde.

— Nos escribió desde Cádiz, que estaba dispuesta á volar á nuestro lado y que al efecto tenia tomado pasaje en el navío *San Andres*, que debia hacerse á la vela pocos dias despues de escrita su carta.

— Precisamente en el *San Andres* se embarcó mi esposa, dijo el conde con amarga tristeza.

— Este buque naufragó en la travesía; lo supimos algun tiempo despues, y deplorámos la triste muerte de nuestra doncella, suponiendo desde luego habria sufrido la misma suerte que los demas pasajeros.

— Su fortuna la salvó para que arrebatase el título y las riquezas de mi infeliz esposa, dijo el conde.

Pereival, muy al corriente de la fábula que iban combinando, prosiguió sin turbarse:

— Hace poco, á nuestro regreso á Europa, mi esposa se quedó en Paris preparando su equipo; en tanto vine yo á la corte á buscar habitacion donde pudiéramos alojarnos dignamente. Á los pocos dias de mi llegada oí hablar con entusiasmo de la princesa italiana que tanto llamaba la atencion con su asombroso fausto, lo que me hizo entrar en deseos de conocerla. Al efecto, rogué á un amigo me presentase en una de sus recepciones. Lo hizo, así, y os confesaré con franqueza, que me quedé absorto, admirado, al reconocer en la tal princesa á nuestra doncella. La felicité por su nueva posicion, y no pude ménos de recordarla su antiguo estado y decirla que la creíamos sepultada en las aguas del Océano.



Al pronto quiso negar, pero no pudo hacerlo, porque la enseñé el collar que llevaba puesto y que era precisamente una de las alhajas que la habíamos mandado recoger. Entónces se estremeció vivamente, y me rogó no la descubriese. Tuve lástima de su congoja, y la ofreci callar si me contaba los medios de que se había valido para hacerse una princesa de las mas ricas de Europa. Llena de alegría convino desde luego en mi deseo, y desde aquel momento frecuenté su casa como uno de sus mas intimos amigos. Con el deseo de complacerme ó acaso con el de asegurar mi silencio se interesó muchísimo por nosotros. Ella me proporcionó el palacio que habitamos, y mandó á sus tapiceros le decorasen y alhajasen del modo en que está. Muchas veces la he rogado me presentase las cuentas de todo, y siempre me contestaba que me entendiese con su mayordomo.

— ¿Y os contó al fin su historia? preguntó la marquesa impaciente por saber aquella aventura.

— Sí, me citó dos veces: una mañana me refirió parte de ella, volvi por la noche y acabó de satisfacer mi curiosidad.

— La última conferencia la oí yo escondido en su gabinete, dijo el conde; y tuve el gusto de saber tambien en aquella noche, que me salvasteis la vida en la Habana; dispensad si ántes no os he manifestado mi reconocimiento, y perdonadme la ligera idea que he podido abrigar de que fueseis su cómplice.

El noble conde, desvanecidas completamente sus

sospechas y dejándose llevar de sus generosos sentimientos, tendió las manos con efusion á Pereival, manifestándole de la manera mas viva su inmenso agradecimiento; ofreció á los dos esposos su amistad franca y leal, prometiendo visitarlos y combinar con ellos el medio de arrancar la máscara á la fingida princesa.

Tanto Flora como Pereival le hicieron las mas ardientes protestas, dándole palabra de cooperar en cuanto les fuese dable para la perdicion de aquella mujer y para que él recobrase el titulo y la fortuna que correspondia á su hijo.

Completamente satisfecho y tranquilo el confiado italiano, pidió permiso para retirarse, pues no queria oir el final de aquella historia que lastimaba tan dolorosamente su corazon.

Despidióse con la mayor finura de sus nuevos amigos y de la anciana marquesa, y salió de la sala apoyándose en Ruderico.

Las humedades del sótano en que pasó unos dias tan crueles le habian hecho contraer un reuma penosísimo, que le obligaba á demandar auxilio ajeno para manejarse.

Quando salió de la sala volvió la cabeza para saludar otra vez; en cuyo instante Ruderico sorprendió en la baronesa una mirada de odio, que se apagó como un relámpago, volviendo á brillar en su fisonomía su fingida dulzura.

## CAPITULO XIII.

### ACCESO.

Ese pobre conde es bien digno de lástima, dijo la marquesa del Rio luego que aquel hubo desaparecido. Y esa farsanta princesa ha perdido todo su prestigio en nuestra sociedad, descubriéndose, con la milagrosa salvacion del conde, su infamia y los medios de que se ha valido para adquirir unas riquezas que no la pertenecen. Tanto como ha llamado la atencion con su fausto durante dos años, tanto está en el día siendo el objeto de la crítica y el desprecio general, pues en todo Madrid no se habla de otra cosa.

— Es natural, contestó Flora con la mayor indiferencia. Y ha hecho muy bien escapar tan á tiempo; mas yo creo será fácil descubrirla y que pague de una vez todas sus infamias.

— Yo me alegraría muchísimo.

— Y nosotros ayudaremos desde luego á ese noble caballero, se lo hemos prometido, y deseo cumplirlo con viva ansiedad.

— Conclud, baron, de contarme lo que os refirió de su historia, aunque yo supongo será igual á lo que me tiene referido el conde.

— Exactamente, puesto que oyó nuestra conver-

sacion escondito en el gabinete, dijo Pereival; lo que yo ignoro es de qué modo consiguió encerrar al conde en el sótano.

Verdaderamente lo ignoraba; pues su esposa, poco comunicativa con él, nada le habia dicho; la marquesa le contó minuciosamente lo ocurrido, según lo supo por el mismo conde.

Flora, deseando cortar una conversacion que la era enojosa, se levantó para marcharse, pretextando que aun les quedaba una visita urgente.

En aquel momento y cuando ya se preparaban á salir del salon, apareció Leticia con el cabello en desórden, pálida y completamente desencajada; acababa de ser acometida por uno de sus accesos de locura, y escapándose de las manos de sus camareras corrió adonde se hallaba su cuñada gritando completamente fuera de si:

— ¡ El asesino, el asesino! ¡ que le mata! ¡ ahí está, ese es! cogedle! favor! socorro!... ¡ ya le tengo! ¡ no te escaparás, infame, asesino de mi esposo y de mis hijas!... asesino!...

Con una fuerza espantosa se agarró al cuello de Pereival, y no necesitó mucho para hacerle caer en un sillón, mas muerto que vivo.

— ¡ Dios mio! murmuró el esposo de Flora ahogado por los remordimientos y sintiendo atarazado su cuello por las crispadas manos de la loca.

— ¡ Hija mia, Leticia, vuelve en tí!... exclamó la marquesa, procurando separarla.

Flora se quedó estupefacta, y mucho mas al leer

en la alterada fisonomía de su marido una sombra de culpabilidad.

— ¡ Si, es él, no le dejo! ¡ que le prendan!... ¡ ha matado á mi esposo!...

Como la marquesa la sujetaba por los brazos, la infeliz en su delirio se juzgaba atada al pié del lecho como en aquella noche fatal, y siguió gritando:

— ¡ Hay! ¡ desatadme!... ¡ cortad estas ligaduras que me sujetan los brazos y yo le salvaré!... ¡ Oh! ¡ sí, arrancaré el puñal de manos del asesino y no se llevarán mis hijas!... ¡ ay! ¡ no, no... traedlas, son mi consuelo, el encanto de mi vida!... ¡ y me las roban... crueles!... matadme á mi también!...

— ¡ Cálmate, Leticia!... cálmate... decia la del Rio poniéndola en brazos de los criados que habian acudido á los gritos. Estos señores son mis amigos, el baron y la baronesa de Pereival, y en tu locura los confundes con los asesinos de tu esposo.

— No los confundo... digo la verdad...

— Lléváosla, dijo la marquesa, haciendo una seña á los criados y viendo era imposible conducirla á la razon.

— No te fies, hermana, no te fies de esas vivoras, continuó gritando mientras la llevaban. ¡ Mira que esa Flora á quien llamas amiga, es la fingida princesa de Florini, y sigue con los perversos instintos de su juventud!... ¡ no te fies, hermana!... ¡ no te fies! arrójalos de tu casa...

La voz de aquella infeliz fué perdiéndose en las galerías.

En la fisonomía de Flora se reflejó un momento todo el odio de su corazon. Empero, cuando la marquesa se volvió hácia ella, cambió completamente, apareciendo pintada en su rostro la mas profunda compasion.

— ¡ Infeliz! murmuró con voz que quiso hacer dulce y suave, pero embargada por la cólera, resonó un tanto enronquecida y trémula.

— ¡ Válgame Dios! cuánto siento hayáis tenido el digusto de presenciar uno de los accesos mas frenéticos de mi desventurada hermana.

— Os confieso que me ha conmovido mucho, dijo Flora, y sobre todo Pereival se ha afectado profundamente.

— ¡ Es verdad!... y está desmayado? exclamó la marquesa acercándose á él, que permanecía sin sentido en el mismo sillón donde lo dejó Leticia.

Flora, á quien bastó una sola mirada para comprender la culpabilidad de su esposo, en aquel desagradable suceso, procuró alejar á la marquesa, ya rogándole abriese los balcones, ya pidiendo un frasco de esencia, últimamente, indicándola fuese á ver cómo seguía Leticia. Su mas ardiente deseo era quedarse sola con Pereival, temiendo que al volver este de su desmayo pronunciase alguna palabra por la cual pudiera hacerse sospechoso.

Por lo tanto aprovechó la primera ocasion que tuvo, en una salida de la marquesa, para aproximar á la nariz de Pereival un licor rojizo que llevaba á prevención, vertiendo despues en su inanimada boca algunas gotas espumosas.

— ¡Aseguré su silencio! dijo escondiendo el pomo con precipitación.

Luego, volviéndose á la marquesa que entraba en aquel momento, la dijo :

— Os ruego tengáis la bondad de hacer que vuestros criados trasladen á mi pobre esposo á nuestro carruaje.

— Esperad que vuelva en sí, baronesa; le pondremos en una cama y se hará venir al médico.

— Es inútil; estos parasismos le acometen con frecuencia, y le duran á veces muchos días. Agradezco vuestro interés; pero me es imposible aceptar un ofrecimiento tan generoso.

— Como gustéis, aunque siento muchísimo salga de mi casa en tal estado.

Flora insistió y Pereival fué trasladado al coche, que partió rápidamente, deteniéndose poco después en la calle de Alcalá.

Inmediatamente cundió la voz entre toda la servidumbre, del accidente ocurrido al señor baron, acudiendo los primeros á prestarle auxilio López y German.

Entre los dos le llevaron á su lecho, quedando únicamente ellos y la baronesa á la cabecera.

Flora, trémula de cólera y apareciendo su semblante enrojecido por vivas llamaradas, preguntó á los amigos de su esposo en un tono que no admitía réplica.

— ¿Vosotros nunca os separasteis de este infeliz desde que salió de esta corte dirigiéndose á Paris y luego á América?

— Ni un momento, contestó German; juntos hemos vivido por espacio de diez y siete años.

— ¿Luego tendréis parte en la aventura ocurrida en casa de Enrique Simón, cuando fué asesinado en Paris?

— Presenciamos la escena, y debemos confesar, en honor de la verdad, que solo Pereival fué el asesino.

— ¡Ya yo lo habia sospechado! murmuró Flora con una sonrisa terrible.

— ¿Lo ignorabais acaso? exclamó German pesaroso de haber sido tan franco.

— Puedo decirse que no, porque lo he leído en su rostro, dijo Flora señalando á Pereival y acercándose para verter en sus labios el líquido contenido en otro frasco diferente al que usó en casa de la marquesa.

— ¡Y se lo he dicho! murmuró German al oído de López.

— No lo sintáis, replicó vivamente la dama, á cuya perspicacia no se escapó la exclamación de aquel.

Los dos amigos se miraron confusos.

Ella continuó :

— El mismo Pereival nos va á declarar en este momento todas las peripecias de tan terrible drama.

No se engañó : á los pocos instantes, volvió el infeliz de su desmayo, completamente trastornada la razón y en un estado de frenético delirio imposible de describir.

Sus extraviados ojos divagaban de un lado á otro sin fijarse en ningún objeto, y en la cadavérica expresión de su semblante se pintaban el terror y los

remordimientos. Dejándose llevar del poderoso grito de su culpable conciencia, exclamó con espanto :

— ¡Perdon, Dios mio!... perdon! yo le asesiné! ¡pero su sangre hirviendo cayó sobre mi cabeza... gota á gota!... ¡Oh! ¡y me abrasa, me aniquila!... ¡su moribunda mirada está siempre fija en mí, ni un momento se separa!... ¡perdon!... ¡perdon!

Después de una pausa angustiosa, continuó :

— ¡No teníamos dinero para embarcarnos!... ¿qué hacer? ¡Robarlo era el único recurso y se lo robamos á él!... ¡á él, que me maldijo y me conoció al morir! ¡su mujer también!... ¡pobre loca!... ¡me delata y me pide sus hijas!... ¡sus hijas, ay! ¡yo no las tengo, esa infame Corneja se las guardó!... ¡cediéndonos su parte en las alhajas!... ¡Yo se lo diré á su madre, sí... sí, ahora mismo voy!... ¡Rosa y Flor del Espino son tus hijas... tómalas y perdóname la muerte de Simon... voy á buscarlas!...

Con una fuerza superior á su precario estado, quiso Pereival lanzarse fuera del gabinete; sus amigos le contuvieron haciéndolo sentar en una butaca.

Flora mirando á los tres con asombro, les dijo :

— ¿Las hijas de Leticia son esas niñas que la Corneja retiene en su hostería, no es verdad?

— Si, señora, ellas son, afirmó German.

— ¡También yo lo habia sospechado! murmuró entre dientes la baronesa, abandonando la estancia.

Se dirigió á su gabinete, y cerrando por dentro para que nadie penetrase, hizo girar la puerta secreta que la ponía en comunicacion con el otro pala-

cio. Atravesó algunos corredores silenciosos y sombríos, penetrando al fin en una pieza donde agitó con mano convulsa una campanilla.

La Corneja se presentó inmediatamente.

— Esta misma noche necesito ver á las hijas de doña Leticia, la infeliz viuda de Enrique Simon, la dijo con imperioso tono Flora.

— ¿Y sabéis dónde están? preguntó la vieja.

— En tu casa : y si no las conoces por el nombre de su madre, te lo diré por el que tú las has puesto. Así, pues, te repito que sin pretexto ni excusa deben dormir en esta casa desde hoy en adelante Rosa y Flor del Espino.

— ¡Señora, es imposible!... ¡han desaparecido de la hostería!... ignoro su paradero y no os puedo complacer.

— ¿Será cierto?

Preguntadle á Ataulfo, él me anunció su desaparicion.

— ¿Y qué hace ese bandido? varias veces le he mandado llamar y no viene.

— Si lo tenéis á bien iré yo misma á buscarle.

— Si, vuela en este momento, necesito verle ántes de una hora.

La Corneja desapareció en seguida, y ántes del término fijado por Flora volvió á decirla con angustia:

— ¡Ataulfo ha sido preso con Atocha en casa del marqués de Pináres!

— ¡Ah! soy perdida!... ¡soy perdida!... murmuró Flora con desaliento.

## CAPÍTULO XIV.

### REPRIMENDA PATERNAL.

Tenemos que retroceder algunos días, mis amables lectores; son tantos los personajes de nuestra novela, y tan complicadas las intrigas en que se hallan envueltos, que nos es preciso volver atrás muchas veces para tomar el hilo de los sucesos en el punto que los dejamos.

Apénas Rafael de Pináres abandonó el dormitorio de su mamá, se dirigió á su cuarto. Impaciente como todo niño de diez y seis años, se puso á dar largos paseos en la habitación con una inquietud febril.

Deseaba vivamente ver á Honorata y se lo habían prohibido; quería también ir á la hostería con objeto de prevenir á Flor del Espino, diciéndola la visita que aquella misma tarde pensaba hacerla su mamá, y tampoco le era fácil seguir este pensamiento por hallarse detenido en casa de orden del marqués.

Cansado de pasear tomó asiento en una butaca, y apoyando la frente en sus manos permaneció mucho tiempo en silenciosa meditación.

Decidido por fin á poner término á su angustia, levantó la cabeza enteramente resuelto y llamó á su ayuda de cámara.

Un reloj de sobremesa dió en aquel momento las diez de la mañana.

— Ya se habrá levantado mi papá, murmuró; ántes que me llame me presento á él. Hablaremos y todo quedará arreglado. Así podré salir á la calle; no puedo sufrir este encierro forzoso, y si dura mucho tiempo no respondo de mi paciencia.

El ayuda de cámara se presentó.

— Ven á vestirme, le dijo Rafael.

— ¿Qué traje? preguntó el criado.

— De calle; pero descuidado, como de mañana.

— Ya comprendo.

Mientras el criado entró por las prendas necesarias, el jóven heredero de Pináres soltó sobre la butaca la rica y elegante bata que cubria sus formas y arrojó lejos de sí las zapatillas de terciopelo encarnado bordadas de oro.

En cinco minutos estuvo completamente vestido; entrelazó la cadena del reloj entre los botones del chaleco, y abrochándose el primer boton del paletósaco, pidió un bastoncillo ligero.

El ayuda de cámara se le dió con los guantes; cogió ambas prendas con distracción, y sin cuidarse de tomar el sombrero que le alargaba el solícito criado, se dirigió á las habitaciones de su padre.

Ignoramos si aun Rogelio permanecía en la cama; lo cierto es que mandó á su hijo le esperase en el salón.

Más de media hora estuvo nuestro adolescente en pié, con el brazo derecho apoyado en la chimenea, y la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, según

costumbre que tenia este jóven cuando se hallaba en compañía de sus amigos.

Aunque el ayuda de cámara del marqués le acercó un sillón por si gustaba sentarse, no quiso hacerlo, y cuando entró su padre le halló en la misma postura que hemos descrito y profundamente pensativo.

Rogelio se acercó, y tomando asiento le indicó hiciere lo propio; empero Rafael prefirió continuar del mismo modo, lo que hubo de manifestar con una respetuosa inclinacion de cabeza.

— ¿Ibas á salir? le preguntó el marqués echando una ojeada á su elegante traje, y sobre todo al baston con que jugueteaba distraidamente.

— Sin vuestro permiso, no, señor, contestó este.

— ¿Y venias á pedirmele?

— No ha sido ese mi principal objeto.

— ¿Cuál era pues?

— El ponerme á vuestras órdenes y daros cuenta del descubrimiento que anoche hice en esta casa.

— Habla, te escucho, y dejaré para despues los graves asuntos de que tenemos que tratar.

Rafael, sin deconcertarse por el tono grave con que su padre le hablaba, sacó las cartas que habia recogido en el escritorio de la marquesa y el anónimo de que ya tienen noticia nuestros lectores. Antes de entregárselas, refirió con todos sus detalles la conversacion de Ataulfo con Atocha, manifestando que en aquella misma noche debian volver á reunirse, y su proyecto de sorprenderlos y apoderarse del bandido,

apriionándole hasta hacerle confesar el nombre del enemigo que los perseguía.

— Eso corre de mi cuenta, dijo el marqués, alargando la mano para recoger los papeles que su hijo le entregaba.

— ¿No necesitáis mi cooperacion?

— Me basta la de unos cuantos agentes de la autoridad, que haré esconder entre las ramas del jardin.

— Entónces, si os encargáis de ello, quedaré des-cuidado.

— Completamente.

Rogelio, sin leer siquiera aquellas cartas, las guardó en su cartera.

Hubo un momento de silencio.

Rafael habia llegado á imaginarse que preocupado su padre con aquel asunto, no le hablaria de otra cosa, y de este convencimiento nacia su aparente tranquilidad; mas cuando vió lo contrario y halló dipuesto al marqués acaso para un interrogatorio demasiado penoso, no pudo ménos de estremecerse, y bajando los ojos esperó como el reo la sentencia de su juez.

Rogelio le miró con paternal ternura; sin embargo revistiendo su acento de una grave severidad exclamó:

— Cuando recién venidos de nuestro castillo de Pináres, me rogaste te librase de la enojosa tutela de tu ayo, considerándote un hombre y con bastante instruccion para manejarte por ti solo, ¿qué hice?

— Acceder á mi deseo.

— ¿Y qué me impulsó á obrar de tal manera?

- La confianza que teniais en mí.
- Y bien, ¿has correspondido á ella?
- Creo ser siempre digno de vuestro cariño, tartamudeó confuso el adolescente.
- Pero no de mi confianza.
- ¡Padre mio!
- Tú, dejándote llevar de una pasión insensata y manchando los ilustres blasones de tu progenie, has descendido hasta frecuentar el sitio mas inmundo de la corte, la miserable taberna de la Coreeja. Tú, el único heredero de los marqueses de Pináres, el prometido esposo de la no ménos ilustre condesa del Palancar, has ido á reunirte con una cáfila de bandidos y salteadores tomando parte en sus infames orgias, y enamorándote con mengua de tu decoro de una mujer que ocupa un lugar tan bajo como degradante.
- ¡Padre mio!
- ¡Silencio! no era bastante descender á tal extremo; aun te faltaba alterar la tranquilidad de tu casa, sembrar la discordia y el duelo en tu familia, y por último, olvidarte hasta de tus mas graves deberes. Ya lo has conseguido. ¡Ya tienes moribunda á esa infeliz niña que debias adorar de rodillas; agitada, enferma é intranquila á la mejor y mas bondadosa de las madres, é indignado y lleno de disgusto á un padre demasiado crédulo, que habia llegado á imaginarse en su único hijo á un digno sucesor de su ilustre nombre, y que hoy con la llama del rubor en la frente se avergüenza de dar seme-

jante nombre al que en tan poco tiene el decoro de su apellido y el cumplimiento de sus deberes!...

— ¡Oídme y perdonadme, padre mio!...

— ¿No es cierto lo que acabo de decir? contesta.

— ¿Qué mas queréis, si arrepentido de mi falta vengo á demandar perdon?... exclamó Rafael cayendo á los piés de su padre.

— Este, sin hacer caso de la congoja que se pintaba en el semblante del mancebo, le dijo :

— Para obtener el perdon es necesario hacer méritos mostrando un verdadero arrepentimiento.

— Decidme vos que debo hacer; á todo estoy pronto; mi único anhelo es que Honorata me devuelva su amor y mis queridos padres su ternura.

— Eso lo conseguirás con el tiempo, cuando hayas sufrido el castigo que te impongo.

Rafael bajó la cabeza resignado.

El marqués prosiguió :

— Desde este momento no se apartará el ayo de tu lado : ya te espera en tu cuarto, y mañana al rayar el alba saldréis los dos de la corte con direccion al castillo de Pináres, donde permanecerás hasta recibir mis órdenes.

El jóven, que no esperaba semejante resolución, quedó confuso; dejó escapar un profundo suspiro y con la cabeza hizo una señal de asentimiento, no atreviéndose á replicar una palabra ni á oponer la mas leve objecion á las severas indicaciones del autor de sus dias.

Este continuó diciendo :



— El día de hoy le pasarás con tu madre.  
— ¿Y no podré ver á Honorata?  
— Si lo deseas y ella quiere recibirte, no hay inconveniente por mi parte.

— Me lo ha prohibido mamá.

— Entonces obedécela. Ahora puedes retirarte : voy á combinar el medio de sorprender esta noche al enemigo ó enemiga oculta que tan ardientemente procura nuestra perdicion.

Al decir esto el marqués, se levantó, y sin dignarse alzar á Rafael, que aun permanecía arrodillado, entró en su cuarto de vestir. En su rostro se marcaba la mas grave severidad, aunque su corazon tierno y bondadoso, palpitando con violencia, le aconsejaba el cariño y el perdon. Si se hubiera dejado llevar por su instinto, léjos de encerrarse en su cuarto á ocultar su emocion y la violencia que habia tenido que hacerse para obrar de aquel modo, le hubiéramos visto levantando á su adorado hijo, abrazarle y cubrir de besos su juvenil semblante.

Empero, quiso mejor asegurar su obediencia, apartándole de la resbaladiza senda donde su inocente juventud le hubo guiado y en la cual veia segura su perdicion.

## CAPITULO XV.

### RECONCILIACION.

Rafael dejó el aposento de su padre con la angustia en el alma, pero dispuesto á obedecer sus mandatos, porque no se hallaba con fuerzas para oponerse á su voluntad.

Pasó el dia bastante bien, porque los halagos y las tiernas caricias de su bondadosa madre fueron para su lacerado corazon un bálsamo dulcísimo.

Al anoecer le dijo la marquesa :

— Honorata sigue mas aliviada, y habiendo sabido tu partida y los deseos que tienes de hablarla, consiente en recibirte con objeto de despedirse de ti.

— ¿Y cuándo podré entrar en su aposento?

— Á las ocho; á esta hora ya habrá venido el médico, y sabremos si teme un recargo ó no, y si es conveniente tu entrevista con ella.

— No faltaré; pero hablada ántes, mi querida mamá, y decidla mi arrepentimiento y mi dolor.

— ¡Vamos, eso es decirme que te prepare el camino para la reconciliacion ! No, hijo mio, no; tú que has incurrido en la culpa, sufre la pena.

El tono de broma con que la marquesa pronunció estas palabras animó á Rafael, dejándole casi adivinar que aquel paso estaba ya dado de antemano, y que, gracias á la cariñosa solicitud de tan indulgente madre, no encontraría á la condesa tan indignada y ofendida como la última vez que la vió en el Retiro.

Consolado con esta esperanza, se retiró á concluir sus preparativos de viaje, esperando con verdadera impaciencia que la aguja del reloj se aproximase á las ocho, para volar al otro lado del palacio, donde le llamaba el mas imperioso de sus deseos.

No por eso dejó de consagrar un recuerdo á Flor del Espino, deplorando en el fondo de su corazón la triste suerte que le aguardaba y sintiendo con el mas vivo dolor su fatal destino. Aunque la amaba mucho, solo en su presencia ú oyéndola se sentía fascinado por un vértigo que le dominaba, que haciéndole olvidarse de todo le hubiera hecho cometer los mayores desatinos.

La marquesa, de acuerdo con su esposo, habían convenido alejarle de la corte para apagar con la ausencia aquella pasión que pudiera acarrearles funestas consecuencias. Tampoco quiso decirle que Flor del Espino y su hermana habían desaparecido de la hostería, sin que nadie supiera su paradero. De modo, que Rafael se marchó á Pináres, ignorando completamente este suceso.

Á medida que el tiempo pasaba, su impaciencia crecía, y cuando sintió la sonora vibración de la campana que dió las siete y media, no pudo sujetar-

y sin hacer caso de una pregunta que relativa á su equipaje acababa de hacerle el ayo, salió de la estancia y se dirigió con viveza á las habitaciones de Honorata.

Aurora, como siempre, le salió al encuentro diciéndole con una calma glacial :

— ¿ Venis á preguntar por la señora condesa ?

— Vengo á despedirme, y os ruego la hagáis presente mi deseo, contestó Rafael con voz conmovida.

— El caso es, que no quiere recibir á nadie.

— Anunciadme, y si tan enojosa la es mi presencia, me marcharé donde no vuelva á molestarla jamas.

La doncella entró, y saliendo á poco, repuso.

— Mi señora os espera.

Rafael atravesó con paso firme el gabinete, y se detuvo á la puerta de la alcoba.

Honorata estaba sentada en la cama ; cubria sus hombros un abrigo de merino blanco cuyas puntas, despues de cruzarse sobre el seno, venian á caer por ambos lados del lecho.

Su hermoso rostro, pálido y demacrado, que demostraba las huellas de su enfermedad, se coloró ligeramente al sentir la aproximación de su amante. Quiso dirigir su mirada melancólica y grave hácia él ; pero por no encontrarse con la suya permaneció con los ojos bajos. Aunque conoció que Rafael estaba allí frente á ella y devorándola con la vista, siguió silenciosa y sin dar muestras de sentirle.

— ¡ Qué frialdad ! ¡ Oh ! ¡ ni aun me mira ! dijo para sí el jóven desalentándose algun tanto.

Luego, adelantándose dos pasos, exclamó con un acento embargado por la emoción mas viva :

— ¡ Honorata !

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, Rafael ? dispensad, no os habia visto, dijo la condesa como distraida y fingiendo una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Al oír aquellas palabras ceremoniosas y de pura etiqueta, el pobre jóven medio desfallecido cayó en un sillón que acaso para él estaba colocado junto á la cama. Apoyando la frente entre sus manos y sin ocultar su desconsuelo, exclamó :

— ¡ Oh Dios mio ! Dios mio ! he perdido su amor !...

La condesa tuvo que contener con su mano los ardientes latidos de su corazón y estuvo á punto de asegurarle lo contrario ; empero, aun halló fuerzas en su alma para continuar en su papel de indiferente y adquirir de aquel modo la completa certidumbre de que era amada como siempre.

Su mirada hubiera delatado inmediatamente sus sentimientos ; por eso siguió mirando como distraida las labores de la magnífica colcha de damasco.

Rafael, resentido por aquel silencio y perdiendo casi la esperanza de una reconciliación, se levantó y dijo con un tono de voz alterado por la emoción y la angustia :

— ¡ Mañana parto de la corte, acaso no nos volvamos á ver !... ¿ Tenéis alguna cosa que mandarme ?

— ¡ Os deseo feliz viaje !... murmuró la condesa sin poderse contener y próximo á brotar de sus ojos un manantial de lágrimas.

— ¡ Adios para siempre !... exclamó el jóven dirigiéndola una mirada dolorosa.

— ¡ Adios !... balbuceó Honorata dándole la mano, que el adolescente se apresuró á estrechar en las suyas cubriéndola de besos y de lágrimas.

En aquel momento sus miradas se encontraron ; el llanto largo rato contenido, brotó con impetu de sus ojos, y los sollozos embargaron su voz.

Rafael cayó de rodillas al pié del lecho y continuó estrechando con delirio la diestra de su amada, que ella le abandonó por completo.

La reconciliación estaba hecha.

¿ Qué mas nos resta que decir ? La conversacion de dos amantes será muy grata, tendrá para ellos mucho interés y muchos encantos, mas para los que la oyen siempre es frívola é insustancial.

Esta idea me impulsa á no referir palabra por palabra, sino en resumen, todas las quejas que se dieron y todas las protestas de ternura y de mutua y seguida lealtad.

Rafael alcanzó de Honorata que le perdonase lo que él quiso llamar un momento de extravío, y que iba á expiar cruelmente en una ausencia penosa y en la triste soledad á que le condenaba su padre por vía de castigo.

Honorata trémula de gozo volvió á recibir el retrato y el anillo, prometiendo á instancias de Rafael que procuraria abreviar su casamiento haciendo que cesase el destierro que le imponían.

En tan agradable y amistosa reconciliación fueron

sorprendidos por la marquesa y el doctor, los que no pudieron ménos de confesar que la fisonomía de la enferma habia sufrido un cambio notable avanzando rápidamente á una convalecencia feliz. La marquesa mirando con ternura á los amantes exclamó :

— ¡Oh! el amor hace milagros !...

## CAPITULO XVI

### RESÚMEN.

En este capítulo no me propongo hablar determinadamente de uno ó mas personajes ; voy á presentar en resúmen la situación de todos los que figuran en mi novela, porque han de pasar quince dias sin que la mas pequeña nube altere su tranquilidad.

Empezaré diciendo á mis amables lectores, que Rafael abandonó la corte el dia y hora en que su padre tenia determinado ; no sin exhalar algunos suspiros en memoria de aquellos dos caros pedazos de su alma, porque él continuó en la idea de que amaba del mismo modo á Honorata que á Flor del Espino ; creíase victima de una extraña anomalia y de igual manera consagraba á ambas sus recuerdos. Desde luego su buen juicio le indicó que solo una

podia ser su esposa, en cuyo caso y atendiendo á la conveniencia y razon social, optó por la condesa sin olvidar por eso á Flor del Espino, aunque se resignó á no verla ni hablarla.

En este estado prosiguió su marcha al castillo de Pináres.

Honorata avanzó con rapidez en su convalecencia, volviendo á brillar en sus mejillas el sonrosado color de la salud y la felicidad, y en sus ojos la calma pura y apacible de quien por fin tras largos dias de tormenta ve asegurado en su pecho el iris de la bonanza.

El marqués de Pináres, enérgico y activo en sus decisiones, y dispuesto á cortar de raiz el abuso que venia ejerciéndose en su casa, dió parte á la autoridad competente y delató, si no á los culpables, á sus cómplices por lo ménos Aaulfo y Atocha, los cuales fueron presos en el jardin y cogidos con pruebas evidentes de su culpabilidad.

Tambien indicó el marqués como punto de reunion de los bandidos la hosteria de la calle de Lavapiés ; pero esta se encontró cerrada no dando nadie razon del paradero de la Corneja, ni de los demas moradores de la casa ; sin embargo, la autoridad se encargó de seguirles la pista.

Entre tanto Flora suspendió todo plan de ataque contra sus inocentes victimas ; dió una tregua á su odio y se dedicó con ardor á conquistarse la confianza y el aprecio de la familia de Pináres y de Honorata, cuya casa dió en visitar con mucha frecuencia.

Nadie sospechó sus verdaderas intenciones ni su falso doblez, siendo siempre recibida con deferencia y atención; solo la anciana parálitica doña Juana la miró con cierto recelo, empeñándose en sostener que la baronesa y la princesa eran una misma persona, lo cual su familia calificó de maniática aprehensión, no propasándose á darle crédito.

Percival, repuesto de su accidente, recobró la salud, pero no su entera razón. Los remordimientos y el terror llegaron á embargarle por completo, y tenía momentos de verdadera imbecilidad, por lo que su esposa se vió obligada á tenerle siempre encerrado en su aposento.

López y German no perdían el tiempo; enterados perfectamente de todas las intrigas y secretos de Flora, se apoderaron de los caudales y de las cuantiosas rentas que recibía como princesa de sus estados de Italia, y con el pretexto de emprender grandes especulaciones en beneficio de la casa, iban desapareciendo de las arcas y llenando sus bolsillos particulares.

La Corneja permaneció escondida en el solitario y sombrío palacio de Florini, de donde salía alguna vez con objeto de visitar á Ataulfo en la cárcel y gestionar acerca de su libertad. Iba completamente disfrazada con su enorme peluca, sombrero y vestida con elegancia, aparentando una anciana y desgraciada señora á quien un impulso de compasión la hacía visitar los presos de la cárcel.

Por supuesto que en la causa de Ataulfo quedó muy

mal parada la princesa, igualmente que en la que se siguió con motivo de haber hallado en el sótano al conde de Cinkar, su criado y doña Tecla.

Todos declararon contra ella, y ante pruebas tan evidentes, no hubiera podido librarse si su astucia no la sugiere tan feliz estratagema.

Al abrigo de su disfraz y de su nuevo nombre, se propuso continuar su plan de venganza, exterminando á las personas que la estorbaban en el mundo. Ya había puesto el pié en la senda del crimen; ciega por el orgullo y el odio que la dominaban, y enteramente desposeída del auxilio de la fe cristiana y de la sublime religión que tantos culpables aparta del precipicio, no se detuvo en su camino y continuó imperturbable sin que ni aun el freno de la conciencia refrenara sus malos instintos.

Dejémosla, y vamos á ver á la Colasa.

La infeliz predera, narcotizada por Carlos, no despertó de su profundo sueño hasta las veinticuatro horas; por consecuencia cuando empezó á volver en sí, eran las doce de la siguiente noche.

Entorpecida su razón por el funesto líquido, nada recordó al pronto ni en toda la noche.

Al abrir los ojos vió la lámpara que alumbraba el dormitorio, y sintiendo que el reloj daba las doce, creyó buenamente que hacía dos ó tres horas que se había acostado; por lo cual volvió á recogerse entre las ropas.

Quiso conciliar el sueño de nuevo, pero sintiéndose atormentada por la debilidad, volvió á incorporarse.

Afortunadamente la criada habia puesto sobre la mesa de noche un gran vaso de leche con vizcochos, que la prendera tenia costumbre de tomar casi siempre cuando se acostaba.

Esto la confirmó mas en la única idea que le ocurrió á su ofuscada imaginacion. Por lo tanto, satisfaciendo la necesidad de su estómago, volvió á dormirse no con el sueño letárgico y pesado de que acababa de despertar, sino con la tranquila naturalidad de siempre.

Amaneció el siguiente dia sereno, espléndido y hermoso. Un sol claro y refulgente empezó á iluminar la solitaria calle de Segovia.

Serian apenas las seis de la mañana cuando la puerta de la Colasa se estremeció al brusco llamamiento de un hombre bajo y grueso.

Mis amables lectores de *La Pastora del Guadiela*, reconocerán en este nuevo personaje al grosero alquilador de muebles que, en union de Colasa y otros acreedores, hicieron pasar un rato tan fatal al infeliz conde del Palancar, padre de Flora, lo que indudablemente aceleró su muerte, causándole el grave accidente de que ya tienen conocimiento.

En la idea, pues, de que ya le conocen, advertiré únicamente que á la sazón tiene diez y ocho años mas, frisa en los sesenta y sin embargo se conserva fuerte, robusto y con el mismo carácter brusco y poco caritativo con que le presentamos la primera vez.

Sin cuidarse de lo intempestivo de la hora, y de que despertaba á los demas vecinos del barrio, siguió

dando fuertes golpes unas veces con el llamador de la puerta y otras, apurada su paciencia, con el grueso baston que le servia de apoyo.

Á tan impensado ruido despertó la Colasa frotándose los ojos, se arrojó de la cama, y vistiéndose lo mas de prisa que pudo, salió á ver quién era el importuno que tan á deshora llegaba á interrumpir su sueño.

— ¡Abrid con mil diablos! ¡soy yo! gritó el antiguo alquilador de muebles á la interpelacion que la prendera le hizo desde el interior de la tienda.

— ¿Sois vos, señor Júdas? ¿qué se os ofrece tan de mañana para que vengáis alborotando de ese modo?

— Ya podéis conocerlo; vengo por los diez mil duros que tenéis míos y que debisteis entregarme ayer; pero, ya se ve, os estuvisteis todo el dia durmiendo y yo vine mas de diez veces.

— ¡Estáis loco! si no me aparté de la tienda.

— ¡Sí! entónces os esconderiais al verme venir, porque la muchacha me contestaba: ¡La señora está durmiendo y tengo orden de no despertarla!

— ¡Habrá bachillera! ven aquí.

La rolliza fámula se acercó sin saber lo que pasaba.

— ¿Vino ayer el señor Júdas? la preguntó la Colasa.

— Sí, señora, muchas veces.

— ¿Y dónde estaba yo?

— En la cama.

— ¡Vamos, me van á volver el juicio! ¡no sabes lo que te dices!...

— He dicho la verdad. El señorito se marchó de caza ayer al amanecer y me dijo que habiais pasado mala noche y que no os despertase hasta que vos lo licierais.

— ¿Y me estuve durmiendo todo el día?

— ¡Todo! yo entré varias veces, y siempre duerme que duerme. Tanto, que por la noche, serian las once, os dejé un vaso de leche con vizcochos, y me fui á la cama.

La Colasa se quedó pensativa, y poco á poco fué despejándose su imaginacion de las nieblas que la ofuscaban.

De pronto preguntó :

— ¿Y cuándo ha vuelto Carlos?

— Esta noche no ha dormido en casa.

— ¡Si me habrá engañado! murmuró la prendera dándose una palmada en la frente.

— Vamos, señora Colosa, yo nada tengo que ver con vuestros asuntos y estoy perdiendo un tiempo precioso, dadme los diez mil duros, pues tengo necesidad de entregarlos hoy á las ocho.

— Tenéis razon, señor Júdas ; venid por ellos.

La prendera habia empezado á recordar todo lo pasado, y cuando llegó á su habitacion, un temblor general iba apoderándose de sus miembros.

Buscó en los bolsillos de su vestido la llave del armario, y encontrándola en el mismo donde la ponía siempre, se tranquilizó algun tanto.

Entra en la alcoba, abre el armario, y apretando el resorte, se presentó el cajon secreto completamente vacío.

La pobre mujer, medio loca, y por asegurarse mas de la espantosa verdad, metió ambas manos en su fondo, al propio tiempo que exhalando un grito espantoso cayó en una silla que crujió al peso de su cuerpo.

— ¿Qué sucede? preguntó el alquilador entrando en el dormitorio.

— ¡ Soy perdida!... ¡me han robado!... ¡y vuestros diez mil duros tambien!...

— ¡ Infame usurera! ¿pretendes engañarme con esa comedia?... No lo conseguirás; ahora mismo voy á presentar el pagaré á la justicia y que te vendan hasta la camisa...

El señor Júdas salió furioso á cumplir su amenaza en tanto que la infeliz mujer seguía gritando :

— ¡ Soy perdida!... ¡soy perdida!...

La autoridad atendió como era natural la justa peticion del señor Júdas, embargando todos los muebles y efectos de la prenderia, con lo que apénas pudo cubrirse la suma consabida.

Cuando la Colasa se vió en la calle sin mas traje que el puesto y siendo la mofa de todos los vecimos, fué acomelida de un accidente.

Todos la conocian por una usurera sin conciencia; por lo cual nadie quiso recogerla en su casa, y en tan lamentable estado, fué conducida al hospital.

No fué de las últimas la señora Gervasia en salir á presenciar el despojo de la maja de rumbo de las Vistillas, como llamaban á la Colasa.

Con una risilla asaz irónica y maliciosa, murmuraba la astuta vieja :

— ¡Já!... ¡já!... ¡la que se iba á casar con el Carlitos!... Ha hecho un negocio soberbio. ¡Pobre mujer! ¡muchas veces las ilusiones nos ciegan el sentido!...

## CAPÍTULO XVII.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

Al salir el conde de Cinkar de casa de la marquesa del Rio apoyado en el robusto brazo de Ruderico, preguntó á su fiel criado :

— ¿Qué te ha parecido el encuentro ?

— No muy bueno, señor.

— ¿Qué dices? ¿acaso no te han bastado las explicaciones con que Pereival ha desvanecido nuestras sospechas?

— Hubiéranme bastado sin una circunstancia.

— ¿Cuál ?

— ¿Recordáis su conversacion con la princesa ?

— Perfectamente.

— ¿Y no tenéis presente que al referirle su historia, hizo mención varias veces de una niña que llevaba de la misma edad que vuestra hija ?

— Tienes razon.

— Esa circunstancia, ha tenido Pereival precaucion

de callarla, y no se comprende como la fingida princesa iba otra vez á servirles de criada, llevando una niña de pocos meses, y exponiéndola á los peligros de tan larga navegacion.

— Has despertado en mi alma con tu oportuna observacion una sospecha que estaba muy léjos de abrigar.

— Yo creo desde luego que hay misterio ; y esos barones de Pereival deben tener con esa aventurera vínculos mas estrechos que los que han querido suponer.

— Viviremos prevenidos. Mucho nos conviene tratarlos á fondo y frecuentar su casa. Tú me acompañarás siempre, con el pretexto del reuma que no me permite manejarme. Así quedándote fuera algunas veces, podrás observar y hacerte amigo de alguno de los criados.

— No me descuidaré.

— Ahora vamos á casa, escribiremos á tu padre para que active cuanto ántes las diligencias que le tenemos encargadas.

— Eso va á ser un golpe terrible para la farsanta.

— ¡ Oh! sí; y afortunadamente, para que todo sea más breve, la fragata *Santa Rita* está en el puerto de Cádiz. Conseguimos los documentos necesarios que acrediten la defuncion de mi esposa, y se hace inmediatamente que en los estados de Florini se tenga á esa mujer por una usurpadora aventurera, lo que no podrán menos de creer acompañando las pruebas de lo que aquí ha pasado, y de ese modo cesa de percibir



— ¡Já!... ¡já!... ¡la que se iba á casar con el Carlitos!... Ha hecho un negocio soberbio. ¡Pobre mujer! ¡muchas veces las ilusiones nos ciegan el sentido!...

## CAPÍTULO XVII.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

Al salir el conde de Cinkar de casa de la marquesa del Río apoyado en el robusto brazo de Ruderico, preguntó á su fiel criado :

— ¿Qué te ha parecido el encuentro ?

— No muy bueno, señor.

— ¿Qué dices? ¿acaso no te han bastado las explicaciones con que Pereival ha desvanecido nuestras sospechas?

— Hubiéranme bastado sin una circunstancia.

— ¿Cuál ?

— ¿Recordáis su conversacion con la princesa ?

— Perfectamente.

— ¿Y no tenéis presente que al referirle su historia, hizo mención varias veces de una niña que llevaba de la misma edad que vuestra hija ?

— Tienes razon.

— Esa circunstancia, ha tenido Pereival precaucion

de callarla, y no se comprende como la fingida princesa iba otra vez á servirles de criada, llevando una niña de pocos meses, y exponiéndola á los peligros de tan larga navegacion.

— Has despertado en mi alma con tu oportuna observacion una sospecha que estaba muy léjos de abrigar.

— Yo creo desde luego que hay misterio ; y esos barones de Pereival deben tener con esa aventurera vínculos mas estrechos que los que han querido suponer.

— Viviremos prevenidos. Mucho nos conviene tratarlos á fondo y frecuentar su casa. Tú me acompañarás siempre, con el pretexto del reuma que no me permite manejarme. Así quedándote fuera algunas veces, podrás observar y hacerte amigo de alguno de los criados.

— No me descuidaré.

— Ahora vamos á casa, escribiremos á tu padre para que active cuanto ántes las diligencias que le tenemos encargadas.

— Eso va á ser un golpe terrible para la farsanta.

— ¡ Oh! sí; y afortunadamente, para que todo sea más breve, la fragata *Santa Rita* está en el puerto de Cádiz. Conseguimos los documentos necesarios que acrediten la defuncion de mi esposa, y se hace inmediatamente que en los estados de Florini se tenga á esa mujer por una usurpadora aventurera, lo que no podrán menos de creer acompañando las pruebas de lo que aquí ha pasado, y de ese modo cesa de percibir

las rentas, y acaso logremos apresar al encargado de cobrarlas haciendo nos descubra dónde se oculta la farsanta.

— ¡Oh! ¡ ha sido una idea magnífica! y no podrá escapar del lazo.

El conde y Ruderico continuaron en su confidencial conversacion.

Pasaron muchos dias, en los cuales hicieron algunas visitas á Flora; esta siempre los recibió con la mayor fiura, siguiendo su táctica de inspirar confianza para poder herir despues con mayor seguridad.

Entre tanto Rosa y Flor del Espino, contratadas en el teatro, estaban llamando la atencion de toda la corte y adquiriendo como cantantes una fama universal, tan justa como merecida.

Confesaron francamente su triste posicion y sus desgracias al empresario; este las protegió y desde luego las hizo habitar en su misma casa con objeto de librarlas de cualquier tentativa por parte de la Corneja y sus cómplices.

De todos sus amigos y conocidos, el primero que supo su casa y la nueva carrera que con tan buen éxito habian emprendido, fué Sebastian.

Le dejamos al finalizar el capítulo IV en casa de su maestro, y ambos con doña Aurora sumamente tristes por la desaparicion de las niñas. Desde el siguiente dia no cesaron sus indagaciones, que por desgracia fueron infructuosas.

La casualidad se encargó, cuando ménos lo esperaban, de satisfacer su ardiente anhelo.

Una tarde hallábase Sebastian en su gabinete de estudio concluyendo un retrato pequeño; don Constantino leía atentamente unos papeles de familia que su madre le habia entregado.

Hubo de concluir sin duda, porque levantando la cabeza dijo á su discipulo:

— ¿Está ya ese retrato?

— Sí; y en verdad que no sé qué hacer, tenemos aquí estos tres sin poder terminar ninguno.

— En la cuñada de la marquesa del Rio no extraño la ausencia; continuará enferma; pero ese caballero es particular no haya vuelto por aquí.

— Y mucho mas teniendo ya pagado el retrato.

— Doble motivo para extrañarlo. El de esas infelices niñas, creo no se terminará.

— ¿Por qué decís eso, mi querido maestro?

— Cuando no han vuelto por aquí, lo cual era nuestra única esperanza, ni por mas esfuerzos que empleamos se averigua su paradero, me figuro si las tendrán encerradas ó las habrán sacado de Madrid.

Sebastian bajó la cabeza con abatimiento, despues de haber fijado en el retrato de Flor del Espino una mirada dolorosa.

Don Constantino continuó:

— Y mi madre no cesa de contemplarlas, y tiene la fatal aprehension de que son hijas de su hermano.

— ¡Quién sabe si será cierto su presentimiento!

— Aquí me ha hecho examinar todos estos papeles que refieren su historia, en los cuales solo veo que, por la severidad con que era tratado por su madrastra,

se escapó de la casa paterna, viniendo á la corte, donde algun tiempo despues se casó con una jóven modista. Este casamiento, como todo lo que él hacia, fué á disgusto de sus padres. Al poco tiempo de casado, se supo habia muerto dejando dos niñas.

Estas son las únicas noticias que tienen. Cuando mi madre vino con mi padre y conmigo á establecerse á la corte, hizo varias indagaciones por descubrir el paradero de la viuda y las niñas, y hasta hoy han sido tan infructuosas, como las nuestras por encontrar á Rosa y Flor del Espino.

— ¿Y en qué se funda para creer á éstas hijas de su hermano?

— En el parecido, que ciertamente es admirable, y en un vago presentimiento de su corazón.

— ¿Tenéis el retrato de él?

— Sí, mirale.

Sebastián le miró y pasmado de la semejanza de aquel rostro expresivo y enérgico con la fisonomía igualmente interesante de Rosa, no pudo ménos de exclamar :

— ¡ Oh! ¡ casi estoy por abrigar su creencia!

— ¿Tú tambien?

— ¡ Si es la misma fisonomía!... ¡ los mismos rasgos, la expresion, todo!... Mirad!...

— Ya lo veo, pero muy bien puede ser obra de la casualidad.

— Desde luego esas niñas no son hijas de la Corneja. Esta infame mujer las robó en Paris, y es preciso á todo trance averiguar su origen y el nombre de sus padres.

— Lo primero es encontrarlas á ellas, dijo don Constantino.

— ¡ Aquí están! exclamó doña Aurora penetrando en el gabinete con Rosa y Flor del Espino.

Nuestros lectores se imaginarán la escena que seguiria á tan impensada presentacion. Todo fueron plácemes y felicitaciones, estrechándose desde aquel momento las relaciones entre tan amables personas de una manera íntima y cordial.

— Nosotros veníamos á concluir el retrato, dijo Rosa despues de algunas explicaciones, cuando nos hemos encontrado á esta señora en la escalera, notando con sorpresa que nos miraba con demasiado interes.

— ¡ Como que se figura si seréis sus sobrinas! exclamó don Constantino.

— ¡ Oh! ¡ si fuera verdad! seria una dicha inmensa para nosotras, contestó Flor del Espino.

Rosa, á instancias de doña Aurora, refirió toda su historia, la que los dejó en la misma duda, sin poder aclarar la certeza de sus sospechas. Solamente que todos adquirieron por su relato, y lo ocurrido despues, la conviccion de que no eran hijas de la Corneja.

Sebastián, en cuyo hermoso semblante se notaba la mas plácida alegría, no pudo contener los impulsos de su alma, y sin poderlo remediar, sus ojos se fijaron con adoracion en Flor del Espino.

La cándida niña sintió el faego de aquella mirada, adivinando el sentimiento del adolescente, al cual no podia corresponder por hallarse comprometida con su idolatrado Rafael.

Rosa, cuya natural franqueza era tan expansiva, y no sabiendo ocultar sus inclinaciones, preguntó á Sebastian por Cárlos.

— Hace algunos dias que no le veo, contestó el jóven.

Las mejillas de Rosa se coloraron ligeramente, porque en aquel momento advirtió una mirada profunda y melancólica que don Constantino habia fijado en ella.

Por supuesto que el retrato no se concluyó aquella tarde; Rosa y Flor del Espino se marcharon habiendo ántes informado á sus nuevos amigos de la casa donde vivian y el teatro en que estaban contratadas.

No aceptaron ninguno de los ofrecimientos de tan generosa familia, únicamente el que Sebastian y su maestro las hicieron de ir todas las noches á aplaudirlas.

## CAPITULO XVIII

### LÁ QUINTA DE VALLE-REAL.

Abandonamos la corte, lectores míos, y vamos por unos dias á distraer nuestra imaginacion en las risueñas márgenes del caudaloso Tajo.

En un hermoso valle que, ya por la fecundidad y lozania de su suelo ó porque en él tienen su casa solariega los marqueses de Valle-Real, lleva este

mismo nombre, se alza elegantemente construida una pequeña casita, compuesta de piso bajo y principal. Blanca como la nieve, y con persianas verdes en las ventanas y balcones, hállase rodeada de un jardin que resguarda apénas un ligero enverjado de madera.

Desde la puerta de la casa hasta la entrada del jardin, hay un emparrado que forma una hermosa y entoldada calle donde solo penetra el sol á través de los verdes y lozanos pámpanos que guarnecen la techumbre. Al pié de las parras, y de trecho en trecho, brotan magníficos rosales y caprichosas plantas de enredaderas, que entrelazándose á los troncos vecinos, y ostentando su multitud de campanillas de varios colores, forman de aquel sitio por su frescura y belleza un paseo encantador.

Á corta distancia cruza el rio Tajo, en cuya amena orilla se elevan frondosos álamos, creciendo en derredor infinitas florecillas y yerbas olorosas que perfuman el ambiente con su preciado aroma y ofrecen al cansado pié del caminante blanda alfombra, al propio tiempo que le resguardan de los ardientes rayos del sol.

Apénas la aurora se anunciaba tornasolando el cielo por la parte de oriente con sus brillantes y arrebolados celajes, cuando ya se notaba en Valle-Real movimiento y animacion.

Los pastores conducian sus ganados al pasto, y en la puerta de la quinta habia varios criados haciendo preparativos como si esperasen al dueño de la casa.

En el espacio dejaba admirar un azul espléndido y majestuoso la purísima y despejada atmósfera, susurrando doquiera una brisa dulce y suave, que movía ligeramente las copas de los árboles donde mil canoras avecillas entonaban melodiosos himnos saludando á la rosada aurora.

¡Cuán bello aparece el campo en la madrugada de un hermoso día! ¡Oh! ¡Cuán sublime cuadro nos presenta la naturaleza en el ameno paraje que acabo de bosquejar ligeramente y en el que he pasado mi infancia y parte de mi juventud!

Una grave emoción inunda el alma al escuchar la sonora armonía del río que murmura blandamente, de las aves, los céfiros, el acompasado paso de los ganados y el balar de los corderos, unido á los balsámicos olores que exhalan las plantas y odoríferas semillas de la ribera.

¡Toda criatura que en su pecho aliente la fe religiosa, no podrá menos de bendecir conmovida la mano omnipotente que da impulso á una vegetación tan lozana y esplendorosa y nos presenta reunidas tantas y tantas maravillas!...

Un criado iba á entrar en la quinta con un gran tarro de leche, cuando se presentó un ermitaño venerable tanto por su ancianidad, su luenga y blanca barba, como por el austero sayal que le servía de traje.

— Buenos días, padre Anselmo, dijo el pastor con respeto al ermitaño, ¿queréis un vaso de leche? Ahora está recién ordeñada y os gustará.

— Gracias, Anton, acabo de desayunarme.

— Como siempre, algun mendrugo de pan negro, hé?

— ¡Lo que Dios me da! amiguito, vivo de las limosnas y me mantengo con lo que la santa caridad tiene á bien proporcionarme.

— Pues en adelante con los nuevos señores que vienen á la quinta no os irá mal.

— ¡Sí! ¿qué me cuentas? ¿Conque por fin vienen á habitar esta hermosa casa que tanto tiempo lleva desierta?

— Sí, señor.

— ¿Y quiénes son? ¿se sabe?

— No os puedo decir su nombre, padre Anselmo. Únicamente me han dicho que una princesa ha comprado la casa, y que viene á pasar en ella una temporada y á disfrutar los aires del campo una hija de esta señora, á la cual acompañan su aya y una doncella. En este momento las estamos esperando. Ayer se recibió aviso de que no se detenían en toda la noche con objeto de estar aquí de madrugada.

— ¡En ese caso no deben tardar!...

El pastor tendió una mirada á lo largo del camino y exclamó:

— ¡Pero calla! ¿No es aquel bulto que se ve á lo lejos un coche? Á la derecha del olivar.

— No puedo asegurarlo, hijo mío; ¡mi vista alcanza tan poco!... contestó el anciano ermitaño.

— Ellos son, no hay duda; voy corriendo á dar el aviso á los demas criados.

El pastor, volviendo á coger su tarro de leche que habia dejado en el suelo, echó á correr por las habitaciones interiores gritando como un loco :

— ¡La señorita ! ¡ la señorita !.....

El ermitaño fué á sentarse junto á un árbol en un sitio desde donde los viera pasar contemplando á su sabor á los nuevos habitantes de la casita del valle.

Efectivamente, el coche de Carlos avanzando rápidamente llegó á pararse á la puerta del jardin.

Carlos, apeándose el primero, dió la mano á Edelmira, dejando al lacayo el cuidado de hacer lo propio con el aya y Lisa.

Cogidos del brazo los enamorados jóvenes se internaron por la hermosa y entoldada calle, encontrándose á poco en la pequeña glorieta donde se hallaba situada la entrada principal de la casa.

— ¡ Oh ! ¡ qué magnífico ! ¡ qué bella posesion es esta !... dijo Edelmira dejándose caer en un banco de madera inmediato á un rústico cenador.

— ¡ Poético ! ¡ sublime ! ¡ á tu lado pasaria aquí toda mi vida ! murmuró Carlos sentándose junto á la niña, cuyo semblante se coloró ligeramente, ignoro si por la galanteria de su amante ó por el temor de que lo hubiese oido el aya que con Lisa los seguia á corta distancia.

Un hombrecillo pequeño y regordete, que ejercia las funciones de mayordomo ó administrador de la quinta, salió á cumplimentar á su joven ama poniéndose con los demas individuos de la servidumbre á su disposicion.

La sencilla y amable Edelmira le dispensó de toda etiqueta, indicándole deseaba se sirviese un ligero desayuno en aquel cenador que tenia á su derecha cubierto de verde follaje.

El mayordomo desapareció á cumplir esta orden y doña Crispina, medio refunfuñando y de mal humor, se sentó cerca de ellos y empezó á hacer inclinaciones con la cabeza, lo cual demostraba que el cansancio y el sueño no la permitian tenerla erguida. Lisa con este motivo hizo á los amantes un signo malicioso, y Edelmira, comprendiéndolo al momento, se apresuró á decir :

— Doña Crispina, retiraos si gustáis á descansar ; en vuestros años, la mas leve fatiga hace mas impresion que en nosotras.

— Aprovechando vuestro permiso , voy inmediatamente á meterme en la cama. Vos, debéis tambien estar cansada ; desde ayer tarde caminando y en una misma postura, es demasiado molesto...

— No lo creáis, aya mia ; para mí este viaje ha sido, mas que fatigoso, recreativo, y teniendo por término una perspectiva tan agradable como la que desde aquí se disfruta, es el colmo de la dicha.

— Bien ; si en ello gozáis, corriente. Yo no puedo con el sueño.

— Adios, pues ; descansad.

— ¡ La Magdalena te guie !... murmuró Carlos gozoso cuando el aya desapareció de su vista.

— Si estorbo yo tambien, me marcharé, dijo Lisa.

— Tú nos servirás el desayuno, repuso Edelmira.

Desde aquel momento los enamorados jóvenes se entregaron á su regocijo y al placer de estar libres sin importunos testigos.

Entre tanto el ermitaño que habia pensado aquel día retirarse sin limosna, se fué acercando poco á poco con vacilante paso y apoyado en su enorme báculo.

— ¡Muy buenos días, señoritos! murmuró. ¡Una limosna para la santísima Virgen de Villaverde!...

— ¡Qué decís, buen hombre! exclamó Edelmira asombrada. ¿acaso la Virgen pide limosna?

— La imploro en su nombre para sostener el culto en su sagrada ermita que tengo á mi cargo.

— ¡Tan pobre está!...

— ¡Oh! ¡mucho!... Desde que murió la desgraciada y noble señorita que habitaba esta quinta y el último vástago de la ilustre casa de Valle-Real, que eran los que con sus cuantiosas limosnas sostenían el culto, nadie acude á depositar una moneda en el cepillo, y apenas con lo que puedo adquirir en los pueblos inmediatos basta para mantener ardiendo la lámpara, y efectuar alguno que otro indispensable reparo en el santuario.

— ¿Y quiénes eran esos señores que habéis mencionado? preguntó Cárlos.

— ¡Al recordarlos, señor, no pudo ménos de llorar! es una historia muy dolorosa la suya, replicó el ermitaño limpiando con el revés de su callosa mano dos lágrimas que rodaron por sus mejillas.

— ¡Yo quisiera saberla!... murmuró Edelmira.

— El buen ermitaño nos la contará, ¿no es verdad? dijo Cárlos.

— Con mucho gusto; pero es para despacio.

— En ese caso, iremos todas las tardes á la ermita, y nos la contaréis, dijo Edelmira. Con eso visitaremos á la santísima Virgen, haremos restaurar su santuario, dedicando una buena suma para restablecer el culto.

— ¡El cielo os lo premiará, uoble señora! murmuró el anciano trémulo de gozo.

— Sí, añadió Cárlos, yo también uniré mis auxilios y mis esfuerzos á los de esta señorita.

— Y desde hoy, buen hombre, se apresuró á decir la jóven, no volváis á pedir limosna en nombre de la Virgen, pues nosotros nos encargamos de atender á todo cuanto sea necesario.

El pobre viejo, en su fervor religioso, no hubiera concluido nunca de bendecir y elogiar la generosidad de los nuevos habitantes de Valle-Real; pero Cárlos, deseando alejarle, le dijo:

— ¡Id descuidado, y esperadnos esta tarde á la caída del sol.

— ¿No estará muy léjos la ermita, hé? preguntó Edelmira.

— Desde aquí se distingue; vedla en la cúspide de aquel cerro.

— Bien, bien; adios, no fallaremos.

El pobre viejo, llorando de alegría, se despidió con mil cumplimientos de sus nuevos favorecedores. Estos prosiguieron su interrumpido desayuno, que les pareció delicioso.

— ¡ Oh, qué feliz soy! murmuraba Edelmira : nunca he disfrutado una dicha semejante. Este sitio encantador, este desayuno al aire libre, escuchando á lo léjos el murmurio del rio y sobre nuestras cabezas el gorjeo de las aves, llena mi alma de un gozo indefinible.

— ¿ Y te causa esto mas placer que mi presencia? la dijo Carlos con una dulce mirada.

— Tú contribuyes á aumentar mi regocijo, y acaso sin tu cariño me pareceria esta soledad insoportable.

Edelmira tenia razon; toda alma enamorada es poética y halla bellezas y poesia en cuanto la rodea.

## CAPÍTULO XIX.

### LA ERMITA DE VILLAVERDE.

Ruego á mis amables lectores, me dispensen si en mi novela censagro algunas líneas en describir aunque ligeramente unos sitios muy queridos de mi corazón. Es un recuerdo de amor, ó mas bien un tributo de gratitud, porque en ellos comencé á sentir; allí se inspiró mi alma : mis primeros cantos brotaron con el suave murmurio del Tajo, al ambiente purísimo de sus riberas, y se alzaron al par de los gorjeos que entre los árboles elevan mil y mil avecillas.

La hermosa y dilatada vega, que por una licencia concedida al novelista me he permitido bautizar con el poético nombre de Valle-Real, se extiende á la orilla izquierda del Tajo. Á la derecha y situada en una llanura, se halla una alegre y bonita villa á la cual daré su verdadero nombre, siquiera sea porque corra unido con el mio. Llámase Villamanrique de Tajo.

Empero, como no es mi ánimo detenerme en este pueblecito, le saludaremos de léjos como á un antiguo conocido, y atravesando el rio iremos á visitar otra vez el sitio donde quedaron nuestros enamorados jóvenes.

Segun habian prometido por la mañana, salieron de la quinta á las cuatro de la tarde con direccion á la ermita. Miétras atraviesan la no larga distancia que los separa, diremos dos palabras acerca del santuario.

Se encuentra situado en la cima de una pequeña eminencia, casi en la falda de la interminable cordillera de montañas que desde este punto sigue hasta internarse en los montes Carpetanos. Á su pié, se desborda impetuoso el rio Tajo, formando entre aquellos riscos una confusa armonía su plañidero sonido con los ecos de la montaña y el continuo gemir de los vientos y las aves.

Casi todo el terreno que circunda la ermita, es árido. Ni una flor de perfumado cáliz brota en tan pedregosos peñascales.

¡ Unas vegas tan hermosas, tan dilatadas y tan es-



térriles!... ¡Dúeleme decirlo! y sin embargo, es la verdad. El caudal de aguas tan inmenso que las cruza, solo sirve para destruir y aniquilar mas y mas sus pobres frutos con sus continuas avenidas, cuando utilizado en un benéfico riego pudiera hacer de estos parajes el sitio mas bello y fructífero de España.

¡Triste destino! los dueños de estas vegas no han encontrado todavía la mano generosa que convierta sus eriales en plácidos edenes, no obstante los muchos proyectos; mas como todas las obras útiles y buenas se llevan por desgracia con tanta lentitud, esta, que sobre hermosear una gran porción de nuestra España, llevaria al seno de infinitas familias la abundancia y la dicha, no tendremos el placer de verla realizada.

Mas... perdonadme, lectores míos; olvidando un momento nuestra novela me he detenido, sin saber cómo, atraída acaso por mi amor al país que describo, en hablaros de cosas completamente ajenas á nuestro asunto.

Volvamos otra vez; como á vosotros solo os importa saber de nuestros interesantes personajes, os diré que llegaron al pié del cerro donde dejaron el carnaje. Como es natural, para ascender hasta la ermita y con objeto de que á la jóven Edelmira se hiciera mas dulce la penosa cuesta, Cárlos la ofreció el brazo.

El aya y Lisa se siguieron un poco mas despacio.

— ¿Sabes lo que he observado? dijo la primera á la traviesa doncella.

— Si no me lo decís, doña Crispina, ¿cómo lo he de saber?

— ¡Oh! si, te lo diré, porque no me gusta mucho.

— ¿Y qué es eso?

— Que encuentro demasiado galante al marqués de Selva Verde con la señorita.

— Eso nada tiene de particular. Son jóvenes y naturalmente han de consagrarse obsequios que á vuestra edad os parecen galanteos amorosos; ¿no es esto lo que queréis decir?

— Si; me has comprendido perfectamente; y como conozco tu mucha penetracion, te indico mi pensamiento para que me digas si son ciertas mis sospechas.

— Mas tarde acaso veamos alguna cosa; hoy cualquier juicio seria aventurado.

— En eso tienes razon: apenas hace veinticuatro horas que se conocen y en este tiempo no han de haberse comprometido aun cuando se hayan enamorado; porque el amor es como una flecha, yo tengo buenos recuerdos allá de mis mocedades.

— ¡Y con todo eso permanecéis soltera!....

— Y qué quieres, ¡hija! calamidades de la vida humana; ¡perdí á mi novio en la guerra y ningun otro ha sido de mi gusto!...

— ¡Qué lástima! murmuró Lisa con malicia, casi todas las señoras que á cierta edad permanecen solteras es por igual causa que vos. Aunque yo supongo que muchas inventarán esa fábula por disculpar su perpétuo estado de celibatismo, sin que por esto deje de creer que á vos os haya acontecido realmente.

— No debes dudarle, contestó la solterona mor-diéndose los labios.

— ¡Oh! por supuesto, contestó Lisa con irónico gesto.

— Pero volviendo otra vez á nuestra señorita, yo debo hacer presente á la señora princesa cuanto nos ha ocurrido en el viaje y el compromiso que hemos adquirido con el señor marqués; al propio tiempo no puedo prescindir de indicarle aunque de paso la observacion que te acabo de hacer.

— ¿Y qué le importará á la señora que su hija se enamore de un caballero tan distinguido como el señor marqués? ¡y mucho mas no siendo ya su idea el hacerla profesar!

— Sí; pero bueno es que lo sepa, y yo faltaría á mi deber y á las órdenes que tengo recibidas si no se lo comunicase.

Á todo esto Carlos y Edelmira ya habian visitado la ermita y repetido infinitas veces al ermitaño sus promesas de contribuir con su proteccion al perpétuo culto de aquella pobre casa de la santa y milagrosa Virgen de Villaverde.

— El mismo ofrecimiento hicieron el jóven marqués de Valle-Real y la desgraciada hija de don Gil.

— Pero le cumplirian, preguntó Edelmira.

— Durante su vida sí: al morir, sin duda como fueron tan desgraciados, no dejaron de su cuantiosa renta ni un leve recuerdo para esta pobre ermita.

— ¡Su desgracia no era un pretexto para que se olvidasen de la Virgen!...

— ¿Y qué queréis? ellos, ó no se acordaron, ó no lo pensaron así.

— En fin, que descansen en paz: ahora mi mayor deseo es que nos refiráis su historia, la cual, sin saber por qué, conceptúo muy novelesca é interesante.

— Juzgáis con mucho acierto, señorita, dijo el ermitaño.

— ¿Y lleváis muchos años en esta ermita? interrumpió doña Crispina.

— Mas de cuarenta.

— ¿Seriais un niño?

— Nada de eso; otros tantos tenia cuando vine aquí. ¿Os parece que no han pasado sobre mi calva frente ochenta inviernos?

— No los representáis á fe.

— Callaos, doña Crispina y dejadle que nos cuente esa historia, que tengo viva impaciencia por saberla.

— Venid, pues, amables señoras, nos sentaremos en esta eminencia desde donde se descubre todo el valle y los sitios que mas frecuentaron nuestros héroes.

— ¡Y qué perspectiva tan hermosa se distingue desde aquí! dijo Carlos sentándose con su amada en la eminencia adonde los condujo el anciano.

— Una imaginacion poética no dejará de encontrar bellezas en ese lejano horizonte coronado de un azul diáfano y purísimo; pero un espíritu materialista y calculador, solo hallará en esta porcion inmensa de terreno, campos estériles é infecundos por la falta de riego.

— ¿Falta de riego cuando los cruza un caudal de aguas tan inmenso? exclamó Edelmira.

— ¡Y si esas aguas no pueden aprovecharse por falta de un benéfico canal!

— ¡Qué lástima! murmuró Carlos. ¿Y aquel grupo de casas que se distingue á la derecha?

— Es Villamanrique de Tajo, una despejada y alegre villa donde la ilustracion y la cultura ha penetrado ántes que en otros muchos pueblos de España mas populosos y con mas elementos que este.

— ¡Y ocupando una posicion tan bonita, qué lástima no se halle rodeada de huertos y alamedas que la convirtieran en un oasis delicioso!...

— Quizá los nietos de sus habitantes vean realizado algun día ese bello sueño.

— Y decidme, buen ermitaño, ¿cómo es que mas allá se ven alamedas y jardines?

— Porque es la posesion de Valle-Real, y los marqueses de este nombre han procurado hermosearla lo posible. Unido á esta posesion y en el caz del molino, tienen una gran máquina hidráulica llamada Zua, extraordinaria por su gran dimension, la cual riega y fertiliza una porcion inmensa de terreno (1).

— ¿En ella viviria el héroe de nuestra ansiada historia? preguntó Edelmira.

— Sí, señora, y en la casita que vuestra madre ha comprado, habitó algunos años Clementina.

(1) Esta magnífica posesion se halla situada á un cuarto de legua de Villamanrique de Tajo; perteneció á la casa de los conventuales de Santiago de Ucles, y hoy es propiedad de las herederas de don Antonio Pando. Su verdadero nombre es Buenameson.

— ¡Ea! ya no damos mas treguas á nuestra impaciencia.

— Escuchadme.

El ermitaño, sacando un manuscrito, se puso los anteojos y leyó la siguiente verídica historia.

## CAPÍTULO XX.

CLEMENTINA Y ALBERTO.

### I.

Era una hermosa mañana del mes de mayo. Apenas el nuevo día empezó á extender sobre la tierra su matutino crepúsculo, cuando una bella joven, saliendo de la quinta de Valle-Real, fué á sentarse en la orilla del rio exclamando al contemplar las bellezas de la alborada:

— ¡Bendito sea Dios, que presenta á mis ojos tan sublime cuadro, en cuya contemplacion gozo una dicha inefable!...

Después de pronunciar en voz baja estas palabras, se reclinó en el tronco de un árbol extraordinario por sus colosales dimensiones, pues á la sombra de su inmensa copa pueden resguardarse del sol infinitas personas.

Con los ojos fijos en el oriente y en actitud melancólica, aguardó largo rato la salida del sol para sa-

— ¡Y si esas aguas no pueden aprovecharse por falta de un benéfico canal!

— ¡Qué lástima! murmuró Carlos. ¿Y aquel grupo de casas que se distingue á la derecha?

— Es Villamanrique de Tajo, una despejada y alegre villa donde la ilustracion y la cultura ha penetrado ántes que en otros muchos pueblos de España mas populosos y con mas elementos que este.

— ¡Y ocupando una posicion tan bonita, qué lástima no se halle rodeada de huertos y alamedas que la convirtieran en un oasis delicioso!...

— Quizá los nietos de sus habitantes vean realizado algun día ese bello sueño.

— Y decidme, buen ermitaño, ¿cómo es que mas allá se ven alamedas y jardines?

— Porque es la posesion de Valle-Real, y los marqueses de este nombre han procurado hermosearla lo posible. Unido á esta posesion y en el caz del molino, tienen una gran máquina hidráulica llamada Zua, extraordinaria por su gran dimension, la cual riega y fertiliza una porcion inmensa de terreno (1).

— ¿En ella viviria el héroe de nuestra ansiada historia? preguntó Edelmira.

— Sí, señora, y en la casita que vuestra madre ha comprado, habitó algunos años Clementina.

(1) Esta magnífica posesion se halla situada á un cuarto de legua de Villamanrique de Tajo; perteneció á la casa de los conventuales de Santiago de Ucles, y hoy es propiedad de las herederas de don Antonio Pando. Su verdadero nombre es Buenameson.

— ¡Ea! ya no damos mas treguas á nuestra impaciencia.

— Escuchadme.

El ermitaño, sacando un manuscrito, se puso los anteojos y leyó la siguiente verídica historia.

## CAPÍTULO XX.

CLEMENTINA Y ALBERTO.

### I.

Era una hermosa mañana del mes de mayo. Apenas el nuevo día empezó á extender sobre la tierra su matutino crepúsculo, cuando una bella joven, saliendo de la quinta de Valle-Real, fué á sentarse en la orilla del rio exclamando al contemplar las bellezas de la alborada:

— ¡Bendito sea Dios, que presenta á mis ojos tan sublime cuadro, en cuya contemplacion gozo una dicha inefable!...

Después de pronunciar en voz baja estas palabras, se reclinó en el tronco de un árbol extraordinario por sus colosales dimensiones, pues á la sombra de su inmensa copa pueden resguardarse del sol infinitas personas.

Con los ojos fijos en el oriente y en actitud melancólica, aguardó largo rato la salida del sol para sa-

ciar en el astro luminoso su ardiente mirada ántes que sus abrasadores rayos pudieran herir sus pupilas.

Su mano derecha conservó abierto un libro de poesías, y caidos uno y otra sobre la falda. Tenia la cabeza apoyada en el tronco del árbol y su mano izquierda jugueteaba con una planta de flores diminutas y olorosas que brotaban á su lado.

Esta dulce niña, cuya extraordinaria belleza cautivaba el alma, tenia apenas diez y ocho años. Una estatura gallarda y elevada hacian su presencia majestuosa y elegante.

Vestia un sencillo traje de fondo blanco, con florecillas moradas, oprimiendo su delgada y flexible cintura un cordón de seda azul. Sus negros y abundantes cabellos caían divididos en dos magníficas trenzas hasta descansar en la yerba. ¡Cuán bella estaba en su poética meditacion!... Sus ojos grandes, rasgados, y negros como el terciopelo, despidiendo una mirada brillante, indefinible, que iba á fijarse en el cielo, parecia la mirada del genio que mide la inmensidad.

Embebida en sus pensamientos, y sin ver otra cosa que la espléndida naturaleza y el nacimiento del sol, no advirtió que se movieron las hojas del árbol inmediato, gimiendo las plantas de la ribera bajo el pié de un gallardo jóven, con traje de cazador, que entre el follaje de unas ramas inmediatas contemplaba extático y silencioso la singular hermosura de la jóven, sin atreverse ni aun á respirar temeroso de interrumpir tan melancólica meditacion.

El sol, avanzando ya en su triunfal carrera, bañaba con sus rayos esplendorosos todo el valle reflejando en el diáfano cristal del rio.

— Clementina, hija mia, ¿dónde estás? gritó una mujer anciana dirigiéndose hacia el árbol donde se hallaba la jóven.

La gruesa voz de su nodriza, pues ella era quien la llamaba, la sacó de su enajenamiento, y volviendo la cabeza contestó:

— Aquí, Marta, ven.

— ¿Cómo has madrugado tanto? ¡con el fresco que hace todavía!... ¡tú vas á enfermar!... dijo la nodriza apareciendo.

— No lo creas, mi querida Marta; ántes se robustece mi salud con estos paseos matutinos. ¡Es tan bello aspirar los embriagadores aromas de las flores de la ribera, escuchando los cánticos de las aves que en himnos jubilosos saludan al nuevo sol!...

— Tú lo encontrarás muy bueno; pero yo no dejo de conocer que es perjudicial, y que mas bien te retiras á estos sitios solitarios por entregarte á tus tristes meditaciones, que á gozar el apacible ambiente de la madrugada.

— ¿Si es la única diversion que tengo en este aislamiento en que vivo, quiéres privarme de ella?

— Dios me libre de hacerte sufrir la mas pequeña contrariedad; pero es un deber mio advertirte el peligro de frecuentar estos parajes húmedos é insalubres. Y no te consiento permanezcas sentada en la yerba que á estas horas está cubierta de rocío. Vamos, levántate.

— Y mi abuelo, ¿se ha levantado ya? preguntó Clementina abandonando su descuidada y cómoda postura.

— Sí, y te espera hace un rato para el desayuno.

— Vamos pues; no quiero que se impaciente.

— Ha notado tu ausencia, y se empeña en creer que estás triste.

— ¿Y por qué esa idea?

— Yo no lo sé; aunque á decir verdad, también á mí me parece lo mismo; y nada tiene de extraño, pues aquí te diviertes muy poco y te acordarás continuamente de tus compañeras de colegio.

— ¡Ah! sí, mucho, pero no es eso lo único que me entristece.

— ¿Tienes pesares? ¿No eres feliz, Clementina mía? ¡tan adorada de tu abuelo y de todos cuantos te conocen! ¿qué te falta? ¿por qué suspiras?

— Te lo confesaré, mi querida Marta: hay momentos en que me veo agobiada por un peso cruel que oprime mi corazón; por una angustia insoportable.

— ¡Acaso te será enojosa esta soledad!...

— No; ántes me agrada y encuentro en ella muchos instantes de recreo. Es que un presentimiento amargo me anuncia que he de ser tan desgraciada como mi buena madre.

— Vamos, hija mía, eso no dejan de ser niñadas, permite que te lo diga, pues sin una causa real no debes afligirte. No hagas caso de presentimientos que las mas veces engañan, y piensa solamente en casarte con un gallardo y guapo jóven, segun le

mereces por tus virtudes y distinguida posición.

Clementina, conociendo que las palabras de su cariñosa nodriza tenían por objeto distraerla, se sonrió con dulzura, lanzando una mirada vaga y melancólica que se encontró por casualidad con la ardiente y apasionada del jóven cazador que las seguía desde la ribera.

La nodriza prosiguió diciendo:

— Sí, Clementina, no te rias, ya tienes diez y ocho años; y todas las jóvenes á tu edad piensan en casarse. Tú con doble motivo debes tener esas aspiraciones, porque necesitas un hombre que con su sombra y al abrigo de su amor te defienda y proteja. Tu abuelo ya es viejo y nosotros también vamos acercándonos á su edad; sin embargo, en un caso de desgracia mi Perico y yo jamás te abandonaríamos. Yo no podré olvidar las palabras de tu tierna madre.

— Repítemelas; ¡me es tan grato su recuerdo!

— Me dijo al morir: « Querida Marta, no abandones nunca á mi pequeña Clementina, que tu cariño la defienda en la tierra, yo desde el cielo velaré por ella, rogando á Dios no sea tan infeliz como su desventurada madre. »

— ¡Ah madre mía! exclamó la jóven dejando correr su llanto.

— ¡Pobre señora! añadió Marta llorando también; ¡y qué buena era! ¡qué carácter tan dulce, tan angelical!... Murió con la resignación de una santa, sin exhalar ni una queja siquiera.

— Vamos, señorita, que el abuelo se impacienta, dijo el mayordomo llegando á interrumpir la conversacion de ambas.

— No es tan tarde, Pedro.

— Si; pero tiene prisa.

— ¿Cómo ha madrugado tanto contra su costumbre?

— Porque se marcha inmediatamente á la corte

con objeto de cobrar su paga.

— ¿Y te ha dicho si tardará?

— Creo que dos ó tres dias nada mas.

Entre tanto los tres personajes se habian ido acercando á la quinta, y ya próximos á entrar en el paseo de parras que conducia á esta, Clementina, por un impulso de irresistible atraccion, volvió la cabeza, y como ántes sus ojos se encontraron con otros no ménos dulces y expresivos.

El gallardo maneco que fué siguiendo sus pasos, al notar el movimiento de la jóven, se quitó el sombrero y la saludó con un ademán lleno de gracia y elegancia.

Confusa y turbada bajó la vista cubriéndose sus mejillas de un hermoso carmin. En seguida internándose en la calle de parras, fué á encontrarse con su abuelo que ya impaciente la esperaba en la mesa.

Era don Gil del Manzanar, alto, delgado, de carácter recto, firme y en extremo reservado y sombrío. Habia desempeñado muchos años, con la mayor probidad, un cargo distinguido en la Real Hacienda. Se casó en Madrid, teniendo de su matrimonio una

niña que se llamó Elisa. Esta creció algunos años al lado de su madre, y al cumplir los ocho tuvo la desgracia de perderla. Don Gil quedó viudo á lo mejor de su edad, y sin embargo procuró dar á su hija una educacion distinguida, proponiéndose no separarla nunca de su lado. Empero la fatalidad lo dispuso de otro modo y en cumplimiento de sus deberes le fué forzoso emprender un largo viaje.

El tiempo que duró el viaje, se pasó con un jóven que la hizo infeliz, pero al que amaba con delirio. El fruto de estos amores fué Clementina, que recibió la vida, perdiéndola poco despues su pobre madre.

Marta, antigua criada de la casa, se encargó de lactarla, poniéndola en brazos de don Gil, cuando traspasado de dolor regresó de su viaje.

El anciano en cuanto su nieta tuvo siete años, la puso en un colegio, donde la hizo permanecer hasta los quince, en cuya época la llevó á su quinta de Valle-Real, sin dejarla conocer las bellezas de la corte, temeroso de la seduccion y la falsia que tanto abunda en las grandes ciudades.

Marta los acompañó con su marido Pedro, y ambos, poseyendo la omnimoda confianza de don Gil, se encargaron de la direccion y administracion de la casa y de los bienes, al propio tiempo que del inmediato cuidado de Clementina.

La quinta de don Gil está situada á corta distancia del palacio de Valle-Real, magnifica posesion que casi nunca visitaba el jóven marqués. Este era soltero.

último vástago de la ilustre familia de su nombre. Sus padres habían muerto desterrados de España, dejándole casi un niño y dueño de un capital inmenso.

Su punto habitual de residencia era Madrid, y solía pasar gran parte del año viajando por el extranjero. La primera vez que fué á Valle-Real tenía veinte años. Era su figura gallarda y arrogante, de modales distinguidos y aristocráticos; sus ojos negros y rasgados cautivaban por su mirada dulcísima y lánguida casi siempre.

En su despejada y hermosa frente, retratábase toda la nobleza de su alma generosa y caballeresca.

Mis amables lectores le reconocerán en el apuesto mancebo que en traje de cazador hemos visto en la ribera contemplando con éxtasis á Clementina y siguiéndola despues hasta que penetró en su casa.

Triste y pensativo se volvió á su palacio, no sin haberse informado ántes de cuanto le convenia saber acerca de la melancólica niña que en un momento había impresionado profundamente su alma.

Durante todo el día, no dejó de pasearse en los alrededores de la quinta, con la esperanza de volverla á ver; empero fué vano su anhelo, por lo cual se retiró al anochecer triste, pensativo y sin poder apartar de su mente la angelical figura de la Virgen del Valle.

## CAPITULO XXI.

### EL TROVADOR.

#### II.

Era la noche del mismo dia que vimos á Clementina en la ribera. Su abuelo había marchado á la corte, y en la hermosa casita del valle todos reposaban en un tranquilo sueño.

El silencio mas profundo reinaba en los alrededores, dejándose únicamente percibir el ruido de la cascada del molino y los gemidos del céfiro que agitaba las copas de los árboles.

Todas las ventanas de la casa de don Gil se hallában herméticamente cerradas, excepto una que miraba al Oriente y cuya reja se veía cubierta de hermosas enredaderas que daban sombra al aposento.

Esta era la habitación de Clementina. Penetremos en su interior.

Sus adornos son elegantes y sencillos. Una bonita alfombra de verano cubre el pavimento; frente á la reja se ven plegadas unas colgaduras de seda fondo blanco, con flores grandes de color de carmesí, las que dan paso al dormitorio de Clementina. En la



ventana había otras de igual tela y color, y en ambos lados magníficas macetas donde se ostentaban majestuosamente dos hermosos naranjos.

Muy cerca de la reja un piano de palo santo, y encima un espejo grande de marco dorado. Enfrente veíase una mesa tallada de antiquísima forma, sobre la cual había unos floreros, un reloj, algunos adornos de china, dos búcaros de porcelana llenos de flores, y en un extremo un quinqué que alumbraba el aposento. Cerca de la alcoba se veía un bonito reclinatorio y encima un gran cuadro que representaba el misterio de la Purísima Concepción, cuya preciosa pintura era debida al pincel del inmortal Murillo.

Estos eran los objetos mas notables de aquel aposento donde habitaba la inocencia y el candor personificados en la dulce y poética Clementina. Hallábase esta sentada junto á la reja y contemplaba con éxtasis la salida de la luna que en aquel momento aparecía pálida y melancólica por el último cerro del Oriente, iluminando con su luz diáfana y pura el bello rostro de la jóven.

La sombra de un hombre se dibujó en la arena del jardin, al propio tiempo que Clementina se levantó con objeto de apagar el quinqué, lo cual hizo en efecto murmurando en voz baja al extinguirse el último reflejo :

— ¡Oh qué hermosa luna! quiero que tu suave luz me alumbré solamente, y gozar tu esplendor por completo.

Se sentó al piano y con admirable maestría recorrió

el teclado produciendo melodiosos sonidos. Después de tocar algunas variaciones, empezó el acompañamiento de una canción compuesta por ella y lanzó al viento con sonora y clara vibración su hermosa voz cantando la siguiente

### CANCION.

#### Á LA LUNA.

Reina del firmamento  
Bella Luna,  
De hermosura portentosa  
Cual ninguna.  
Espléndida en Oriente  
Tu faz asoma,  
Quiero admirar tu frente  
En alta loma.  
Y una trova de amores  
Dulce y sentida  
Consagro á tus fulgores,  
Luna querida.

Que tu luz rutilante  
En noche oscura  
Mitiga un solo instante  
Mi desventura.  
Es muy triste la sombra  
Que en torno miro,  
Y desde verde alfombra  
Lanzo un suspiro.  
Á tu trono lo envía  
La sin fortuna :  
Calma la pena mia  
Fúlgida luna!...

Su voz fué debilitándose por grados hasta que se extinguió completamente.

Alzó la vista, y al dirigirla al jardin, un ligero temblor la agitó un momento; acababa de distinguir con claridad la figura de un hombre que, saltando el cercado de madera, se aproximaba á la ventana. Con la mayor viveza abandonó el piano y fué á cerrar los cristales dejando entreabiertas las maderas con objeto de observar las intenciones del desconocido. Este se fué acercando; los reflejos de la luna le inundaron por completo.

Clementina sintió un estremecimiento de placer, reconociendo en aquella gallarda figura al jóven cazador que vió por la mañana en la ribera, cuya penetrante mirada habia hecho conmover su corazon.

No tuvo fuerzas para retirarse, ni para sostenerse en pié. Dejóse caer en un sitio inmediato, pretendiendo con ambas manos mitigar las ardientes palpitaciones de su pecho. Empero su emocion creció con fuerza al escuchar la argentina y sonora voz del mancebo que, acompañándose en la guitarra y despues de un brillante preludeo, cantó lo siguiente :

EL TROVADOR.

Despierta, niña hermosa,  
Si duermes en tu lecho,  
Y escucha de mi pecho  
La relacion de amor.

Escucha los gemidos  
De un corazon amante;  
Por Dios, un solo instante  
Concede al Trovador!

Estrella de los valles,  
Celeste Clementina,  
Purísima y divina  
Qual nacarada flor,

A verte en la ribera,  
Tu limpida mirada  
A mi alma enamorada  
Comunicó su ardor.

Héme á tus piés rendido,  
Héme á tus piés, hermosa,  
Alberto no reposa  
Sin obtener tu amor.

Escucha los gemidos  
De un corazon amante;  
Por Dios, un solo instante  
Concede al Trovador!...

La inocente niña sentíase embargada por una emocion extraña y dulcísima, al escuchar aquella voz sonora y melodiosa, que tenia el poder de conmover profundamente su alma. Aquellos versos compuestos para ella, la decian con demasiada claridad que el jóven cazador no habia mirado sus

encantos con indiferencia, habiéndose inspirado mutuamente un amor purísimo y angélico. Clementina conoció que amaba por la primera vez de su vida, aunque al pronto no supo explicarse aquel sentimiento para ella desconocido y que, absorbiendo por completo sus sentidos, inundó su alma de una emocion deliciosa y dulcísima.

Su extremada timidez no la permitió presentarse al enamorado trovador, y permaneció clavada en su asiento hasta que sintió sobre la arena del jardin los pasos del mancebo que se alejaba tarareando las últimas notas de su cancion.

Entónces abrió la ventana para verle desaparecer entre los árboles, y al propio tiempo cayó á sus piés un ramo de hermosas flores que estaba sostenido entre la reja y los cristales. Lo recogió con ansiedad aspirando con ansia sus perfumes.

Á la luz de la luná distinguió que estaba atado con una cinta de color de rosa y negra, y como advirtiese bordadas en ella unas letras de oro, se apresuró á desatarle y leyó este delicado emblema : « muero de amor, » y en cada punta bordados tambien con letras de oro los nombres de Clementina y Alberto.

Con tan delicado presente, y la anterior declaracion, no la quedó duda ninguna del sentimiento que habia inspirado. Así fué que mecida por las mas lisonjeras esperanzas, se durmió aquella noche pensando con delicia en el nuevo horizonte que el destino ofrecia ante sus ojos. Sin embargo, su sueño no fué

del todo tranquilo; en medio de sus ilusiones tambien la agitaron presentimientos tristes. Soñó que Alberto la conducia al altar y cuando creía gozarse en su dicha, una mano de hierro los separaba con violencia, dejándose oír un acento terrible que pronunciaba estas palabras «¡jamás será tu esposo!»

Llena de terror y exhalando un grito de angustia, despertó sobresaltada. Un sudor copiosísimo habia inundado su frente. Trémula, agitada, quiso apartar aquella idea que la atormentaba en medio de sus dulces emociones y no la era posible, sintiendo en su pecho una opresion penosa que no la dejaba respirar. ¡Cuando las mas bellas esperanzas habian lisonjeado su corazon, un pensamiento amargo se lanzaba á turbar aquella dulce felicidad! Apartándole de su mente con violencia exclamó :

— Léjos de mí las tristes ideas!... ¡una nueva perspectiva se abre ante mis ojos, gocemos miéntras nos ofrezca sus encantos!... ¡Oh! sí; ¡ya no puedo dudar que le amo!... ese gallardo y arrogante jóven ha cautivado mi corazon. Nunca en la presencia de ningun hombre, le he sentido palpitar tan agitada-mente. ¡Oh! sí; ¡este sentimiento dulcísimo que me embarga y me conmueve no puedo dudar que es amor!...

Y me he dejado dominar por este sentimiento sin saber si será digno de él quien me lo inspira. Al parecer es un gallardo y arrogante jóven; yo le amo por simpatía, y distingo en su persona un cierto aire de nobleza y majestad que cautiva. La delicada de-

claracion de esta noche y su distinguido porte, me demuestran que tiene educacion y talento.

Embebida en estos pensamientos la hermosa Clementina, dejó correr las horas sin volver á conciliar el sueño. Apénas comenzó á rayar la aurora, y en cuanto sintió los cánticos melodiosos de las aves que saltando de rama en rama saludan alegres al nuevo día, abandonó el lecho, y se disponia á dar su paseo matutino, con la esperanza quizá de oír en boca de Alberto la poética declaracion que habia confiado á las flores y á los dulcísimos versos de su cancion.

— ¿Ya te vas á paseo, hija mia? dijo la nodriza apareciendo en el momento en que salia la jóven.

— Sí, Marta mia, voy á contemplar desde la ribera la salida del sol.

— ¿Y no te acuerdas que hoy es domingo y tenemos que ir á misa?

— Tienes razon; lo habia olvidado.

— Por eso te traigo el desayuno, para que no te vayas sin tomar nada. Ea, aqui lo dejo, prepárate; voy á dar algunas órdenes y al momento vuelvo.

— ¡Esta es la primera contrariedad!... murmuró Clementina cuando desapareció su nodriza. Ya no puedo verle lo ménos hasta la tarde. ¡Cómo ha de ser! ¡paciencia!... Entre las flores tambien se mezclan algunas espinas.

Al decir esto dirigió al ramo una melancólica mirada y suspiró tristemente.

Média hora despues, montaron en su carruaje que partió con direccion á la magnífica salina que se co-

noce con el título de la Carcaballana, la cual distaba un cuarto de legua de su casa y adonde acudía de la vecina aldea un sacerdote, con objeto de celebrar todos los días de precepto el santo sacrificio de la misa.

Cuando volvieron era tarde, y Clementina perdió la esperanza de ver aquel día á su amante.

Por la tarde, y siguiendo su piadosa costumbre de visitar diariamente el sepulcro de su madre, pidió el coche y se dirigió sola á la ermita de Villaverde, donde en un sepulcro de piedra se conservaban tan preciosos restos.

Ya estaba el sol próximo á su ocaso y aun permanecía la jóven arrodillada ante la tumba, despues de haberla cubierto de flores y magnificas coronas.

El santuario, iluminado apenas por la luz de una lámpara y por los débiles rayos del crepúsculo vespertino, hallábase solitario y sombrío. Clementina colocó la última guirnalda, y murmurando una oración iba á levantarse, cuando la contuvieron los pasos de un hombre que sintió tras de sí.

No necesitó verle para reconocer á Alberto; los precipitados latidos de su corazon le advirtieron su presencia.

Efectivamente era él. Hincó una rodilla en tierra y permaneció silencioso, hasta que la mirada de Clementina se fijó en él con encantadora timidez y suhiendo al propio tiempo á su rostro un hermoso sonrosado.

— Señorita, ¿os he interrumpido acaso en vuestra plegaria? exclamó el jóven en dulce y respetuoso tono.

— ¡ Ah, no! ya habia concluido y me disponia á retirarme.

Clementina al decir esto se puso en pié.

— ¿ Ya os vais ?

— Sí, dijo la jóven con manifiesta turbacion.

— ¿ Y no podré alcanzar la gracia de que me escuchéis un momento ?

— Este lugar sagrado no es propio para conversaciones profanas.

— Por su misma santidad lo elijo, porque lo que tengo que decir es sagrado tambien.

— En ese caso hablad; pero tened presente que estamos ante la tumba de mi madre, la que nos escucha desde el cielo.

— Ignoraba que se guardasen bajo esa losa tan preciosos restos, y os prometo no olvidar vuestra observacion.

La mirada de Alberto se habia fijado con demasiada intensidad en Clementina: esta no osaba levantar la vista del suelo, aunque sentia su corazon profundamente conmovido.

La extática contemplacion de Alberto prolongó el silencio algunos instantes; por fin abandonando la postura que aun conservaba, se levantó y dijo con voz grave y solemne:

— Ante todo, deseo me perdonéis mi atrevimiento por haberos seguido hasta aquí, mas no ha estado en mi mano remediarlo. Desde ayer por la mañana en que tuve la dicha de veros por primera vez, se apoderó de mi alma un sentimiento que no conocia;

pero tan imperioso, tan fuerte, que me domina por completo y no soy dueño de reprimir.

Hoy casi todo el día me he paseado en los alrededores de vuestra casa con la esperanza de hablaros. Esta tarde por fin os vi dirigiros aquí, y os he seguido. ¿Me perdonáis?

— ¡Para perdonaros esto tendría también que otorgar mi perdón por otras cosas!...

— ¿Acaso por la serenata y el ramo?.....

— Justamente.

— ¡Sois tan buena!... tan amable, que me lisonjeo lo habréis admitido como una leve prueba del amor inmenso y puro que arde en mi pecho y el cual vengo á ofreceros en este lugar sagrado y ante esa losa venerada. Así no podréis dudar de la santidad del sentimiento que me inspiráis ni de mis rectas intenciones.

— Yo nunca dudo de la palabra de un caballero.

— ¿Pero dudaréis de su amor?

— Tampoco, si lo expresa como lo habéis hecho vos.

— ¿Luego me habéis comprendido?

— Aunque sumamente poético vuestro modo de expresaros, no he dejado sin embargo de comprenderle.

— ¿Y en ese caso podré esperar correspondencia?

— Es demasiado pronto.

— Tened en cuenta que mi amor, aunque repentino, no se confunde con la vulgaridad. Y no puedo alimentarle con vagas esperanzas. Os amo con idolatría, mis intenciones son rectas, os juro que mi único, mi solo deseo es que seáis mi esposa. Creedme, Clementina, yo no podría mentir en este sitio ni ante

esa tumba venerada. ¡Héme aquí á vuestros piés jurándoos un amor eterno!...

Alberto había caído de rodillas ante su amada; esta alargó su mano y con acento conmovido exclamó:

— ¡Basta! levantaos, ese homenaje de adoracion y respeto, debéis tributársele á la madre de Dios que nos escucha.

— No me levantaré sin una esperanza.

— Levantaos y seguidme.

Alberto tomó la mano que la jóven le ofrecía y salieron de la ermita.

— ¿Tendréis valor para marcharos sin calmar mi ansiedad? dijo Alberto al ver á Clementina dirigirse con ánimo sin duda de tomar su carruaje que la aguardaba á cierta distancia.

— Mañana al rayar el alba, y junto al árbol en que ayer me visteis por la vez primera, hablaremos; por hoy hásteos ver esta prueba que os hará conocer mis sentimientos.

Al decir esto sacó de su pecho la cinta con que iba atado el ramo y se la mostró entrelazada con una trenza de sus cabellos.

— ¡Ah, Clementina! exclamó Alberto con entusiasmo. ¡Vuestro amor es mi felicidad!... ¡la gloria de mi vida!...

— Bien, ahora dejadme. No quiero os vean mis criados.

— ¡Pero dadme al ménos esa trenza que rodea mi cinta!...

— Eso no; unidas se han de conservar siempre.

— Dadme siquiera esa flor que adorna vuestro pecho.

— Es una perpétua morada; ¿sabéis su significado?

— Recuerdo eterno.

— Tomadla.

— Prometo conservarla mientras viva, dijo Alberto imprimiendo en ella un ósculo apasionado. Adios, pensad en mí.

— No me olvidéis vos.

— Os recordaré mi amor esta noche con otra serenata.

— Os lo prohíbo.

— ¡Cruel! entónces hasta mañana.

— Adios.

Clementina despidiéndose del jóven con graciosa sonrisa, montó en su coche que partió rápidamente hacia Valle-Real.

## CAPÍTULO XXII.

### EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

#### III.

A la siguiente mañana, apenas la aurora comenzaba á colorar las crestas de los cerros circunvecinos, cuando saltando del lecho Clementina, se vistió con ligereza y bajó al jardín.

Cortó una hermosa flor que acababa de abrir su corola á impulsos de una brisa suave y perfumada, y colocándola entre sus cabellos, se dispuso á salir.

La fuerte y gruesa voz de su nodriza la detuvo un momento.

— ¿Ya te vas á paseo? Es mucho... tienes la costumbre de recorrer con el fresco de la alborada la ribera, y Dios quiera no te sea perjudicial.

— No temas, buena Marta, los paseos matinales hacen mucho bien, y son convenientes para la salud.

— Pues no te descuides en venir, tendré preparado el desayuno.

— Antes que el sol se extienda por estos campos me tendrás aquí.

— Y á propósito, sabes que el abuelo debe venir hoy.

— Pero no será hasta la tarde; ya saldremos á su encuentro, adios.

Clementina, deseando desentenderse de su nodriza, la hizo un gracioso signo con la mano y se dirigió á la orilla del río.

Llegó al frondoso árbol donde la vió Alberto por primera vez. Era su sitio favorito, porque situado en una pequeña eminencia y en la misma márgen del Tajo, la permitía contemplar á su sabor todos los encantos de la naturaleza, resguardándola al propio tiempo de los rayos del sol, mientras embargaba sus sentidos el mágico concierto de las infinitas aves que se abrigaban en su inmensa copa de verdura.

En aquel paraje delicioso, habíase entregado muchas veces el inocente corazón de Clementina á sus

— Dadme siquiera esa flor que adorna vuestro pecho.

— Es una perpétua morada; ¿sabéis su significado?

— Recuerdo eterno.

— Tomadla.

— Prometo conservarla mientras viva, dijo Alberto imprimiendo en ella un ósculo apasionado. Adios, pensad en mí.

— No me olvidéis vos.

— Os recordaré mi amor esta noche con otra serenata.

— Os lo prohíbo.

— ¡Cruel! entónces hasta mañana.

— Adios.

Clementina despidiéndose del jóven con graciosa sonrisa, montó en su coche que partió rápidamente hacia Valle-Real.

## CAPÍTULO XXII.

### EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

#### III.

A la siguiente mañana, apenas la aurora comenzaba á colorar las crestas de los cerros circunvecinos, cuando saltando del lecho Clementina, se vistió con ligereza y bajó al jardín.

Cortó una hermosa flor que acababa de abrir su corola á impulsos de una brisa suave y perfumada, y colocándola entre sus cabellos, se dispuso á salir.

La fuerte y gruesa voz de su nodriza la detuvo un momento.

— ¿Ya te vas á paseo? Es mucho... tienes la costumbre de recorrer con el fresco de la alborada la ribera, y Dios quiera no te sea perjudicial.

— No temas, buena Marta, los paseos matinales hacen mucho bien, y son convenientes para la salud.

— Pues no te descuides en venir, tendré preparado el desayuno.

— Antes que el sol se extienda por estos campos me tendrás aquí.

— Y á propósito, sabes que el abuelo debe venir hoy.

— Pero no será hasta la tarde; ya saldremos á su encuentro, adios.

Clementina, deseando desentenderse de su nodriza, la hizo un gracioso signo con la mano y se dirigió á la orilla del río.

Llegó al frondoso árbol donde la vió Alberto por primera vez. Era su sitio favorito, porque situado en una pequeña eminencia y en la misma márgen del Tajo, la permitía contemplar á su sabor todos los encantos de la naturaleza, resguardándola al propio tiempo de los rayos del sol, mientras embargaba sus sentidos el mágico concierto de las infinitas aves que se abrigaban en su inmensa copa de verdura.

En aquel paraje delicioso, habíase entregado muchas veces el inocente corazón de Clementina á sus

quiméricos sueños, á sus ilusiones de ventura y de amor. ¡ Oh! sí, de amor; por este sentimiento habia suspirado muchas veces sin saberlo quizá. Deseaba llenar el infinito vacío de su alma, sin acertar á definir qué sentimiento necesitaba para conseguirlo. El ardiente fuego que Alberto supo comunicarla, la hizo conocer que era amor, y se entregó á amar con todo el lleno de sus facultades, con toda la vehemencia de su entusiasta y juvenil corazón.

Educada en un colegio, y despues viviendo en la soledad del campo, no habia conocido un hombre digno de ella, que la inspirase la mas pequeña simpatía; sin embargo, desde que comenzó á sentir las primeras emociones de la juventud, comprendió en su pecho un deseo vago, indefinible, un anhelo desconocido, un vacío inmenso que no sabia cómo llenar.

Habia recibido en el colegio una educacion brillante, pero observándose en él las costumbres mas severas, jamas permitieron á las educandas entregarse á otra clase de lectura que á la prescrita por los profesores para la conveniente instruccion.

Cuando se trasladó á Valle-Real, encontró en la biblioteca de su abuelo, que este puso á su disposicion, toda clase de obras y entre ellas muchas novelas románticas, á las que se aficionó con extremo. Ellas le enseñaron á traducir la vaga ansiedad de su alma; y desde aquel momento comprendió la necesidad de encontrar un alma que comprendiese la suya y la brindase con su amor la copa de la felicidad.

Su imaginacion poética y exaltada formó un bello

ideal, creyendo verle hasta en sueños; por eso al conocer al jóven y elegante marqués de Valle-Real le reconoció como á su fantástico amante y le saludó como á un antiguo conocido, y mas cuando escuchó sus ardientes protestas de ternura.

Al distinguirle por entre los árboles, Clementina, con las mejillas encendidas de rubor, corrió hácia él, y alargándole una mano le saludó con una dulce sonrisa.

Alberto la dijo con el acento mas cariñoso que puede emplear un amante:

— ¿ Me esperabais, querida mia?

— Acabo de llegar en este momento al árbol de la esperanza.

— ¿Cuál distinguís con tan poético nombre?

— Este, bajo cuya inmensa copa pueden abrigarse infinitas personas, sin temor de que ni aun en medio del dia puedan molestarlas los rayos del sol.

Clementina, al señalar á la corpulenta encina, se dirigió hácia ella.

Alberto la siguió.

— Y está guarnecido su tronco de enredaderas, exclamó este con admiracion.

— Las he plantado yo la primera vez que vine á Valle-Real, y todos los años las veo retoñar frescas y lozanas.

— ¿ Por eso amaréis tanto á este árbol distinguiéndolo con tan bello nombre?

— ¡ Oh! sí; ¡ bajo su sombra bienhechora he aguardado tantas veces la salida del sol!... ¡ Apoyada m



cabeza en su rústica corteza, ha alimentado tantos pensamientos halagüenos, tantas esperanzas lisonjeras!... que no puedo ménos de mirarle con cierta predilección, habiendo adquirido la costumbre de visitarle todas las mañanas al brillar la aurora.

— Yo también le amo y le distingo, Clementina, porque vos le amáis, y porque os he conocido protegida por su benéfica sombra.

Aquí os conocí hace tres días y desde tan dichoso momento no soy dueño de mi corazón. ¿Y vos, nada sentisteis al contemplarme?

— No os vi cuando decís, empero mi corazón hace tiempo que os conocía.

— ¿Me conocíais?

— Personalmente no; mas en sueños había visto muchas veces la sombra de un hombre que me juraba adoración, y ese hombre, esa sombra ideal, erais vos, Alberto; vos á quien he saludado como á un antiguo amigo que vuelve de una prolongada y triste ausencia.

— ¿Luego vuestros sueños se parecían á los míos? porque también yo he visto constantemente en mi imaginación un ángel de pureza que en la tierra estaba destinado á ser la luz de mi vida, el encanto de mi existencia. Lo busqué en las ciudades populosas, donde hallé bellísimas mujeres de nacarado cutis y ojos de terciopelo y en cuyos corazones encontré profundamente arraigado el espíritu del siglo, el interés calculador, la vanidad y la ignorancia. No eran ellas el tipo celestial, puro é inocente que yo

había soñado; con el desengaño en el alma, abandoné los grandes centros, dejé la ciudad con su orgullosa y mentida pompa y me vine á la soledad del campo, donde nunca pude figurarme encontrar tan acabado, tan perfecto, al bello ideal de mis ensueños.

— ¿Y ese bello ideal?

— Eres tú, mi Clementina; tú, por quien he suspirado desde lejanos climas y en el fondo de mi gabinete, sin sospechar se deslizase tranquila tu existencia en este valle encantador y entre las silvestres flores de tan amena ribera. ¡Oh! ya desde hoy para mí, y poseyendo tu amor, serán el tomillo y la madre selva de estos campos mucho más gratos que la fragancia de un pensil oriental. Las azules campanillas de esa enredadera que guarnece el tronco del árbol de la esperanza, al abrir su cáliz con la nueva luz del día, me anunciarán la presencia de mi amada, y los céfiros primaverales, susurrando entre las ramas, me parecerán suspiros de amor escapados de tu pecho y que me envías cual ofrenda de ternura. Todo, mi dulce Clementina, todo en este valle nos convida á amar: el río con su plácido murmurio, el rumor de la cascada, la armonía de las aves, el tiernísimo arrullo de las tórtolas y las torcaces palomas, y hasta el tímido balar de los corderos, inspiran amor, y el alma goza un éxtasis delicioso en estos parajes tan solitarios como poéticos.

— ¿Y seríais feliz toda la vida en esta profunda soledad?

— Con tu amor y á tu lado, desde luego sería eterna mi ventura.

Clementina dirigió á su entusiasta amante una dulce mirada dejando aparecer en sus labios una leve sonrisa de incredulidad. Luego dijo :

— Alberto, mi cariño hácia vos durará tanto como mi vida. Habéis sido el primer hombre que ha poseído mi corazón; pero de una manera imperiosa, absoluta, y yo no soy de esas mujeres que pueden amar dos veces. Así, pues, os prometo que seréis mi primero y último amor.

— ¡Solo esperaba esas palabras para que mi dicha fuese cumplida!... ¡Ah! ya nada temo : un porvenir de gloria nos sonríe y disfrutaremos la felicidad de los ángeles; ¿no es verdad, amada mía, que piensas del propio modo?

— Sí, Alberto; empero en ese rosado horizonte, ¿no contemplas una nube que oscurece su fulgor? Yo no sé por qué cuando mas íntima es mi alegría, un amargo presentimiento, una ráfaga de tristeza oprime mi corazón.

— Aleja tan triste idea de tu mente.

— ¡No puedo! ¡yo he de ser muy desgraciada!...

— ¿Y por qué?

— Porque mi madre lo ha sido.

— Eso no es un motivo para que tú lo seas.

— Pero es una convicción moral que se abriga en mi pecho desde niña, ay! en lo general las hijas seguimos la suerte próspera ó adversa de las madres.

— Esos son delirios de tu fantasía; ten confianza en mi amor y nada temas.

— La tendré.

— ¿Me lo prometes?

— Sí; mas una dichosa tranquilidad nunca, hasta que mi abuelo sancione nuestros votos y apruebe nuestro amor.

— Le hablaré inmediatamente si quieres, mi único deseo es que bendiga nuestra unión.

— Sí, Alberto, tan luego como vuelva de la corte, le hablaremos.

— Y ya verás como nos bendice y somos felices.

— ¡Dios lo quiera!

— En tanto, Clementina, el árbol de la esperanza extenderá todos los días sobre nuestras cabezas su benéfica sombra.

— Mañana solamente. Esta noche esperamos á mi abuelo, y tan luego como haya descansado de las fatigas del viaje, te presentaré á él. Por hoy separémonos; Marta vendrá á buscarme y no quiero sea ella la primera en conocer á mi nuevo amigo.

— Acaso me haya visto alguna vez; recorro estos valles con tanta frecuencia, que todos sus habitantes me conocen.

— ¿Y habitas en el palacio de Valle-Real?

— Sí.

— ¿Conocerás al marqués?

— Bastante, ¿y tú?

— Nunca le he visto, dicen es joven y soltero.

— Ciertamente, no te han engañado.

— Alberto calló encerrándose en una forzada reserva. Clementina por delicadeza no preguntó mas, aunque

la hubiera sido muy grato saber la posición que su amante ocupaba en casa del marqués. Este no quiso en aquel momento descubrirla su nombre, por asegurarse de que no era amado por su título y riquezas, sino por él mismo, y al propio tiempo por tener el gusto de sorprender á su amada que quizá le creería una persona pobre y de oscura condición.

De este modo Clementina continuó en sus dudas y Alberto en su reserva hasta el regreso de don Gil, que no se verificó aquella noche, sino ocho días después. Negocios urgentísimos le retuvieron en la corte todo este tiempo. Viéronse los amantes diferentes veces, aumentándose mutuamente su cariño, pues Alberto se mostraba cada vez mas tierno, respetuoso y apasionado, y Clementina, desechando casi por completo sus tristes presentimientos, llegó á vislumbrar en lontananza un porvenir de próspera ventura.

### CAPÍTULO XXIII.

¡POBRES AMANTES!

IV.

Don Gil llegó á Valle-Real por la mañana, Clementina le recibió con alegría y con todo el cariñoso

entusiasmo que era natural en una hija tan tierna y sumisa. Hubiérale manifestado inmediatamente sus pensamientos, empero se contuvo hasta consultar con su amante el modo mas conveniente de efectuarlo.

Don Gil tenía un carácter muy reservado, severo, y poco comunicativo; rara vez asomaba á su rostro una sonrisa benévola, por lo cual Clementina, sin embargo que le quería mucho, le miraba con cierto respeto, no atreviéndose casi nunca á confiarle con la expansión y franqueza necesaria sus inocentes secretos.

Serian las cuatro de la tarde cuando don Gil salió de su casa dirigiéndose, acompañado del marido de Marta, á una alameda de su propiedad que distaba muy poco de la quinta.

— ¿Queréis que os acompañe? le preguntó Clementina desde el balcón.

— Hace demasiado calor todavía, después puedes ir á reunirte con nosotros, la dijo su abuelo saludándola con la mano al internarse en la calle de parras.

La joven permaneció largo rato pensativa contemplando las torres de Valle-Real que se distinguían á lo lejos.

— ¡Ay! ¡no se qué hacer! murmuraba Clementina. Estoy avergonzada en presencia de mi abuelo por no haberle confiado mis amores con Alberto; y no debe pasar de hoy; ¡no quiero tener secretos para él!... ¿Y además qué he de decirle?... Me pre-

guntará el nombre de mi amante, y no lo sé. Le conozco por Alberto solamente y le amo porque no he podido resistir á un impulso de mi alma. En fin, esta situacion no puede durar mucho tiempo. Haré que esta misma tarde hable á mi abuelo y al pedirle mi mano tendrá que descubrir su nombre y su posicion.

Aunque embebida la jóven en estas reflexiones, no dejó de distinguir entre los árboles de la ribera un bulto que conforme fué acercándose tomó la forma de un soberbio alazan montado por un gallardo y elegante caballero.

Detúvose junto al árbol de la esperanza, en cuyo punto y antes de desmontar agitó en el aire varias veces un lienzo blanco.

— ¡Ya está allí! exclamó Clementina abandonando el balcón precipitadamente.

— ¿Dónde vas, hija mia? ¿quieres que te acompañe? la gritó Marta viéndola atravesar con velocidad el paseo de parras.

— Aguárdame en la alameda, allá iré á reunirme con el abuelito y contigo, contestó la jóven sin detener su paso.

Poco despues, hallábanse los amantes sentados á la sombra de la gigantesca encina y tratando en seria conferencia el modo de presentarse á don Gil.

— Nunca mejor que esta tarde, querida mia, la decia Alberto; como mis intenciones son tan puras y mi único deseo es ser tu esposo cuanto ántes, anhelo vivamente hablar á tu abuelo, y pidiéndole tu mano,

acelerar el momento de nuestra dicha. Asi, pues, iremos á buscarle á la alameda cuando gustes.

— Por mi parte ahora mismo; me pesa mucho este secreto, y deseo revelársele sin demora.

— Vamos allá, exclamó Alberto levantándose.

Dirigiéronse por el camino mas corto, y atravesando senderos bien conocidos de ambos, llegaron al sitio donde se hallaba don Gil.

Marta, por distinto camino, llegó casi al mismo tiempo que ellos, y llena de curiosidad, los contempló largo rato, extrañándose sobre manera ver á Clementina acompañada de un desconocido y embebida al parecer en una conversacion íntima y cordial.

Los jóvenes continuaban sin reparar en ella, andando hácia el extremo de la alameda donde habian visto á don Gil.

Marta tuvo intencion de llamar á Clementina con su expansiva y natural franqueza, empero la contuvo la majestuosa presencia de aquel jóven que imponia respeto á primera vista, sin embargo de que aun no habia podido verle de frente.

Los fué siguiendo y avanzó algunos pasos en el sitio donde debian volverse hácia ella para atravesar una estrecha senda. En aquel momento pudo ver de lleno la figura y el rostro de Alberto.

La buena nodriza fijó la vista en él, primero con asombro, luego con espanto creciente, y por último con terror.

— ¡Es él! ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!... gritó huyendo despavorida á reunirse con su marido y con

don Gil, los que al verla toda trémula y sobresaltada la preguntaron :

— ¿Qué tienes? ¿qué ha sucedido?

— ¡Ay, señor! ¡tartamudeó confusa sin dejar de mirar á los amantes que se acercaban á lento paso, vedle!... ¡Vedle, don Álvaro de Peñaranda está con Clementina!... ¡ya se acercan!... ¡miradlos!... ¡el infame ha venido del otro mundo á asesinar á la hija como lo hizo con la madre!...

— ¿Qué dices, mujer? ¡tú sueñas!... murmuró don Gil mirando á los jóvenes, no pudiendo á su vez reprimir también un movimiento de terror que se retrató en sus severas facciones.

Clementina y Alberto estaban en su presencia; tímida y ruborosa la primera, bajó los ojos ante la escrutadora mirada de su abuelo; por su parte el joven marqués de Valle-Real, sin alterarse en lo mas mínimo y con un ademán lleno de nobleza y dignidad, saludó al anciano con respetuosa deferencia.

Este se puso pálido al contemplar cerca de sí al gallardo joven. Debió sentir en su corazón un fuerte impulso de mal contenida cólera, porque, sin devolverle su saludo, le preguntó con voz alterada y convulsa :

— ¿Quién sois?

— Don Álvaro de Peñaranda... murmuró Marta asiéndose con terror al brazo de su marido.

— Quita, mujer : ¡tú estás loca!... la dijo Pedro apartándola de sí y acercándose con el sombrero en la mano á saludar respetuosamente al caballero que tan profunda impresion hizo en ella.

— Buenas tardes, señor marqués, dijo Pedro.

— ¡Señor marqués! murmuró Clementina mirándole admirada.

Don Gil, sin hacer caso de la exclamacion de su nieta, preguntó á Pedro :

— ¿Conoces á este caballero?

— Es el señor marqués de Valle-Real.

— ¿Es cierto lo que escucho?

— Sí, señor, repuso Alberto; empero, como este título ha recaído en mí á consecuencia del fallecimiento de un pariente lejano que le poseía, no es fácil conozeáis por él á mi ilustre familia, si no os doy mas pormenores.

— Decid.

— Antes expondré el objeto que me conduce á vuestra presencia.

— Dispensad, exclamó don Gil interrumpiéndole. Vuestra asombrosa semejanza con una persona que tengo motivos para odiar, es tan admirable, que no puedo reprimir mi curiosidad; y así os ruego tengáis la bondad, ante todo, de informarme de vuestra familia.

— Soy huérfano; mis padres murieron léjos de España dejándome en la infancia solo y dueño de su título y sus haciendas, y de las que posteriormente han recaído en mí con el marquesado de Valle-Real.

— ¿Y cómo se llamaban vuestros padres?

— Mi madre era doña Blanca de Cambrero, marquesa de Casarosas y dama de honor de la reina.

— ¿Y vuestro padre?

— Don Álvaro de Peñaranda, gentil-hombre de S. M.

— ¡ Su hijo ! murmuró don Gil con una profunda expresion de odio y cubriéndose la cara con las manos.

— ¡ El hijo de don Álvaro ! balbuceó Marta y continuó diciendo á média voz : por eso le he confundido con él ; si se parecen como dos gotas de agua, ¡ tiene hasta el lunar que tanta gracia le hacia á mi infeliz señora !...

Alberto miraba con asombro á unos y á otros ; Clementina parecia una estatua ; pálida, apoyada en el tronco de un árbol, quedó inmóvil aguardando el resultado de aquella escena.

Don Gil fué el primero que rompió el silencio : dominó su alteracion haciendo un penoso esfuerzo ; con un ademan imperioso mandó retirar á Marta y su marido, y estos se dirigieron tristemente hácia la quinta.

Luego, volviéndose hacia el marqués, le preguntó :

— ¿ Me buseabais, no es verdad ?

— Sí, señor.

— ¿ Y en qué puedo complaceros ?

— Vengo á pedirlos la mano de vuestra nieta.

— ¿ Para quién ?

— Para mí, deseo hacerla mi esposa, nos amamos con la mas dulce ternura.

— ¡ Para vos ! para el hijo de don Álvaro ! jamas !...

Don Gil, trémulo de cólera, cogió á Clementina de un brazo y la gritó con voz de trueno :

— ¡ Insensata ! ¿ qué has hecho ?... ¿ desde cuando le amas ?... decid, pronto, decid....

— ¡ Dios mio ! murmuró la jóven sollozando y sin poder articular palabra.

— Calmaos, señor don Gil, dijo Alberto ; ignoro la causa de ese arrebató y puedo deciros que en mi proceder desde hace ocho dias que conozco á Clementina, ha reinado la mayor lealtad ; mis intenciones han sido las mas puras que puede abrigar un caballero y mi único deseo es hacerla mi esposa, por lo cual aguardé vuestro regreso con impaciente anhelo.

— ¡ Nunca ! ¡ Clementina no puede ser vuestra esposa !...

— ¡ Y si nos amamos con delirio !...

— ¡ Que ese funesto amor se borre de vuestra alma para siempre ! ¡ os lo mandó en nombre de Dios !...

El acento grave y solemne del anciano hizo temblar á los jóvenes, que se miraron confusos.

— ¡ Explicadnos al ménos !...

— Ven, hija mia, ven, exclamó don Gil cogiendo el brazo de su nieta y arrastrándola tras de sí.

— ¡ Os seguiré al fin del mundo !... murmuró Alberto.

— ¡ Os lo prohibo !... ¡ caballero, retiraos !... dijo el anciano deteniéndose y con un ademan lleno de majestuosa nobleza.

— Decidme siquiera una palabra que calme mi ansiedad ; y por qué menegáis la mano de Clementina.

La explicacion de mi negativa os la daré en vuestra casa ; aguardadme allí ; en tanto juzgad como un sueño vuestros amores y sepultad el recuerdo de mi nieta en el mas profundo olvido.

— ¡ Ah ! ¡ su amor es mi vida !...

— ¡ Su amor es vuestra muerte !... exclamó don Gil cogiendo en sus brazos á Clementina que se habia desmayado y conduciéndola á su casa.

Alberto, anonadado, los siguió con la vista y lleno de dolor exclamó :

— ¡ Adios, amada mia !... ¡ adios, si una mano cruel nos separa, el destino volverá á reunirnos, pues nuestro amor tiene por término el altar ó la tumba !...

## CAPITULO XXIV

### SEPARACION.

V.

Cuando la infeliz y acongojada Clementina volvió de su desmayo, se encontró en su lecho ; á la cabecera estaba su abuelo inmóvil y silencioso.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio !... murmuró la jóven recordando su situación y rompiendo en un prolongado sollozo.

— ¿ Cómo te sientes, hija mia ? la preguntó don Gil.

— Tengo el corazon oprimido, y quisiera llorar para desahogarme.

— Llorá, pues, Clementina, y olvida luego tus dolores.

— ¡ Ay ! ni uno ni otro puede ser ; no hay lágrimas en mis ojos ni olvido en mi corazon, para ese interesante episodio de mi existencia. Ya, sin Alberto, no puede haber para mí felicidad ni sosiego.

— Te prohibo de una manera absoluta, terminante, y usando de toda la autoridad que tengo sobre ti, que vuelvas á pronunciar ese nombre, ni á pensar en esos amores que debes juzgar como un sueño de tu fantasía.

— ¿ Pero decidme por qué ?

— ¡ Silencio ! ni una palabra mas ; el porqué lo sabrás á su tiempo.

Clementina calló amedrentada por el imponente tono del anciano y mas aun por su severo aspecto.

Don Gil abandonó el dormitorio y desde el gabinete inmediato estuvo dando á los diferentes criados que entraban y salian várias órdenes, haciendo trasladar ropas y objetos ; por lo cual hubo de comprender la jóven que se trataba de un viaje precipitado.

Se incorporó en la cama y hallándose completamente vestida, se fué deslizando despacio hasta colocarse en un sitio desde donde pudo observar todas las operaciones. Cuando se convenció de la certeza de su sospecha, sintió un dolor agudo, que casi volvió á trastornarla.

— ¡ Oh ! cuán desgraciada soy ! murmuró dejándose caer con desaliento en un sitial. ¿ Qué he hecho, Dios mio, para merecer esta suerte tan cruel ? ¡ Alberto !... Alberto ! ya no te veré mas, pero en mi alma queda grabada tu imágen para siempre, ¡ no es posible olvide tu amor !... ah ! nunca !... sin tí, la existencia me es odiosa.

Al llegar aquí de sus tristes reflexiones tendió la vista en su derredor y vió el ramo de flores que su amante dejó en la ventana la noche de la serenata. Sin embargo del prolijo esmero con que había sido cuidado, estaba casi marchito. Le cogió, y besando sus hojas con amoroso éxtasis volvió á exclamar :

— ¡ Flores queridas ! ¡ tiernas mensajeras de sus sentimientos apasionados, sed mi consuelo, y unidas con su retrato y su cinta no os separéis de mi corazón !... ¡ fortalecedle y dadme fuerzas para sufrir esta dolorosa separación !... ¡ Ausencia cruel ! ¡ que será eterna quizá ! ¡ El carácter de mi abuelo es inflexible y no puedo esperar piedad !... ¡ Nuestra esperanza está en el cielo ! ¡ allí nos reuniremos, Alberto mio, y bendecidos por mi madre gozaremos la dicha de los ángeles !...

¡ Pobre Clementina !

Se resignó cual una mártir á sufrir una vida de amargura y de tormentos, y sin ser dueña de su voluntad se dejó conducir maquinalmente al carruaje que los aguardaba á la puerta de la quinta.

En muchas horas no salió de su aletargamiento, nada veía en torno suyo, su combatida imaginación presentábala de continuo ante los ojos un porvenir sombrío, cruel y tan triste como el de su madre.

Recordaba con terror aquel sueño fatal en que una voz fatídica repitió á su oído « jamás será tu esposo » y que por una extraña fatalidad convinieron con las que pronunció su abuelo al separarlos para siempre.

Muchas horas debieron estar en camino ; Clemen-

tina tampoco de esto supo darse razón ; sin embargo, no pasó desapercibido á sus ojos que el sol se ocultó dos veces en el ocaso y todavía no pudo dar descanso á sus miembros, ni halló el mas leve término para la lucha de su espíritu.

Nosotros, lectores míos, nos adelantaremos ; pues, ántes que lleguen los viajeros, quiero conozcáis el paraje adonde el severo anciano conducía á su nieta con ánimo quizá de cortar de raíz un mal que no tenía remedio.

Con el nombre de Villacotin, se conocía en los tiempos á que mi historia se refiere una bonita y alegre aldea situada á una corta distancia de Madrid.

Está á la derecha de la carretera de Castilla, y medio escondida en el fondo de un valle, por el que cruza travieso y jugueton un cristalino riachuelo que, sin dejar su nombre de modesto arroyo, toma no obstante en invierno los honores de río.

Villacotin compónese apenas de ochenta casas, siendo la mejor de ellas, y por lo cual sus habitantes la denominan *el palacio*, una que descuella entre todas por su segundo piso y un hermoso mirador, requisitos de que carecen las demas que únicamente se componen de una planta baja.

Ahora bien ; esta casa ó palacio, como queramos llamarle, pertenecía á don Gil del Manzanar, y le habitaba una hermana de Marta la nodriza de Clementina.

La señora Genoveva, este es su nombre, se casó un año ántes que Marta con un labrador llamado Ansel-



mo, el cual murió desgraciadamente dejando á su infeliz esposa sumamente pobre y con dos hijas. Don Gil, que apreciaba mucho á Genoveva por su carácter laborios y recto, la protegió, dándola por un módico arrendamiento la bonita y saneada hacienda que poseía en Villacotin, y toda la planta baja del palacio.

Los jardines de esta hermosa casa, prolongábanse hasta fuera de la aldea, quedando una de sus puertas de salida, casi frente por frente de una ermita de la Soledad que veneran con especial devoción los habitantes de Villacotin.

Genoveva tenía, según hemos indicado, dos hijas, que en la época que venimos á encontrarla, son ya casaderas, y las cuales, si bien son ambas bellas y agraciadas, forman dos tipos enteramente opuestos por su figura y sentimientos.

Ines es la mayor, y ha recibido de su buena madre el mismo carácter bondadoso y dulce. Tiene igualmente que aquellos rubios, tez blanca y satinada, que forma un precioso contraste con sus ojos oscuros de mirada lánguida y penetrante. Su fisonomía es tan expresiva, que seduce, y tan brillantes las cualidades que distinguen á esta hermosa jóven, que es imposible verla una sola vez sin amarla y sin sentirse atraídos por su encantadora bondad.

Dolóres es la hija menor de Genoveva, y para desgracia suya y ajena, posee un alma tan pequeña y raquítica como su cuerpo.

Aunque de corta estatura, es sin embargo bastante

linda; rubia, con ojos azules, de mirada torva, en la que se pinta toda la malignidad de su corazón. Sumamente envidiosa y malintencionada, con un genio áspero y desapacible, forma un conjunto desagradable al lado de su madre y hermana, que son la amabilidad por excelencia.

Ines estaba sentada en el jardín á la sombra de un laurel. Ocupábase en bordar á hurtadillas una petaca. Tiene un libro de poesías sobre la falda y á cada momento lo coge ocultando la labor, temerosa de que la sorprendan. En uno de estos momentos, vió abrirse la puerta de las habitaciones interiores, apareciendo en ella Dolóres, que echó á correr por una calle de tilos gritando:

— ¿Ines, Ines, dónde estás?

— Aquí, hermana, á la sombra del laurel.

— ¡Jesus! siempre te vas escondiendo; vamos, señora filósofa, á ver si quieres dispensarnos el obsequio de venir, pues tenemos huéspedes.

— ¿De veras? ¿y quiénes son las amables personas que tienen la bondad de favorecernos? preguntó Ines con dulzura.

— ¡Sí; buen favor te dé Dios! á darnos mas guerra que un regimiento. Acaba de llegar un criado con una carta de don Gil en la cual nos anuncia llegará esta noche con su nieta á hospedarse en nuestra casa.

— ¡Cuánto me alegro! tenía vivos deseos de conocer á Clementina.

— ¿Te alegras? pues yo no.

¿Y por qué? Antes debes celebrarlo; estos señores

de tan recomendables cualidades, á quienes nuestra madre aprecia mucho, nos han protegido, dejándonos esta casa y su hacienda, con lo que disfrutamos tan agradable bienestar, y á no ser por esto Dios sabe cuál sería nuestra suerte habiéndonos dejado padre al morir en la mayor miseria.

— ¡ Vah!... ¡ lo que es eso no se lo agradezco!... ellos no podían cultivarla por sí y lo mismo les daba dejárnosla á nosotros que á otro cualquiera.

— Eres muy desgraciada, y no te acuerdas de tantos favores como debemos á esa digna familia.

— Vaya, déjate de sermones y dime : ¿ será muy hermosa esa señorita? si se parece á su abuelo, tan secucho, con aquellos bigotes canos y aquel gesto avinagrado que no le abandona un momento, no debe ser muy simpática.

— Creo te engañes en tu juicio, pues he oído decir muchas veces á madre, que doña Elisa era de una belleza portentosa y que se le parecía mucho su hija Clementina.

— También tengo entendido que esta señora no fué muy feliz y no sé qué lance hubo de pasarla por ser demasiado crédula.

— ¡ Pobre señora! bien caro pagó su amor y su credulidad.

— Bien empleado la estuvo : ¿ quién la mandaba casarse sin permiso de su padre y mientras la ausencia de este? tales casamientos no pueden salir bien.

— Calla, Dolóres, no injurias la memoria de tan digna señora. Nosotras debemos respetar su desgracia y rogar á Dios por su eterno descanso.

— No sería yo mala tonta en rezar por quien no me va ni me viene ; bastante tengo con padre y los demás difuntos de la familia.

— ¡ Ay, Dolóres!... qué carácter tienes tan poco compasivo.

— No, que seré tan tonta y melindrosa como tú.

— Vaya, haz el favor de dejarme en paz y vamos á disponer lo necesario para recibir á esos señores.

— Lo que es yo no me cansaré mucho, disponlo tú que tanto te alegras de su venida.

— Tan indiferente me es tu cooperacion como tú misma. Eres incorregible.

— Con tus sermones de moral voy á enmendarme.

Ines sin hacerla caso, se dirigió adonde estaba su madre, y entre las dos arreglaron las habitaciones que debían ocupar don Gil y Clementina, sin que nada faltase para su descanso y comodidad.

Entre tanto Dolóres ocupó el sitio que acababa de dejar su hermana, y pretendiendo remedarla, tomó el libro que había quedado sobre la arena. Leyó unos cuantos versos sin comprenderlos, hasta que cansada le arrojó lejos de sí exclamando :

— ¡ Vah, está visto que no sirvo para filósofa, porque la lectura me da sueño!...

## CAPÍTULO XXV.

### LAS DOS AMIGAS.

La tarde del mismo día en que hemos presentado á nuestros lectores la familia de la señora Genoveva, llegaron los viajeros. Era cerca de anochecer, y apenas tomaron asiento en una salita baja con rejas al jardín, se presentaron Ines y Dolóres á obsequiar y acompañar á los amables huéspedes, siéndoles á poco servida con la mayor finura una opipara cena.

La señora Genoveva no se cansaba de hacer cumplidos elogios de la hermosura de Clementina, lo cual apoyaba Ines con la mas franca sinceridad, no sucediendo lo propio con Dolóres, la que desde luego puso un gesto desapacible al contemplar la notable belleza de la jóven. Su carácter envidioso no podia tolerar en otra la mas pequeña sombra de superioridad.

— Permittedme, hija mia, que os abrace una y mil veces, decia llorando la bondadosa Genoveva y sin poder apartar sus ojos de Clementina. Mis lágrimas os afligirán acaso, pero son hijas de mi cariño y del

incesante recuerdo que tengo de vuestra noble madre, de la que sois su vivo retrato.

Conmovida Clementina con las demostraciones de aquella buena gente, dió una leve tregua á su dolor para corresponder á ellas, mirando á Ines desde el primer momento con un impulso de irresistible simpatía.

Despues de haber girado la conversacion sobre memorias pasadas y otras várias cosas, insinuó la señora Genoveva á don Gil, lo conveniente que seria retirarse á descansar.

— Yo por mi parte, contestó el anciano, aun permaneceré aquí disfrutando el agradable ambiente de los jardines; Clementina necesita descanso y puede retirarse.

— ¡ Oh ! sí, murmuró esta; aprovecharé con mucho gusto vuestro permiso.

— En ese caso, acompañad vosotras á esta señorita, dijo la señora Genoveva á sus hijas.

— ¿ Para qué se han de molestar las dos? basta con que Ines tenga la bondad de enseñarme el aposento que me hayáis destinado.

Clementina al decir esto asió el brazo de su nueva amiga, temerosa de que otra disposicion contrariase su deseo. Dolóres, mordiéndose los labios de coraje, permaneció clavada en su asiento y correspondió con un irónico gesto al atento saludo que dirigió Clementina á los circunstantes.

— No me dejéis ni un momento, dijo la nieta de don Gil á Ines, luego que salieron con direccion al piso principal donde tenia sus habitaciones.

— Tendré en ello mucho gusto, señorita.

— Ni me llaméis tampoco señorita; llamadme amiga, hermana, cualquier término cariñoso que me demuestre vuestra simpatía. ¡ Ah! ¡ tengo tanta necesidad de que me quieran!...

— Pues contad con mi sincero cariño, el que os ofrezco tan espontáneo y puro como el mas grande y fraternal sentimiento.

— Gracias, amiga mía; mi querida Ines, no en vano os he elegido por compañera, sintiendo por vos una irresistible simpatía.

Estas palabras fueron pronunciadas dentro ya de la primera pieza que la habian destinado, y era una salita pequeña, sencillamente amueblada. Tenia dos balcones desde los que se dominaba la carretera de Castilla. Enfrente estaban las alcobas que debian servir para ambas.

Una suave y plateada luna iluminaba por completo el aposento.

— ¡ Oh! ¡ qué hermosa noche! murmuró Clementina acercándose al balcon de su dormitorio y recordando con pena aquella en que, por primera vez, escuchó las dulcísimas canciones de Alberto.

Antes de entregarse al descanso que tanto necesitaba y hallándose sola, se dejó llevar de sus tristes cavilaciones, y por fortuna suya el llanto, largo tiempo comprimido, brotó á raudales de sus ojos, con lo que desahogándose algun tanto su acongojado corazon, pudo al fin conciliar un sueño bastante apacible, si no del todo tranquilo.

Amaneció el siguiente dia y pasaron tres mas uniformes y monótonos sin ningun incidente digno de notarse.

El mutuo y tierno cariño de las dos jóvenes, creció de manera que no se separaban ni un minuto. Dolóres nunca pudo alternar con ellas en sus solitarios paseos y secretas conversaciones, por lo cual estaba celosísima y se propuso vengarse, espiondo todas sus acciones hasta sorprender el secreto que no podia dudar existia entre las dos.

Don Gil llegó casi á tranquilizarse por completo al ver que la fisonomía de su nieta recobraba la calma, creyéndola enteramente curada de su funesta pasion. Por lo tanto y atendiendo á lo bien que se encontraba en Villacotin y lo á propósito que era la aldea para no ser descubiertos por el marqués, se propuso installarse en ella, si no definitivamente, por lo ménos todo el verano.

Un dia, manifestando á Clementina su resolución, la dijo:

— ¿ Hija mia, estás dispuesta á otorgarme una promesa que voy á exigirte?

— Mi deseo es complaceros.

— Antes quisiera saber el estado de tu corazon; dime, pues, ¿ has conseguido olvidar el amor de Alberto?

Clementina bajó la mirada al suelo, y una lágrima ardiente y silenciosa que se deslizó á lo largo de sus mejillas, al propio tiempo que se escapaba de su pecho un profundo suspiro, demostraron al anciano con claridad lo que pretendia saber.

— ¿No me respondes? dijo, ¿luego le amas todavía?

— Mandadme cuanto queráis, siempre que vuestras órdenes puedan ejecutarse por mi voluntad ó mis sentidos, y os obedeceré sin replicar, pero no me mandéis olvidar, porque no puedo dictar leyes á mi corazón, ni arrancar su imagen de mi pecho.

— ¡Desgraciada! ¿Tanto le amas?

— ¡Ah! fué mi primero y último amor.

— Debes, hija mía, hacer un esfuerzo supremo por dominar ese sentimiento. Nunca podrás ser su esposa, os separa una barrera insuperable, y de otro modo vuestro amor es un crimen.

Explicadme por Dios ese misterio.

— Hoy no puedo; para decírtelo necesito saber y convencerme de que ya no le amas, y para decírselo á él, estoy recogiendo datos indispensables, que inmediatamente le harán desistir de su propósito retirándose á un paraje donde no os volváis á ver.

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

— Valor, hija mía; el obstáculo que os separa es tan grande, tan inmenso, que no hay esfuerzo ni humana voluntad para vencerle.

— ¿Y qué haré, triste de mí?

— Olvidarle.

— No puedo.

— El tiempo todo lo borra; prométeme que no le escribirás, que no darás paso alguno para descubrirle tu paradero, y quedaré satisfecho. Esta promesa que exige de tu corazón, es por tu felicidad, por asegurarte un porvenir, si no dichoso, tranquilo al ménos y sin remordimientos.

— ¡Me es imposible prometer nada!...

— Te lo mando por la sagrada memoria de tu madre y la exijo en su nombre.

La voz del anciano tenia cierta solemnidad que intimidó á la jóven y no pudo ménos de prometer cuanto de ella se exigia.

¡Ay! promesas arrancadas por la severidad y el temor á una niña tímida, inocente y apasionada, ¿quién puede asegurar que se cumplirían? Sin embargo, la infeliz Clementina hizo un esfuerzo supremo por obedecer al anciano, combatió en su pecho aquel amor que la ausencia acrecentaba, y fiel á su palabra no dió paso alguno por saber de Alberto, ni pretendió informarle del sitio adonde la habian conducido.

Al llevar á cabo esta resolución, tuvo que sufrir muchísimo, y aquel sufrimiento, sordo y comprimido, imprimió pronto sus huellas en aquel hermoso rostro, en el que se retrataba su tristeza profunda.

El sonrosado brillo de sus mejillas desapareció por completo, sustituyéndole una mortal palidez. Sus ojos negros, grandes, de mirada dulce, penetrante, estaban hundidos y apagados, brillando solamente á intervalos por el fulgor de una fiebre lenta y penosa, que iba alterando su salud y combatiendo poco á poco su débil naturaleza.

Conoció que para ella no habia otro remedio que Alberto ó la muerte, y se resignó á morir como un mártir, despues de haber luchado en vano por des-

errar de su alma aquel amor que aniquilaba y destruía su salud y su vida.

Ines llegó á comprender el motivo de la tristeza de Clementina, y aunque no la fué revelado todo el secreto, supo lo bastante para emplear constantemente todo su cariño en dulcificar aquella amarga y continua melancolía.

Hallábanse una tarde paseando por la márgen del florido arroyuelo que, atravesando la aldea, cruzaba también por los jardines de la casa de Genoveva.

— ¡ Amiga mía ! dijo Ines á Clementina, tu tristeza crece con el tiempo, y me aflijo porque no hallo recursos en mi mente para calmarla.

— ¡ Y si quieres un imposible !

— Yo estaba casi convencida que no hay imposibles para una voluntad firme y decidida, pero estoy tocando el desengaño.

— ¡ Vaya si los hay ! por ejemplo, segun dice mi abuelo, mi union con el hombre que amo es absolutamente imposible.

— No hagas caso; existirá ese obstáculo en su mente, porque no le convenga vuestra boda. También mi madre me prohíbe amar á Tirso, y á todas horas clama que es imposible nuestro casamiento.

— ¡ Pero tú le escribes y sabes de él ?

— Eso sí, y viene también á verme.

— ¡ Qué hace en Madrid ?

— Está de secretario en casa de un marqués.

— ¡ Y tu madre os niega su consentimiento ?

— Pero de una manera terminante; luego tiene

un carácter tan severo, que no se la puede contradecir ni darla razones de ningún género.

— ¡ Y en qué se apoya ?

— En nada. Dice que tiene sus motivos para prohibirme amarle, y hace un gran empeño por que me case con un primo mio, á quien, dicho sea de paso, no puedo ver ni en estampa.

— Aquí tenemos otra como la de mi abuelo; sin darnos explicaciones, se contenta con decir: « vuestro amor es imposible, borradle del corazón, » como si fuera tan fácil dar órdenes como arrancar un sentimiento que se ha grabado en el alma con indeleble raíz.

— No te canses ni pierdas la esperanza, esas son aprehensiones, consecuencias naturales de su edad.

— El caso es que yo sufro mucho: he prometido olvidarle, y léjos de conseguirlo, le amo cada vez con mas delirio.

Clementina, al decir esto, dejó correr de sus ojos lágrimas abrasadoras, y apoyando su cabeza en el seno de Ines buscó en su dulce amistad un grato consuelo á sus acerbos dolores.

— No te aflijas, querida Clementina, ni pierdas nunca la esperanza. La oposición de tu abuelo debe dimanar de su odio al padre de tu Alberto; con el tiempo, y al ver la constancia de vuestro amor, acaso se extinga y consienta en haceros felices.

— Conozco que la causa debe ser esa, pues cuando Alberto le pidió mi mano, contestó: « para el hijo de don Álvaro, jamas, » y al propio tiempo, manifestó hácia él un odio profundo.

— Pues no temas, que todo se borra con el tiempo.

— Tiene mi abuelo un carácter demasiado inexorable para olvidar sus odios con facilidad.

— ¿Y qué culpa tiene el hijo de las faltas de su padre?

— Y qué quieres, esto no se puede discutir con él, se pone furioso y no hay mas remedio que callar y morir de tristeza.

— Vamos, lo mismo que mi madre; parece que los han cortado por un patron.

Una criada llegó á interrumpir la conversacion de las jóvenes.

— ¿Qué traes, Marcela? dijo Ines.

— Esta carta que me ha dado el criado de don Tirso para que os la entregase.

— Te lo agradezco infinito, dijo la joven con alegría.

— Me voy corriendo, no me sorprenda la señorita Dolores, que siempre está en acecho, y se lo diga á vuestra madre.

— Sí, Marcela, véte; yo sabré recompensar tu lealtad.

El contento de Ines era extremado; pero supo ocultarle á su amiga, por no aumentar su tristeza.

— ¿Es de tu amante? la dijo Clementina.

— Sí; me anuncia que le espere esta noche en la reja: como mañana es domingo, ha pedido permiso, y viene á pasar aquí el día.

— Mucho me alegraré conocerle.

— ¡Es tan bueno!... yo no sé por qué mi madre le odia; sin duda porque nunca quiso bien á su familia.

— ¿Es de este pueblo?

— Aquí nació. Sus padres eran riquísimos, pero fueron tan derrochadores, que en poco tiempo perdieron todo su caudal, y al morir dejaron á Tirso, único hijo que tenían, en disposicion de sostenerse á costa de su trabajo.

— Ahí tienes la causa de la oposicion de tu madre. Creerá que vas á ser infeliz, si el hijo sigue el sistema de su padre.

— Por eso y porque mi primo es labrador, y le conviene mucho su alianza conmigo, para que se encargue de las continuas tareas que esta profesion nos proporciona.

— ¡El interes! ¡su propio egoísmo! acaso sea idéntica la causa en que se funda mi abuelo. Á su edad, el corazon no siente, está frio, porque ha perdido el calor que en la juventud le prestan las pasiones, y juzgando por sí mismos, nos sacrifican sin remordimiento alguno, firmemente persuadidos de que cumplen su deber. ¡Ay! ¡para juzgar con acierto, el corazon no debia nunca envejecer!...

## CAPÍTULO XXVI.

### VISITA NOCTURNA.

Ines habló con su amante aquella noche, según habia manifestado á Clementina; su conferencia duró largas horas, y tocaron varios puntos, extendiéndose sobre todo en lo referente á la desgraciada nieta de don Gil.

Tirso, que era un muchacho muy amable, instruido y de mucho talento, indicó á su amada su deseo de conocer á Clementina, y convinieron en verse al siguiente dia en la primera misa que se celebrase en la iglesia.

Con efecto, sucedió según lo habian dispuesto. El jóven y gallardo amante de Ines se colocó cerca de la puerta con objeto de verlas entrar y ofrecerles el agua bendita, lo cual hizo efectivamente sin tener el gusto de poder hablarlas, porque iban acompañadas de don Gil y de Dolóres.

Se contentó con dirigir á Ines una tierna mirada, que le fué devuelta del propio modo, demostrando

su muda expresion el tesoro de amor que en sus corazones se escondia.

Á Clementina la miró con atenta curiosidad, y quedó pensativo creyendo reconocer aquellas hermosas facciones marchitas por la tristeza y el dolor. Sin poderlo remediar, desde aquel momento sintió una secreta simpatía por la pálida y triste niña, que cual una mártir sobrellevaba sus dolores con una santa resignacion, aunque el mal estaba encarnado en su alma y no podia destruirse.

— ¡Ah! se decia Tirso, yo conozco á esta hermosa jóven, no puedo dudar que la he visto, pero ni recuerdo dónde ni en qué época. Su fisonomía no me es desconocida, ni tampoco esa expresion de melancólica bondad que tanto la distingue.

Se concluyó la misa, los circunstantes salieron, y Tirso, despues de haber cambiado con su amada un signo de inteligencia, se retiró á su casa pensando en Clementina.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad y el silencio. Las calles de Villacotin estaban completamente desiertas; solo en una, próxima á la carretera, dibujábase la sombra de un hombre que se paseaba á lo largo de la tapia donde caía el balcon de la habitacion que ocupaban Ines y Clementina.

Suena un pequeño ruido; una ventana del piso bajo se abre, y aparece en ella Ines. Al distinguir la sombra de su amante, dijo:

— Tirso, amigo mio, ¿eres tú?



— Sí, yo, que espero hace dos horas acompañado de mi impaciencia.

— Y qué quieres, no he podido venir ántes; esa pobre Clementina sufre tanto, que no me parece bien separarme de su lado hasta que la dejo dormida.

— Aplaudo tu modo de pensar; y con todo, sentía tu tardanza porque tenemos muy pocos minutos para hablarnos; como esta es la visita de despedida, hubierame sido grato prolongarla.

— ¿Cómo de despedida? ¿acaso no volverás el domingo?

— Creo que no: el marqués me ha mandado prepararme para emprender un largo viaje, y debo estar en Madrid ántes de amanecer.

— ¡Oh Dios mio! ¿y no sientes esta ausencia?

— Con toda mi alma; pero la gratitud y el deber me encadenan al marqués, y no puedo abandonarle precisamente cuando mas necesita los consuelos y cuidados de mi tierna solicitud.

— ¡Cuánto le amas!

— Mucho, Ines; le debo mi posición, mi fortuna; sin él nada soy, nada valgo, y si he de conseguir ser tu esposo debo permanecer á su lado.

— Tienes razon, no seré yo quien pretenda apartarte de la senda que te señala el deber.

— Sin embargo, ántes de marcharnos apuraré todos los medios para retenerle en Madrid, y en último caso le confesaré mi amor; su padecimiento dimana de igual causa, y quizá tenga lástima de mí.

— Si está enamorado, es una ventaja, porque comprenderá nuestros dolores.

— ¡Es tan infeliz!... y como la desgracia, igualmente que la felicidad, suele á veces tornar egoistas los corazones mas sensibles, temo no haga caso de mis quejas.

— Parece que la suerte nos destina á presenciar las amarguras de amantes desgraciados; tú al lado del marqués le alientas y consuelas, yo cerca de Clementina procuro distraer á todas horas su acerba melancolia.

— Si pudieran reunirse, se consolarían mutuamente.

— ¿Sabes que sería una magnífica idea? Hazle venir, á ver si consigues distraerle de ese malhadado viaje que nos va á separar.

— Puede ser que lo intente. Le diré que entre los laureles de este escondido valle suspira otra victima de amor; le pintaré con los mas vivos colores su hermosura y su dolor, y acaso éntre en deseos de conocerla.

— ¡Oh! sí, ¡ hazlo y nos hemos salvado!...

La luna espléndida y hermosa apareció en el oriente iluminando con sus fulgidos rayos á los venturosos amantes que absortos en su conferencia no sentían trascurrir las horas.

Ines estaba muy bella; las trenzas de sus largos y negros cabellos caían en descuido por sus hombros; Tirso, apoderándose de ellas las besaba con dulce ternura.

— ¡ Ay, Ines mia! ¡ cuánto siento separarme de ti!..

— ¿ Ya te vas?

— Es preciso; aunque mi alma queda en Villacotin, el deber me llama á la corte.

— Tienes razon; separémonos; aprenderé de Clementina á sufrir con resignacion y paciencia.

— Traeré pronto al marqués si puedo convencerle, á ver si tiene el poder de calmar los tormentos de esa pobre flor que se consume lentamente.

— Acaso los alivie; calmarlos del todo es imposible. Su amor es de tal naturaleza, que no consiente olvido, ni admite sustitucion de otra persona. Todos los hombres están demas en el mundo para ella, solo Alberto domina sus sentidos.

— ¡ Alberto! ¿ has dicho Alberto?

— Sí; es el nombre de su amante.

— ¿ Y no sabes mas?

— No; nunca me ha dicho su apellido ni su posicion.

— ¡ Qué rara coincidencia! tambien el marqués se llama Alberto.

— ¿ Será posible? ¡ Oh! ¡ si fuera él, qué sorpresa tan grata la daríamos!...

— Infórmate de todo minuciosamente; yo de todos modos volveré mañana.

— Entónces, adios; no quiero detenerte.

— Adios, amada mia; no me olvides.

— ¡ Olvidarte! ¡ cruel!...

— ¡ Adios!...

Su último adios se perdió entre las brisas de la noche. Tirso, montando en su caballo, partió á escape

cruzando con rapidez los olivares de Villacotin.

Ines cerró la ventana, y al ir á salir del aposento vió una ligera sombra deslizarse por la galería, y encontró abierta la puerta que habia dejado cerrada.

— ¡ Ah! murmuró con desaliento. Me espian; han estado escuchando mi conversacion. ¿ Pero quién puede ser?

Absorta en este pensamiento, subió á su habitacion y se dirigió á su alcoba sin hacer ruido. Clementina tenia luz en la suya, lo cual hubo de extrañar Ines, y se acercó á preguntarla si estaba enferma.

— Ines, ¿ estás ahí, querida mia? preguntó Clementina al sentir la aproximacion de su amiga.

— Yo soy, que vengo cuidadosa á informarme de tu salud.

— Me encuentro bien; pero he pasado mucho miedo por ti.

— ¿ Por qué?

— Apenas te marchaste dejándome dormida, desperté con sobresalto, oyendo un ruido extraño en la sala. Me levanté, y á la luz de la luna vi á Dolóres que registraba tu alcoba, y no encontrándote se asomó por el balcon; sin duda os vió en la reja, porque se marchó abajo corriendo.

— Yo he conocido que nos escuchaban, pero no pude figurarme fuese ella; y lo siento, porque hemos hablado de ti.

— ¡ De mi! ¿ y qué habéis dicho?

— Muchas cosas.

— Dimelas.

- Díme tú ante todo el nombre de tu amante.  
— Alberto, ¿ no lo sabes ?  
— ¿ Y no tiene un título ?  
— Sí, es el marqués de Valle-Real.  
— ¡ Oh qué felicidad ! ¡ es el mismo !...  
— ¿ Pero quién ?  
— El marqués á quien Tirso sirve de secretario.  
— ¿ Qué dices ? ¡ Tú estás loca !...  
— ¡ Sí, loca de alegría !... mañana vendrá con mi amante... y le verás.  
— ¡ Oh Dios mio !... ¡ será posible !... ¡ Alberto !  
¡ Alberto !...

Las dos amigas pasaron la noche estrechamente abrazadas.

## CAPÍTULO XXVII.

### LA SORPRESA.

#### VIII.

Apénas la rubia aurora comenzaba á iluminar los campos con su luz diáfana y pura, cuando las dos jóvenes amigas se paseaban por el jardín.

El cariño y la confianza que se inspiraron mutuamente, habia llegado al mayor extremo ; no se apartaban una de otra, ni sentían el mas leve pensamiento sin que se lo comunicasen.

La envidia y el coraje de Dolóres por aquella intimidad de que no participaba, iban en aumento, de igual modo que la desconfianza hácia ella, de quien se guardaban con el mas minucioso cuidado.

— ¡ Cuán bella está la mañana ! ¡ qué apacible ! este fresco ambiente y el blando gemir de ese riachuelo me recuerdan con placer mi delicioso valle, dijo Clementina sonriendo con alegría, acaso por primera vez desde que estaba en Villacotín.

— ¡ Oh ! ¡ gracias á Dios, querida mia, que por fin veo asomar la sonrisa á tus labios y la animacion á

- Dime tú ante todo el nombre de tu amante.  
— Alberto, ¿no lo sabes?  
— ¿Y no tiene un título?  
— Sí, es el marqués de Valle-Real.  
— ¡Oh qué felicidad! ¡es el mismo!...  
— ¿Pero quién?  
— El marqués á quien Tirso sirve de secretario.  
— ¿Qué dices? ¡Tú estás loca!...  
— ¡Sí, loca de alegría!... mañana vendrá con mi amante... y le verás.  
— ¡Oh Dios mio!... ¡será posible!... ¡Alberto!  
¡Alberto!...

Las dos amigas pasaron la noche estrechamente abrazadas.

## CAPÍTULO XXVII.

### LA SORPRESA.

#### VIII.

Apénas la rubia aurora comenzaba á iluminar los campos con su luz diáfana y pura, cuando las dos jóvenes amigas se paseaban por el jardín.

El cariño y la confianza que se inspiraron mutuamente, habia llegado al mayor extremo; no se apartaban una de otra, ni sentían el mas leve pensamiento sin que se lo comunicasen.

La envidia y el coraje de Dolóres por aquella intimidad de que no participaba, iban en aumento, de igual modo que la desconfianza hácia ella, de quien se guardaban con el mas minucioso cuidado.

— ¡Cuán bella está la mañana! ¡qué apacible! este fresco ambiente y el blando gemir de ese riachuelo me recuerdan con placer mi delicioso valle, dijo Clementina sonriendo con alegría, acaso por primera vez desde que estaba en Villacotín.

— ¡Oh! ¡gracias á Dios, querida mia, que por fin veo asomar la sonrisa á tus labios y la animación á

tus ojos! exclamó Ines contemplando á su amiga con dulce interes.

— Si, tu revelacion de anoche me ha trasformado completamente. ¡Es tan triste perder las esperanzas!...

— ¿Y tú no confiabas en volver otra vez á tus sueños de ventura?

— Un porvenir muy negro se presentaba á mis ojos con la ausencia de Alberto que juzgué eterna; pero ya me parece que en medio de esa oscuridad brilla una nube rosada.

— Y aun brillará mas pura y fulgente con la presencia de Alberto.

— ¿Tú crees que vendrá?

— No puedo dudarle. Tirso le hablará de ti, de tu tristeza, y por último, cuando sepa tu nombre y que vives en esta aldea, cesarán sus vacilaciones, si ha tenido algunas, faltándole tiempo para venir á postarse á tus piés.

— Deseo ese momento y le tiemblo.

— Yo los espero esta noche. Tirso ha llegado á Madrid hoy al amanecer, en todo el dia le hablará, y con la oscuridad de la noche vendrán; á las doce los tenemos en la reja.

— ¿Cuánto tardan en el tránsito?

— Con buenos caballos dos horas escasas.

— ¡Oh Dios mio! ¿y si mi abuelo nos descubre? Dolóres está siempre en acecho y puede decirselo.

— Ya trataremos de evitar su espionaje.

— ¿De qué modo?

— Encerrándonos en la sala de arriba. Estaremos

en el balcon hasta verlos venir, y como yo tendré tambien en la sala baja echada la llave, no puede saber si estamos en una ó en otra. Y sobre todo, sospechará que estoy hablando con Tirso, pero de ti nada puede figurarse.

— Mira, á la derecha se han movido unas ramas con una oscilacion demasiado fuerte que no ha podido producir la brisa, quizá sea ella que nos escuche.

— Pretenderá hacerlo, pero se lleva chasco, porque hablaremos en voz baja; ¿quieres que la sorprendamos?

— No, déjala, y vamos si gustas á pasear al campo; ¡está la mañana tan hermosa!...

— No puede ser, nos esperan en la huerta don Gil y mi madre, creo han improvisado un almuerzo al aire libre, y si faltamos se incomodarán.

— Tienes razon, á la tarde iremos al campo, te lo presente y llévame á una altura desde donde se alcance una gran parte de terreno. Gozo muchísimo al contemplar, bien sea á la aurora ó en el ocaso del sol, un horizonte sin limites, y ese azul espléndido del cielo en armonia con el bello cuadro de la naturaleza en tan solemnes y poéticas horas.

— Satisfaremos tu deseo en esta misma tarde.

Las dos jóvenes reuniéronse con Dolóres y otras varias señoras del pueblo, y se marcharon á la huerta con objeto de asistir al campestre almuerzo improvisado por don Gil, con ánimo sin duda de distraer á su nieta, y hacerla olvidar aquella pasion funesta

que se imaginaba poder extinguir con el recreo y las diversiones.

Pasaremos por alto todos los incidentes de este día, haciendo trascurrir diez horas con la velocidad del pensamiento y porque á los amables lectores no se les haga pesada la narracion.

Serian las cinco de aquella tarde cuando Ines y Clementina, tomando las sombrillas y los graciosos sombrerillos de paja, salieron sin ser sentidas por la puerta del jardin. Encontráronse en el campo, y siguiendo una estrecha senda fueron á salir cerca de una calle de árboles que conducia á la ermita de la Soledad.

— ¿Qué edificio es aquel? preguntó Clementina.

— Una ermita; ¿quieres verla?

— ¡Oh! sí; ¿estará abierta?

— Creo que sí; en este tiempo no suele cerrar el ermitaño hasta las doce de la noche.

— Vamos allá, y rogaremos á la Virgen nos conceda su proteccion.

Clementina oró con fervor ante el altar, y sintiéndose conmovida por recuerdos dulcissimos tuvieron que salirse, porque su llanto corria con abundancia.

Sentáronse á corta distancia del santuario en una pequeña eminencia; y á la sombra de un corpulento alamo.

— ¿Á qué ese llanto, querida mia? preguntó Ines.

— Recordé la ermita de Villaverde, el sepulcro de mi madre, y la declaracion de Alberto en aquel sitio,

y entre tales recuerdos corrieron mis lágrimas sin poderlo remediar.

— Yo siento que te aflijas cuando tienes mas bien motivos de alegría.

— Es que lloro de placer, ó al ménos no creo estar triste en este momento. Todo cuanto distingo desde aquí me recuerda á Valle-Real, ese campo, ese riachuelo que va saltando entre las guijas jugueton y espumoso, esta santa casa, y por último el árbol que nos da sombra y que quiere asemejarse en majestuosa pompa al árbol de la esperanza. Allí vi á mi amante por vez primera, y el día que nos separó mi abuelo estuvimos muchas horas contemplando el tranquilo curso del rio, que murmuraba á nuestras plantas. Alberto me dió su retrato, y recibí en cambio uno mio que me hice en Madrid al salir del colegio.

— ¿Y no me le has enseñado?

— Mirale; jamas se aparta de mi pecho.

— ¡Qué guapo es!

— No es solamente hermosura lo que tiene, querida Ines; lo mas admirable es la expresion simpática de noble majestad que revela su fisonomia. En su despejada frente y en la profunda mirada de sus negros ojos se distingue el talento mas distinguido y la mas pura bondad.

— En eso se parece á ti; la expresion de tu rostro es idéntica, y tambien tu fisonomia revela los sentimientos de tu alma. Parece que la naturaleza se ha complacido en formaros con una semejanza que asombra, pues hasta tus ojos son tambien negros, y

en ellos se distingue esa mirada igualmente dulce y profunda.

— Será ilusión tuya.

— No lo creas, es la realidad.

— ¡Dámele! mi único recreo es contemplarle.

Clementina cogió el retrato y fijando en él la vista casi con adoración exclamó :

— ¡Oh Alberto! ¡cuán feliz sería tu Clementina si pudiera verte á todas horas así como á tu retrato!

— ¡Pues contéplame y sé feliz, hermosa mía! gritó un jóven con vibrante y sonora voz, y arrojándose á los piés de Clementina.

— ¡Oh! Alberto, ¿eres tú? dijo sin poder contener su emoción.

— Yo, sí; tu amante que no puede vivir sin ti : apenas supe tu retiro, he corrido como un loco hasta encontrarte.

— ¡Oh Dios mio! ¡será verdad tanta dicha!...

Tirso estaba detras con Ines sumamente contentos y satisfechos; dábanse el parabien por haber contribuido á la felicidad de aquellos seres tan dignos de ser queridos.

— ¡Cuánto he sufrido, Clementina mía! exclamó Alberto despues de un rato de muda y extática contemplación. ¡Por todas partes buscándote!..... ¡Y siempre vano mi afán!... ¿pero, ay? ya estoy á tu lado y nadie será capaz de separarnos. ¿Y tú, te has acordado de mí? ¿sentias mi ausencia?

— Juzga mi corazón por el tuyo, y comprenderás mi dolor; he derramado lágrimas muy amargas, sin

poder apartar tu imágen de mi alma. Me han exigido la promesa de olvidarte, y me fué imposible cumplirla, porque mi pasión no es de esas que se borran como las huellas sobre la arena que destruye el huracán.

— ¡Oh ángel mio! exclamó Alberto arrebatado de gozo, ¡qué feliz soy con haberte inspirado un cariño tan puro!... ¿Pero por qué tu abuelo con tanta crueldad se empeña en romper el tierno lazo que une nuestras almas?

— La verdadera causa la ignoro; mas he llegado á sospechar que profesaba á tu padre un odio encarnizado, y aun hoy que hace tantos años ha muerto, no se extingue ni transije de modo alguno. Su carácter es inflexible, y jamas nuestros ruegos conseguirán conmover su corazón de piedra.

— Por muy poderosa que fuese la causa que tenga para odiar á mi padre, la muerte debió borrar en él ese sentimiento, y aun cuando no, ni tú ni yo tenemos la culpa de su enemistad para que nos sacrifique inhumanamente.

— Lo comprendo muy bien, y no hallo un remedio á nuestro mal.

— Lo buscaremos, Clementina; y tan eficaz que no quede ni raíz. Esta noche trataremos de ello; segun me ha dicho Tirso, habla con su amada por una reja; esperadnos las dos y no temas, que si el destino se nos muestra propicio, en breve seremos esposos ante Dios y ante los hombres.

— ¡Quiéralo el cielo! ¡yo por mí si continuó

sufriendo de este modo, no podré sobrevivir á mis dolores !

— ¡ Ah ! ¡ vive, hermosa mia !... vive para la felicidad ; aunque te encuentre muy pálida, muy cambiada, el bálsamo de mi amor sabrá devolverte la salud y la alegría.

— Señor marqués, dijo Tirso acercándose con respeto, dispensad si os interrumpo, pero como yo conozco las costumbres de este pueblo, veo es una imprudencia permanecer aquí mas tiempo ; pueden descubrirnos de un momento á otro, y sobre comprometer á estas señoritas, nos exponemos á no poder hablarlas esta noche con la dilacion que nos plazca.

— Tienes razon, amigo mio. Retírate con tu amiga, querida Clementina ; desde lejos seguiremos vuestros pasos y os veremos entrar en el jardín.

— Adios, pues, hasta la noche, dijo Clementina con un cariñoso signo de despedida.

— Adios, amada mia ; no faltaremos á las doce.

— Seremos exactas.

— La seña es una palmada, ¿ lo entiendes ?

— De eso cuidará Ines, como mas práctica en el asunto, repuso la joven sonriendo.

— Quedad tranquilo, señor marqués, y fiad en nuestra lealtad, dijo Ines saludando y dirigiéndose con su amiga por la calle de árboles que debian conducir las á su casa.

## CAPITULO XXVIII

MELANCOLÍA.

IX.

Para informar á nuestros amables lectores de lo que habia acontecido al marqués despues de alejarse Clementina de Valle-Real, nos es indispensable retroceder algunos dias volviendo por un momento á visitar las risueñas márgenes del Tajo.

Le dejámos sumido en la mas honda desesperacion, con la vista extraviada y en actitud delirante dirigiendo á su amada un adios tristísimo y doloroso. Una fuerza superior á la suya los separaba violentamente, y una voz fuerte, autorizada, y en la que se advertia el dominio de la autoridad paternal, le prohibió seguirlos.

El infeliz Alberto no tuvo fuerzas para sufrir tan rudo como inesperado golpe, y mas al ver el desmayo de Clementina, la que no pudo, ni aun con sus tier-nas miradas, enviarle un adios de despedida. Sostú-



vose en pié mientras distinguió su aéreo ropaje flotando á merced del viento; empero, cuando desapareció entre los árboles, cayó en tierra oprimiéndose el corazón con las manos, y exhalando un gemido inmenso, prolongado, que demostraba toda la violencia de su dolor.

Llegó la noche; sus enlutadas sombras le sorprendieron clavado en el mismo sitio, presa del mas cruel abatimiento, y sin ánimo ni voluntad para levantarse ni para ir á su palacio á buscar el descanso que tanto necesitaba su espíritu.

Muchas horas pasó en aquella especie de letargo, sintiéndose algo reanimado con el fresco de la madrugada. Entonces se levantó y con un acceso de frénético delirio, que le hacia asemejarse á un demente, echó á correr con direccion á su casa.

Sin hacer caso de la alarma y sobresalto que todos sus criados habian sufrido por su ausencia, les preguntó:

— ¿No han venido á buscarme?

— No, señor.

— ¿Nadie?

— Absolutamente nadie.

— ¿No han traído ningun recado para mí?

— Ninguno.

— ¡Oh! ese anciano, acogiéndose bajo el amparo de sus canas, quiere burlarse de mí, exclamó Alberto con las manos crispadas y chispeantes de furor sus hermosos ojos.

— ¿Quiere el señor marqués tomar alguna cosa? se aventuró á preguntarle un criado.

— ¡Dejadme en paz! murmuró saliéndose al campo con precipitacion.

Los criados se miraban unos á otros sin poder explicarse aquel súbito arrebató de su jóven amo.

Este sin detenerse un momento se dirigió á la quinta de Clementina murmurando:

— ¡Qué me importa su prohibicion!... ¡yo he de seguirlos, he de ver á mi amada ó me vuelve loco el dolor y la ira! ¿Negarme su mano? ¡oh! ¡y lo he sufrido con calma!... ¿Pero quién me detuvo? ¡ella, solo ella!... ¡es su padre, y su autoridad le salva! mas no logrará dejarme en esta incertitumbre cruel; voy á buscarle y le obligaré á que me dé una razon fundada que disculpe su negativa.

Embebido en estas reflexiones, siguió el sendero que se le presentó delante y á poco se encontró frente á frente de la casa de don Gil.

Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas; ó no habia nadie en ella ó sus habitantes hallábanse sumidos en un profundo sueño.

Alberto se acercó á escuchar si en el interior se sentia el ruido de los criados, y no dejó de alarmarle el sepulcral silencio que reinaba dentro.

— ¡Dios mio! ¿si no habrá nadie? murmuró.

Sentó sin embargo cerca de la puerta, decidido á esperar algunos minutos.

El sol ya blanqueaba con sus primeros resplandores las crestas de los cerros circunvecinos, y ese ruido misterioso de la naturaleza unido al balar de los corderos que se dirigian al pasto, comenzó á sentirse en todo el valle.

Alberto no tuvo paciencia para esperar mas, se levantó y asiendo el llamador con mano trémula, le hizo resonar en la chapa de metal con un golpe fuerte y prolongado cuyo eco se repitió con lúgubre sonido por el interior de la casa. Viendo que nadie contestaba, siguieron otros mas fuertes y repetidos obteniendo por respuesta, igualmente que el primero, el mas absoluto silencio.

Desesperado, fuera de sí, soltó el llamador y fué á dar vuelta á la casa, deteniéndose en la parte de atras, cerca del jardin y á la puerta de una rústica cabaña habitada generalmente por el hortelano. Su mujer salió al encuentro del caballero, y al ver que preguntaba por los señores, llamó á su marido.

— ¿En qué puedo complaceros? preguntó el buen hombre descubriendo su canosa cabeza.

— ¡He llamado varias veces en casa de don Gil, y nadie me contestá !...

— ¿Y deseáis saber la causa?

— Á eso vengo.

— Nada mas sencillo; no hay nadie que pueda contestar.

— ¿Qué decis? ¿y los señores?

— El señor y la señorita se marcharon anoche serian las diez, y esta mañana de madrugada fuéronse tambien Marta, su marido y los demas criados, dejando la casa cerrada.

La palidez de Alberto se iba aumentando por grados, tuvo que sentarse en el troneo de un árbol que había tronchado el huracan; y reuniendo todas sus

fuerzas se preparó á continuar su interrogatorio.

— ¿Y no sabéis la direccion que han llevado?

— Los señores no sé, porque no los vi marcharse, mas supongo habrán ido á Madrid.

— ¿En qué fundáis esa suposicion?

— En que Marta y los demas criados se han dirigido allá, y yo creo, como es natural, que vayan tras de sus amos.

Alberto quedó pensativo, participando de la misma sospecha que acababan de comunicarle.

Al cabo de un rato, se levantó con el ademan de una persona que acaba de tomar una resolucion importante; y despues de haber recompensado espléndidamente al hortelano recomendándole comunicase cuantas noticias tuviese de sus amos á un criado de su confianza que le designó, se dirigió aceleradamente á su casa.

Média hora despues, sin cuidarse de tomar alimento, ni dar tiempo á que le preparasen un coche, montó en su magnifico alazan y partió á un trote largo con direccion al camino real, que debia conducirle á la opulenta corte de las Españas.

Procuró hacer indagaciones en todos los puntos de parada, y como nadie le diese razon de don Gil ni de su nieta, llegó á desalentarse algun tanto.

Apénas serian las cinco de la tarde cuando, rendido de fatiga y de dolor, se apeaba á la puerta de su palacio en la calle de Alcalá.

Sombrio y meditabundo, se retiró á su dormitorio, sin que bastaran los cuidados y la tierna solicitud de

su leal secretario para sacarle de su profunda abstraccion.

Pasaron algunos dias de este modo, en los cuales se ocupó con actividad en recorrer las calles de la capital, buscando en todas á su amada Clementina, sin encontrar el mas leve indicio de su paradero, ni la mas pequeña tregua á su mortal inquietud.

Una mañana, hallábase mas abatido y melancólico que de costumbre, y como el único lenitivo á sus pesares era contemplar el retrato de su amada, le colocó delante de sí sobre una mesa, y con los codos en ella y en las mejillas las manos, se quedó largo rato embebido en su muda contemplacion.

Algunas lágrimas desprendidas de sus ojos deslizaron silenciosamente hasta caer en la pintura, sin que Alberto por su parte hiciera el mas mínimo ademán para contenerlas.

Tirso entró, y no queriendo que nadie se acercase á su señor, tomó de manos de un ayuda de cámara la bandeja de plata donde estaba puesto el desayuno para el marqués, y se aproximó á colocarla sobre la mesa.

Sin querer, y casi con distraccion, fijaronse sus ojos en el retrato y quedó absorto al admirar la portentosa belleza de la divina criatura que representaba. Volvió á fijar en él la vista con insistencia; y grabándose en su imaginacion aquellas hermosas facciones, murmuró para sus adentros:

— ¡Mucho padece este infeliz por esa mujer; pero es digna por su belleza del amor de un monarca!...

Luego procuró distraer á su señor haciéndole que probase alguna cosa del desayuno, y por último le pidió permiso para pasar un dia en Villacotin. Fácilmente le fué otorgado, haciéndole sin embargo la advertencia de que se despidiese de su familia, pues acaso emprenderian en breve un largo viaje.

Tirso fué aquella tarde como saben nuestros lectores á ver á su amada; no ignoran tampoco su conversacion, ni sus proyectos, ni la idea que se agitaba en la mente del joven secretario.

Cuando este al amanecer del lunes llegó á casa de su amo, encontró á casi todos los dependientes entregados aun al descanso.

Dirigióse hácia las habitaciones de Alberto, y supo por el ayuda de cámara, que su señor acababa de acostarse en aquel momento, despues de haber pasado una noche inquieta y agitadaisima.

Triste con estas noticias y abrigando el presentimiento de calmar aquel hondo dolor, propuso al ayuda de cámara se retirase quedando en tanto Tirso á la cabecera del enfermo.

Hiciéronlo asi efectivamente, y hundiéndose en una poltrona aguardó hasta cerca de las doce, hora en que la somnolencia del marqués comenzó á despejarse algun tanto.

— ¿Andrés? murmuró llamando á su ayuda de cámara. ®

— Soy yo, señor, que guardo vuestro sueño, respondió el fiel secretario.

— ¡Ah! ¿eres tú, mi querido Tirso? Me alegro; ¿pero cómo has vuelto tan pronto?

— Porque me daba pena estar en Villacotin.

— ¿Y quién la causaba?

— La presencia de una hermosísima niña que he visto continuamente tan pálida, tan melancólica como vos y sumida en un angustioso dolor que partía el corazón solamente contemplarla.

— ¡Será verdad! ¡luego no soy solo el que sufro! ¿y qué padece? ¿lo sabes?

— Duelos de amor.

— ¡Duelos de amor! también yo; mira, acércate y cuéntame eso, me va interesando.

Tirso, recorriendo las colgaduras de la cama, se sentó á la cabecera.

El marqués prosiguió :

— ¿Conque en Villacotin hay una hermosa niña que llora su infortunio del propio modo que yo, triste de mí, lloro el mio?...

— Sí, señor, y es tan hermosa como un ángel.

— ¿Sabes su nombre?

— Clementina.

— ¡Oh! Clementina has dicho? repítelo.

— Sí, señor; Clementina, es nieta de don Gil de Manzanar.

— ¡Es ella, Dios mio! es ella!...

Con una especie de frenético delirio sacudió el impetuoso jóven la ropas del lecho y sentándose sobre él, sacó de entre los almohadones un retrato, y mostrándole á Tirso preguntó con un acento indefinible de alegría y de dolor :

— ¿Es esta?

— ¡Ella es!

— ¡Qué felicidad! ¡ya la encontré!... y dime, dime, cuéntamelo todo, no omitas ni una sílaba, ¿qué hace? ¿está muy triste? ¿me ama? ¿por qué no me ha escrito?...

Tirso satisfizo como pudo aquel torrente de preguntas, y tuvo el consuelo de ver que las melancólicas facciones de su jóven amo fueron animándose por grados.

En todo el día no hablaron de otra casa, forjando sus acaloradas imaginaciones mil quiméricos proyectos. Aquella misma tarde, montaron en dos magníficos y briosos alazanes, y tomando un trote largo, dirigieronse á Villacotin, por la carretera de Castilla.

La fortuna les fué propicia, pues apenas habian dejado los caballos en las inmediaciones de la aldea y queriendo contemplar la casa de Genoveva, se acercaron viendo á lo léjos salir por la puerta del jardín á Ines y á Clementina. Siguiéronlas con la emoción en el alma, encontrando su dicha cumplida al encontrarlas resguardadas bajo la sombra del corpulento álamo que asemejaba en majestad al árbol de la esperanza.

¡Ah! por fin tras el nebuloso horizonte que habia oscurecido su dicha, comenzó á sonreír el iris de la bonanza. Sus enamorados y juveniles corazones juzgaron eterna su ventura.

¡Vaporosos ensueños de su mente!... ¡locas quimeras que su aciago destino desvanecía con la misma

facilidad con que el huracan troncha el débil tallo de una flor!!...

## CAPÍTULO XXIX.

### LAZOS ROTOS.

#### X.

Inútil es que pretendamos presentar con todos sus detalles las nocturnas conferencias de los amantes; nuestros lectores comprenderán fácilmente que Alberto no se descuidó, empleando cuantos medios hubo de sugerirle su imaginación para convencer á Clementina á que le siguiese á Madrid, donde la dejaría depositada en una casa de confianza, en tanto que practicaba las diligencias necesarias para su casamiento.

No esperando de ningun modo el consentimiento de don Gil; atendiendo su resistencia y la energía de su carácter, decidiéronse por fin á adoptar aquel medio despues de muchas vacilaciones y muchas lágrimas por parte de Clementina, la que sentia con

toda su alma disgustar á su abuelo y huir sin su consentimiento del hogar paterno. Empero la llama de su amor y los ruegos de su amante vencieron los escrúpulos de su conciencia, y se decidió al fin á dar un paso tan aventurado, pero del cual dependia la desgracia ó felicidad de su vida entera.

Ines se comprometió á seguirla adonde quiera que fuese, no abandonándola ni un momento hasta dejarla en brazos de su legitimo esposo.

Alberto, agradeciendo infinito las pruebas de adhesion y lealtad que recibia de ambos jóvenes, les ofreció vencer todos los obstáculos que se oponian á su matrimonio y hablar en persona á la señora Genoveva, alcanzando su consentimiento para que aquella union se verificase al propio tiempo que la suya con Clementina.

Dolores, con su maligna perspicacia y su perpétuo espionaje, adivinó al fin las secretas conferencias de ambas jóvenes con sus amantes, y aunque nada pudo escuchar por el cuidado que tenian siempre de cerrar las puertas con llave, no sé escapó sin embargo á su penetracion que los rondadores eran dos, y que la poética y sentimental Clementina estaba ordinariamente mas alegre que de costumbre; con lo cual excitóse en alto grado su curiosidad y redobló su vigilancia.

La noche acordada para la fuga, serian las doce cuando ya todos reposaban en Villacotin, sintiéndose levisimo ruido en la aldea y reinando en casa de la señora Genoveva el mas profundo silencio.

facilidad con que el huracan troncha el débil tallo de una flor!!...

## CAPÍTULO XXIX.

LAZOS ROTOS.

X.

Inútil es que pretendamos presentar con todos sus detalles las nocturnas conferencias de los amantes; nuestros lectores comprenderán fácilmente que Alberto no se descuidó, empleando cuantos medios hubo de sugerirle su imaginación para convencer á Clementina á que le siguiese á Madrid, donde la dejaría depositada en una casa de confianza, en tanto que practicaba las diligencias necesarias para su casamiento.

No esperando de ningún modo el consentimiento de don Gil; atendiendo su resistencia y la energía de su carácter, decidiéronse por fin á adoptar aquel medio despues de muchas vacilaciones y muchas lágrimas por parte de Clementina, la que sentia con

toda su alma disgustar á su abuelo y huir sin su consentimiento del hogar paterno. Empero la llama de su amor y los ruegos de su amante vencieron los escrúpulos de su conciencia, y se decidió al fin á dar un paso tan aventurado, pero del cual dependia la desgracia ó felicidad de su vida entera.

Ines se comprometió á seguirla adonde quiera que fuese, no abandonándola ni un momento hasta dejarla en brazos de su legitimo esposo.

Alberto, agradeciendo infinito las pruebas de adhesion y lealtad que recibia de ambos jóvenes, les ofreció vencer todos los obstáculos que se oponian á su matrimonio y hablar en persona á la señora Genoveva, alcanzando su consentimiento para que aquella union se verificase al propio tiempo que la suya con Clementina.

Dolores, con su maligna perspicacia y su perpétuo espionaje, adivinó al fin las secretas conferencias de ambas jóvenes con sus amantes, y aunque nada pudo escuchar por el cuidado que tenian siempre de cerrar las puertas con llave, no sé escapó sin embargo á su penetracion que los rondadores eran dos, y que la poética y sentimental Clementina estaba ordinariamente mas alegre que de costumbre; con lo cual excitóse en alto grado su curiosidad y redobló su vigilancia.

La noche acordada para la fuga, serian las doce cuando ya todos reposaban en Villacotin, sintiéndose levisimo ruido en la aldea y reinando en casa de la señora Genoveva el mas profundo silencio.

En el cuarto de don Gil, situado á un extremo de la galería, hallábase encendida la lámpara, lo cual demostraba que aun el noble anciano no se habia entregado al descanso.

En efecto, sentado delante de una mesa, escribía las últimas líneas en un manuscrito, el que poniendo bajo un sobre, cerró y selló cuidadosamente, guardándole en una cartera de piel de Rusia.

— Mañana se le mandaré, exclamó hablando consigo mismo, y sabrá el motivo que tengo para negarle la mano de Clementina. ¡Oh! en cuanto á esta, no tengo valor para hacerla una revelacion semejante hasta que no la encuentre curada de su fatal pasion. Pudiera ocasionarla un trastorno en su salud ó en sus facultades intelectuales. Su pobre madre murió loca á causa de una noticia por el estilo, y no seria extraño aconteciese lo propio á su desgraciada hija.

En tanto que don Gil se entregaba á sus meditaciones, Clementina y su fiel amiga Ines esperaban en la sala baja la señal que debia prevenirlas de la aproximacion de sus amantes.

La noche estaba oscura y tormentosa. Densos nubarrones enlutaban el tachonado firmamento, dejándose sentir á lo léjos el sordo ruido del trueno precedido por la azufrosa llama del relámpago.

La luna que se hallaba en su período menguante, apenas prestaba claridad, quedando algunos intervalos completamente oscurecida por las densas nubes que henchidas de vapor cruzaban la atmósfera.

— ¡Ay Ines mia! murmuró Clementina asiendo el brazo de su amiga.

— ¿Qué tienes? ¡Tiembblas como las hojas del árbol que agita el aquilon!

— Tengo miedo.

— ¿Miedo, y de qué?

— ¡El paso que vamos á dar es muy aventurado, ponerme por mí sola, por mi espontánea voluntad bajo el amparo de un hombre, desconociendo la autoridad paternal!... ¡Oh! ¡es casi un delito que me hace temblar!

— ¿Y si ese hombre te adora, y es tan noble como generoso, qué debes temer al ponerte bajo su salvaguardia?

— No lo sé; pero á mi pesar me estremezco.

— ¡Pues no es tiempo de retroceder: ya están ahí!...

Ines habia oido con claridad el ruido de una palmada á la que siguieron otras dos. Inmediatamente abrió la reja ofreciéndose ante sus ojos las figuras de Tirso y del marqués. Á lo léjos se percibia el ruido de un coche que, separándose del camino real, tomó uno de los trasversales y fué á situarse detras de la ermita de la Soledad.

— ¡Clementina! ¡amor mio! llegó el momento de la decision, estas dispuesta? ¿Me seguirás tranquila? ®

— No puedo engañarte, mi querido Alberto: te sigo porque te amo con delirio; porque mi destino está unido al tuyo; mas no te ocultaré que un pre-

sentimiento amargo haciéndome vacilar me roba la tranquilidad...

— ¡Porque no me amas, ingrata! exclamó Alberto con fuego; el verdadero amor nunca retrocede ni le arredran obstáculos de ninguna clase.

— ¡Oh! ¡no me acrimines, Alberto!... yo seré capaz de sacrificarme por este amor que me abrasa. Si está todo pronto, vamos; te he jurado amor hasta la muerte y cumpliré mi juramento.

— Yo sabré recompensarte cumplidamente.

Aprovechando aquel momento de decision y conociendo por otra parte que no debían perder tiempo, porque la tempestad se aproximaba, fueron á reunirse con ellas en la puerta del jardin. Clementina, cuando se halló en el campo, se apoyó en el brazo de Alberto; la infeliz apenas podia respirar y su rostro estaba cubierto de lágrimas.

Dolóres las habia seguido desde la galeria donde estuvo espiándolas, y al ver que se reunieron con sus amantes tomando la direccion de la ermita, volvió á subir con tal precipitacion la escalera, que torciéndose un pié cayó en tierra exhalando un grito, el que fué oido por don Gil cuyo cuarto estaba próximo.

— ¿Qué sucede? preguntó el anciano apareciendo en el dintel de la puerta.

— Que mi hermana y vuestra nieta ván sin duda á casarse; he querido avisaros y me he lastimado un pié.

— ¡Desgraciada! ¿qué dices?

— ¡Oh! sí, sí; corred; se dirigen con sus novios á

la ermita, avisad á mi madre, y no tardéis en ir en su seguimiento.

Don Gil ya no la oía; medio loco, se lanzó fuera de la casa corriendo con la agilidad que le permitian sus débiles piernas.

Los cuatro jóvenes ya estaban cerca de la ermita y el carruaje los aguardaba á dos pasos de allí.

— ¡Alberto mio! dijo Clementina, la ermita está abierta, detengámonos un momento; quiero rezar ante el altar de la Virgen pidiéndola me proteja en esta azarosa circunstancia que atravesamos.

Nada tuvo que oponer el marqués á tan piadoso deseo, y un momento despues se arrodillaban los cuatro, elevando al cielo sus preees con ferviente devocion.

Don Gil llegó en aquel momento y en el trastorno que ocasionó en sus sentidos aquella funesta fuga, nada reflexionó; los creyó casados.

— ¡Se ha consumado el acto!... murmuró trémulo y convulso; luego lanzándose en medio de ellos y separando con violencia las manos que tenian unidas dijo con voz terrible:

— ¡Desgraciados! ¡sois hermanos!...

— Clementina lanzó un ay desgarrador, y dirigiendo á uno y otro lado sus atónitas miradas, escuchó asombrada las pocas frases que siguieron á tan cruel revelacion.

— ¡Imposible! caballero, dijo Alberto apenas se repuso de su estupor. Mi madre, doña Blanca de Cambrero, no tuvo mas hijo que yo.



— Tambien Clementina fué la única hija de doña Elisa del Manzanar, y sin embargo don Álvaro de Peñaranda fué esposo de ambas señoras. No lo dudéis, creedme en nombre del cielo y desterrad de vuestros corazones ese amor criminal.

— ¡Dios mio! murmuró Clementina cayendo desmayada en brazos de su abuelo.

— ¡Imposible! ¡imposible!... exclamó Alberto oprimiéndose la frente con las manos, como impidiendo que saltasen sus arterias á impulso de la excitacion nerviosa que estremeció todo su cuerpo.

— En este manuscrito encontraréis los datos necesarios para resolver vuestra dudas, dijo don Gil, alargándole el manuscrito que habia sellado poco antes.

Tirso lo tomó, y al poco tiempo recogió en sus brazos al exánime jóven que cayó exhalando un grito angustioso.

Clementina, reanimándose por grados en virtud de una esencia que Ines aproximó á su nariz, se incorporó mirando con asombro á todos lados.

— ¡Hija mia, vuelve en tí! dijo el anciano queriéndose apoderar de un brazo para sacarla de la ermita.

Clementina, desconociéndole completamente, le rechazó con dureza, y prorumpiendo en una risa estrepitosa, echó á correr por el campo sin direccion ni concierto.

¡La infeliz estaba loca!...

## CAPÍTULO XXX.

### EL MANUSCRITO.

#### XI.

Seis dias despues de la borrascosa noche en que tuvo lugar la escena que hemos referido en el capítulo anterior, hallábase Alberto en su palacio de Madrid.

La mayor consternacion reinaba entre los dependientes de la casa, y sus continuas idas y venidas, sus misteriosos cuchicheos, demostraban que la salud de su jóven señor no era muy satisfactoria.

Tirso salió de la alcoba sumamente triste, murmurando :

— ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡ese capricho le mata; es un veneno que va infiltrándose en sus venas poco á poco y le conduce á la tumba!...

— ¡Cómo está el señor? le preguntó un antiguo criado.

— Mal, muy mal; el médico no da esperanza ninguna.

— ¿Y no halla la ciencia recursos para salvarle ?

— Es muy difícil; ¡sobre ser puramente moral su enfermedad, ha sufrido un ataque tan terrible su naturaleza, que le ha hecho contraer un padecimiento incurable, terrible!... que poco á poco va destruyendo su organizacion, hasta dejarle exánime.

— ¡Comprendo, la tisis! ¿no es verdad ?

— ¡Oh! sí; ¡pero una verdad espantosa!...

Ambos interlocutores guardaron silencio, dejando correr por sus mejillas una lágrima furtiva.

El eco sonoro de un timbre sacó á Tirso de su meditacion. Dirigióse apresurado al dormitorio de Alberto exclamando para sí :

— ¡Me llama!... ¡no habrá remedio!... ¡Oh! ¡qué capricho! ¡qué capricho!...

Era cerca de anochecer; la alcoba del enfermo hallábase iluminada por un hermoso globo de cristal color de rosa, que prestaba á todos los objetos un tinte fantástico y caprichoso.

El magnífico lecho, rodeado de blancas colgaduras de damasco, alzabase en el centro de la habitacion. Alberto descansaba en él, confundiéndose con los blancos encajes de las sábanas y almohadones la palidez diáfana de su rostro.

— ¡Tirso, el manuscrito!... murmuró con voz débil.

— ¡Pero, señor!... balbuceó el jóven secretario.

— No me repliques; sientate y lee.

Obedeció no sin manifestar su rostro la mas dolorosa pesadumbre.

Ocupando un sitial cerca de la cama, y á los vacilantes reflejos de una lámpara comenzó por centésima vez la lectura de la carta de don Gil.

Héla aquí :

« Señor marqués : poseido del mas hondo y grave dolor que puede sentir el corazon humano, tomo la pluma para relatar un hecho indigno que hubiera querido tener sepultado en el mas profundo olvido. Hecho cruel que mira con reprobacion todo hombre noble y honrada y que labró la desgracia de mi hija, la mia y quizá la vuestra y la de Clementina, si no puedo extinguir con este relato la fatal pasion que se ha encendido en vuestros corazones.

» Para esto tengo necesidad de hablaros de mi propia historia tomando desde muy atras el hilo de los sucesos; prestadme, pues, atencion confiando en que mis palabras sobre llevar el sello de la verdad irán autorizadas por los documentos que acompaño, y con los que no os quedará la menor duda del inaudido suceso que voy á poner en vuestro conocimiento.

» Desde mi juventud he desempeñado en Madrid cargos distinguidos en las oficinas de la Hacienda, y como nunca me gustó figurar ni desempeñar brillantes papeles en la aristocracia ni en la corte de nuestros reyes, despues de cumplir mis deberes con el mas exacto y escrupuloso celo, retirábame con mi esposa á disfrutar en la soledad de nuestro pacífico hogar la tranquilidad de la conciencia y la hermosa cuanto envidiable paz del alma.

» Muchas temporadas pasábamos en Villacotin, donde generalmente habitaba mi esposa que gustaba mucho del campo y de los aires saludables que se respiran en él.

» No tuvimos mas que una hija, mi desgraciada Elisa; la que siempre fué por su virtud y modesta sencillez el encanto de nuestra existencia.

» Como en este mundo la felicidad es tan poco duradera, yo perdí pronto la mía viendo morir de una enfermedad incurable á mi querida esposa. El único consuelo que en tan inmenso dolor quedó á mi pobre corazón, fué la ternura de mi hija, niña entonces de ocho años.

» Por no separarme de ella, nunca quise que frecuentara los colegios de la corte, ni despues en su juventud las diversiones ni las fiestas. Educóse y vivió casi siempre en Villacotin retirada del mundo y en el recogimiento propio de la modesta virtud.

» Aunque me habia propuesto no alejarla jamas de mi lado, la fatalidad lo dispuso de otro modo, y por encargo del gobierno tuve que abandonar la corte con orden de recorrer varias provincias de España y del extranjero. Esta orden terminante, que se me comunicó en pocas horas, contrarió todos mis proyectos, y no tuve mas remedio que emprender mi viaje, dejando á Elisa en Villacotin acompañada únicamente de Marta, antigua criada de la casa, que acababa de casarse con nuestro mayordomo.

» Alejéme tranquilo porque confiaba en la virtud de mi hija; empero la desgracia se habia posado sobre su frente y era inevitable su destino.

» Iré exponiendo los hechos conforme acontecieron, sin embargo de que muchos me fueron comunicados algun tiempo despues de la muerte de mi hija.

» Mientras mi ausencia, que duró cerca de dos años, ignoro qué fatal casualidad hizo que don Álvaro de Peñaranda viese á Elisa en Villacotin, y se enamorase de ella. El caso fué, que la declaró su amor; y la inocente, juzgándole un jóven distinguido y honrado, no tuvo inconveniente en corresponderle, y mas cuando le amaba con todo el entusiasmo de la primera edad.

» Los amantes viéronse muchos dias, creciendo con el tiempo su mutua aficion. Todos los esfuerzos de don Álvaro y sus desesperadas tentativas, tenian por objeto seducir á Elisa; anhelo vano que se estrellaba contra la inexpugnable virtud de esta, la que desde un principio le mostró el camino de la iglesia, cual único y conveniente término á su amoroso deseo.

» Viendo que nada conseguía, la propuso por último casarse, á lo cual accedió Elisa con mucho gusto, imponiéndole ántes la condicion de que me escribiera pidiendo mi consentimiento para su enlace, lo cual prometió hacer, pero cuya carta no llegó nunca á mis manos. Mi hija sí lo hizo contándome sus amores, consultando mi voluntad y haciéndome ver la distinguida posicion que don Álvaro ocupaba en la corte como gentil-hombre del rey.

» Inmediatamente que recibí esta noticia, comencé á hacer indagaciones sobre la conducta y antecedentes de aquel hombre, preguntando á varios amigos

de mi confianza, y supe con asombro é indignacion los rumores que circulaban acerca de él, aunque nadie podia asegurarlo con certeza. Decíase que estaba casado en secreto con una dama de la reina, habiendo sido el fruto de aquel matrimonio clandestino un hermoso niño que se criaba en el extranjero.

» Saber esto y comunicárselo á mi hija, fué obra de un momento; mas toda mi solicitud fué tardía, ya no llegué á tiempo de evitar la catástrofe.

» Mi inocente hija, confiando en la buena fe del hombre que amaba con extremo, no pensó en informarse, ni la hubiera sido posible hacerlo en el absoluto retiro en que vivía, siendo por su ciega credulidad víctima del engaño y la infamia.

» Una tarde se presentó don Alvaro muy triste, y manifestando la desesperacion mas amarga. Alarma-da Elisa, le preguntó la causa de aquel súbito cambio, y por toda respuesta la enseñó una orden de destierro que acababa de recibir, en la cual se le intimaba abandonase la España en término de tres dias.

— » ¡Oh! ¿qué has hecho? exclamó mi hija; ¿quién ha influido en el ánimo de S. M. para hacerle tomar una determinacion semejante?

— » Alguno de los muchos enemigos que envidian mi privanza, y el cariño con que se me ha mirado siempre en palacio.

— » ¿Y qué haremos en tan crítica situacion?

— » Casarnos inmediatamente.

— » Si aun no tenemos el consentimiento de mi padre.

— » Ni podemos esperarle. Yo solo puedo disponer de tres dias; un sacerdote que tengo prevenido nos desposará esta noche, y en cuanto arreglemos nuestros asuntos iremos á reunirnos con tu padre para recibir su bendicion y marchar al punto de mi destierro.

— » ¡Una boda tan precipitada!... ¿y sin hacer las diligencias necesarias?...

— » Por eso no temas, he previsto este caso; y como mi mas ardiente anhelo es ser tu esposo, todo lo traigo corriente sin que falte, para que se verifique nuestro enlace ántes de dos horas, nada mas que tu consentimiento.

» Elisa vacilaba, su doler fué inmenso, y sin embargo, las sugerencias, los ruegos, ó no sé si diga el infernal artificio de don Álvaro, la hicieron ceder. No tuvo fuerzas para resistir, solo se mantuvo firme en la resolucian de que el virtuoso cura párroco de Villacotin presenciase la ceremonia sirviéndole de padre ya que se encontraba tan aislada y solitaria.

» Tampoco pudo tener efecto este deseo al que accedió don Alvaro de muy mala gana, porque el anciano cura no se hallaba en el pueblo en aquel momento.

— » ¡Todas son contrariedades!... exclamó la infeliz rompiendo en un amargo llanto. Y con todo, se resignó al sacrificio quedando consumado el casamiento aquella misma noche á las diez.

» Se hizo con la mayor reserva, presenciando la ceremonia únicamente los criados de la casa, unos

amigos de don Álvaro, y el sacerdote que los casó y que ignoro si ejercia ó no tan sagrado ministerio, pues apenas extendió la partida de casamiento, que veréis adjunta, desapareció por encanto de Villacotin, no habiéndome sido posible hallarle en ninguna parte, ni tampoco á los que sirvieron de testigos por mas diligencias que he practicado.

» Tres dias vivió con Elisa en Villacotin, procurando ocultarse con el mayor esmero y sin salir á la calle ni un momento. En la madrugada del cuarto dia salió para Madrid con pretexto de recoger unos papeles interesantes y no volvió mas; se marchó al punto de su destierro con su primera y legitima esposa doña Blanca de Cambrero, cuyo clandestino casamiento habia descubierto el rey, siendo esta la causa de su destierro.

» Á poco de la partida de don Álvaro, recibió Elisa mi carta, y sumamente alarmada por el contenido de ella, dispuso trasladarse al instante á la corte, confiando en que su esposo se apresuraria á desvanecer lo que ella en su exaltacion y en el exceso de su cariño juzgaba infames calumnias. Empero la infeliz solo fué á adquirir la dolorosa certidumbre de su inmensa desgracia.

» Cuando se convenció de que aquel hombre, al que amaba con el mas ardiente delirio, la habia engañado infamemente abusando de su inocente confianza y de su ciega credulidad, no tuvo fuerzas para resistirlo y cayó en cama enferma de peligro. Por espacio de un mes, estuvo luchando con la muerte :

al fin venció su robusta naturaleza y se repuso, volviendo á la vida, mas no á la razon, que llegó á perder por completo.

» Á todo esto, yo pedí permiso á mis jefes para volver á Madrid; pero la comision que estaba desempeñando era tan ardua y espinosa, que no me fué concedido hasta dejar evacuadas ciertas negociaciones en las que hube de emplear cerca de dos meses. Luego la angustia y la inquietud que pasé al saber las funestas noticias que se me comunicaron de Elisa, trastornaron mi salud en tales términos, que pasé muchos meses sin dar cuenta de mi persona.

» Por fin, cuando libre y desembarazado del todo pude volver á mi casa, habian trascurrido diez meses. Llegué transido de dolor, y en vez de hallar á la hermosa y cándida jóven que dejé llena de salud y de alegría, encontréme con su cadáver, lívido y marchito, y con una niña de un mes, triste fruto de su malhadado casamiento.

» Marta, que se habia encargado de lactarla, la puso en mis brazos, como el único recuerdo, como el tierno presente que la desgraciada Elisa legó á su padre en sus últimos momentos.

» Esta tierna niña es Clementina, ángel hermoso que con sus dulces caricias ha endulzado los amargos dias de mi triste ancianidad.

» Ahora bien, Alberto, ya que sabes los lazos sagrados que á ella te unen, procura borrar de tu alma esa pasion funesta, ámala como á una hermana, y serás en el mundo su sosten, su único amparo. Yo

en breve abandonaré esta tierra de llanto y de amarguras, y quedará sola, sin un protector sincero y generoso que la proteja contra las seducciones del mundo y las calamidades de la vida humana.

» Vuestro carácter noble y leal no se parece al de don Álvaro, habéis heredado las virtudes y la lealtad de doña Blanca de Cambrero; por eso confío en que seréis para Clementina un hermano respetuoso y fiel.

» Adios, Alberto; cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos con paternal cariño; pero si despues de esta revelacion aun se abriga en tu pecho la imagen de Clementina, huye para siempre, aléjate á un pais extranjero donde hasta los recuerdos se borren de ese fatal episodio de vuestra existencia.

» GIL DEL MANZANAR. »

## CAPÍTULO XXXI.

CURACION.

XII.

Quando Tirso concluyó la lectura del manuscrito, se volvió á mirar al marqués y le encontró con la vista fija y las manos crispadas. El exceso de su dolor le hizo sufrir una contraccion nerviosa, que le acometia frecuentemente desde la fatal revelacion y que mas de cuatro veces puso en alarma á sus fieles servidores.

— ¡Señor! ¡señor!... ¡ Ah ! ¡ bien decia yo que la lectura de este manuscrito acabará por asesinarle !... exclamó Tirso lanzándose fuera de la habitacion á llamar al ayuda de cámara.

— ¿Qué ocurre? preguntó acudiendo sobresaltado.

— ¡ Inmediatamente el médico ! gritó el secretario.

— No hay necesidad, ya pasó, murmuró el enfermo con voz tan débil que apenas se percibia.

— Estáis padeciendo por vuestra causa : ciertas

en breve abandonaré esta tierra de llanto y de amarguras, y quedará sola, sin un protector sincero y generoso que la proteja contra las seducciones del mundo y las calamidades de la vida humana.

» Vuestro carácter noble y leal no se parece al de don Álvaro, habéis heredado las virtudes y la lealtad de doña Blanca de Cambrero; por eso confío en que seréis para Clementina un hermano respetuoso y fiel.

» Adios, Alberto; cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos con paternal cariño; pero si despues de esta revelacion aun se abriga en tu pecho la imagen de Clementina, huye para siempre, aléjate á un pais extranjero donde hasta los recuerdos se borren de ese fatal episodio de vuestra existencia.

» GIL DEL MANZANAR. »

## CAPÍTULO XXXI.

CURACION.

XII.

Quando Tirso concluyó la lectura del manuscrito, se volvió á mirar al marqués y le encontró con la vista fija y las manos crispadas. El exceso de su dolor le hizo sufrir una contraccion nerviosa, que le acometia frecuentemente desde la fatal revelacion y que mas de cuatro veces puso en alarma á sus fieles servidores.

— ¡Señor! ¡señor!... ¡ Ah ! ¡bien decia yo que la lectura de este manuscrito acabará por asesinarle!... exclamó Tirso lanzándose fuera de la habitacion á llamar al ayuda de cámara.

— ¿Qué ocurre? preguntó acudiendo sobresaltado.

— ¡ Inmediatamente el médico ! gritó el secretario.

— No hay necesidad, ya pasó, murmuró el enfermo con voz tan débil que apenas se percibia.

— Estáis padeciendo por vuestra causa : ciertas

cosas mas bien que tenerlas á la vista debiais replegarlas al olvido.

El marqués señaló á un frasquito de cristal que estaba sobre una mesita. Tirso, apresurándose á complacerle, vertió unas cuantas gotas del espumoso y dorado licor que contenia, en un vaso de agua y se lo presentó.

— ¡Gracias! murmuró Alberto devolviéndole el vaso vacío.

— ¿Queréis mas?

— ¡Oh! no.

— Esto os hace mucho bien.

— Ya lo sé.

— ¿Y cómo os sentís?

— Mejor.

Tirso arregló las ropas del lecho,

— ¡Quiero estar solo! le dijo al oído.

— Andres, puedes retirarte : te llamaré cuando hagas falta.

El criado inclinándose con respeto salió.

— Tú, quédate, murmuró el enfermo mas bien con un signo que con la voz.

— Creí que tambien os molestaria mi presencia.

— Al contrario, deseo hablarte.

— Mas provechoso os seria descansar; ¿queréis dormir un rato?

— ¡Ay! el sueño hace muchos dias que huyó de mis ojos.

— Porque la exaltacion de vuestros pensamientos

y el continuo recuerdo de lo pasado, no os permiten dormir, ni recobrar la salud.

— En cuanto á la imaginacion, es imposible sujetarla, y la memoria con todos sus detalles de esa horrible desgracia que se ha posado sobre mi frente, quiero que no se borre nunca de mi alma.

— ¿Y si ese deseo envenena vuestra existencia?

— No lo creas; ántes apresura mi curacion.

— Vuestra curacion está en el olvido.

— Está en el recuerdo, porque hablo de la curacion moral, no de la fisica; esta le corresponde al médico.

— Ya comprendo.

— Quanto mas sufro, me parece que amo ménos á Clementina.

— ¡Vos dejar de amarla!

— Sí, para cambiarse el entusiasta delirio del amante en fraternal cariño.

— ¿Y confiáis conseguirlo?

— ¡Oh! es un triunfo que tengo casi asegurado.

— Dios lo quiera.

— ¡Mira! me dice don Gil al final de su carta : « cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos. » Por eso mi único anhelo es ir y decirle « aquí me tenéis, padre mio. »

La respiracion del enfermo iba haciéndose mas libre y su fisonomía se revistió de una expresion plácida y melancólica.

Sacó el retrato de Clementina de entre los almohadones y contemplándole con éxtasis exclamó :



- ¡Hermana mía!
- Sí, vuestra hermana; ¡y cuán ciegos hemos estado al no sospecharlo siquiera!
- ¡Y quién lo había de pensar!
- Cualquier observador al mirar detenidamente vuestros rostros, porque os parecéis en extremo.
- ¿No me engañas?
- No, señor; ya ántes me ha hecho Ines esta observacion, y ahora lo veo con claridad. El aire de familia, los ojos, la frente, y sobre todo la expresion de vuestra fisonomia es idéntica.
- Así no lo dudaré.
- ¿Lo habéis dudado acaso?
- ¡Oh! no; pero la razon humana es á veces demasiado ligera en sus juicios, y pudiera suceder. Y dime, Tirso, dijo variando el giro de la conversacion ¿qué harías tú en mi caso?
- ¿Qué pensáis hacer vos?
- Te lo diré en dos palabras. Curarme de mi amor, y cuando lo haya conseguido, irme á Valle-Real y decir á Clementina: «hermana mía soy digno de la bendicion de nuestro padre y de tu fraternal afecto; ¿y tú admites al hermano olvidando al amante por completo?»
- Lo propio haría vuestro humilde servidor.
- ¿Luego apruebas mi pensamiento?
- ¡Cómo no aprobarle, si es tan noble!
- Gracias, amigo mio; tú me ayudarás á conseguir esta curacion penosa.
- Tendré en ello un vivo placer.

- Bien, ahora hablemos de ti. ¿Has sabido de Ines?
- Tengo carta todos los dias.
- Es preciso que pienses en tu casamiento.
- ¡Ah! señor, yo solo quiero pensar en vos y en vuestra felicidad.
- Es que desde hoy mi felicidad consiste en labrar la de los que me rodean; y ya que tu enlace no pueda verificarse cuando el mio, quiero se haga cuanto ántes para que Ines nos acompañe á Valle-Real y sea la dulce compañera de mi querida hermana.
- En ese caso disponedlo cuando gustéis.
- Voy á levantarme: me encuentro muy bien y escribiré á la señora Genoveva pidiéndole la mano de su hija y ofreciéndola al propio tiempo, como padrino que seré de la boda, un dote respetable, el cual me ayudará á vencer su oposicion; ¿no te parece?
- Lo que gustéis, señor: ¡sois tan bueno para mí!.....
- ¡Pues y tú! ¿en quién encontraria yo el afecto y la lealtad que en mi querido Tirso?
- Cumpló con mi deber.
- Ó con los instintos de tu generoso corazon. En fin, déjame hacer, y ántes de ocho dias serás esposo de Ines.
- Aquí cesó la conversacion de los dos interesantes y nobles jóvenes.
- El marqués continuó animándose por grados al parecer; su espíritu le engañaba; empero la cruel enfermedad que padecia iba minando poco á poco su existencia.

Fiel siempre á su palabra y deseando que Tirso fuera feliz, dispuso todo lo necesario, y á los ocho dias justos de la conversacion que acabamos de referir, se celebraban en la capilla del palacio los desposorios de los venturosos jóvenes, que con la efusion del agradecimiento mas puro bendecian á su generoso protector.

La señora Genoveva lloraba de gozo abrazando á su nuevo hijo y casi arrepentida de la injusta oposicion que habia hecho á un enlace que hizo la dicha de su hija.

Dolores fingio tambien mucha alegría, la cual contrariaba la maligna expresion de su semblante y la torva mirada de sus pequeños ojos, en los que siempre se leía la envidia y el egoísmo.

Dos dias despues de la ceremonia, dijo el marqués á Tirso :

— Amigo mio, llegó el momento de la partida.

— ¿Y adónde vamos? ¿al extranjero?

— Á Valle-Real.

— ¿Luego estáis completamente curado?

— Ni raíz queda de mi funesta pasion.

— Entónces vamos cuando gustéis.

— Mañana al amanecer.

— Corriente.

El marqués parecia muy satisfecho de su resolucion; empero las huellas de una muerte prematura estaban impresas en su rostro.

## CAPÍTULO XXXII.

### LA CARTA.

#### XIII.

Estamos otra vez, lectores míos, en la hermosa quinta de don Gil á las orillas del caudaloso y cristalino Tajo. Habian pasado los primeros meses del verano, y en los últimos dias de agosto en que volvemos á visitar tan amenos parajes, ya no ofrecen sus campos la magnífica alfombra de verdor, ni es tan risueño como en mayo su florido aspecto, hallándose agostada la vegetacion por un sol canicular y terminada casi de un todo la recoleccion de cereales.

Serian las seis de la mañana, y ya en casa de don Gil es notaban las continuas salidas y entradas de los criados, preparándose á sus faenas domésticas.

El anciano ocupaba un ancho sillón de baqueta que habia mandado colocar debajo del emparrado, desde cuyo sitio presenciaba todas las operaciones y

examinaba con cuidadoso interes un grupo que escondido entre el follaje distinguíase á la derecha de la quinta.

Mucho debió afectarle la inmensa desgracia que abrumó de nuevo su cabeza, pues su rostro, notablemente pálido y enflaquecido, demostraba las huellas de un pesar desgarrador; su pesadez, lo tardo de sus movimientos y lo encorvado de su cuerpo, denotaban que habian hecho en su noble ánimo mas impresion los disgustos y la desventura de su nieta que los años con su marcado y lento paso.

La pobre Clementina seguía loca; habíala abandonado la razon en un momento de exaltacion nerviosa ocasionada por un golpe terrible, y aunque don Gil hizo ir á Villacotin los mejores médicos de la corte, no consiguieron devolvérsela, siendo la ciencia ineficaz para salvar á la infeliz jóven. Opinaron, sin embargo, que acaso con el tiempo volveria á la razon, ó quizá llegando á sentir otra sacudida tan fuerte como la que ocasionó su trastorno.

Entónces y perdiendo completamente la esperanza, se retiró con la pobre Clementina á Valle-Real, abrigando quizá la remota idea de que si en aquellos valles donde habia sido tan feliz no encontraba una completa curacion, hallaria un alivio por lo ménos. Y no se engañó en su juicio; pues Clementina, desde que se trasladaron á la ribera, no volvió á sentir los frenéticos y desesperados accesos que la acometieron en Villacotin, regenerando su locura en una monomanía pacífica y tranquila, pero en extremo dolorosa

para los que estaban á su lado viendo continuamente aquel delirio y aquel constante extravío de su razon.

Escuchemos la conversacion de don Gil con el mayordomo, y nos enterarán mas minuciosamente de la triste situacion de unos y de otros.

— Mira, Pedro, ven; me apoyaré en ti.

— ¿No estáis, bien, señor? dijo el marido de Marta aproximándose.

— Si; pero quiero contemplar de cerca á la infeliz.

— Ahora está tranquila, desde aquí se la ve sentada á la sombra de aquel árbol, tejiendo como siempre sus coronas de siemprevivas.

— ¡Es mucha mania! ¡Cuántas coronas tendrá hechas desde que vinimos!...

— ¡Y qué queréis! mas vale que se ocupe en eso; y no es poca la mejoría que hemos conseguido; siquiera no la vemos furiosa y con aquellos accesos que la acometian dejándola por fin sin fuerzas para sostenerse.

— Tienes razon; mas tambien es doloroso ver que no me conoce ni recuerda nada de vosotros, ni de estos sitios; dominada por una idea única, solo en ella piensa y no hay otros objetos que la puedan distraer.

— De su desgraciada madre tampoco se olvida; siempre la está nombrando, y de las coronas que teje, tiene buen cuidado de separar una todos los dias para colocarla en su sepulcro.

— ¡Y todas las demas para Alberto!... ¡siempre Alberto!.....

— Se ha fijado en esa idea y es la base de su locura ; cuando escuchó que eran hermanos, debió comprender que habia muerto para ella, y al sufrir el trastorno mental lo tradujo porque habia muerto para el mundo tambien, y no será posible hacerla comprender otra cosa.

— ¿ Y dime, qué se sabe del marqués ?

— Todos los dias veo á su mayordomo y da muy pocas esperanzas ; dicen que está animado y alegre á veces, pero su palidez y su salud cada dia van decayendo mas y mas. Acaba de ser padrino de la boda de su secretario y se ha mostrado al parecer muy satisfecho. Y á propósito, ahora que hablamos de él, por allí viene su mayordomo.

— ¡ Es verdad ! y se dirige hácia aquí.

— Acaso me busque, voy á ver, dijo Pedro saliéndole al encuentro.

Á poco rato llegaron ambos á la presencia de don Gil.

— Muy buenos dias, señor don Gil, ¿ cómo vá ?

— ¡ Hola ! Remigio, cómo por aquí ? le contestó el anciano despues de haber correspondido á su atento saludo.

— Si, señor, vengo á informarme de la salud de la señorita, de la vuestra, y á traer esta carta de mi amo.

— ¡ La señorita sigue lo mismo ! á veces está los dias enteros tejiendo coronas, ó sentada sobre la arena escribiendo un nombre que borra y vuelve á poner millones de veces, sin hallar ni un solo momento monotonía en su ocupacion.

— ¿ Y vos cómo os encontráis ?

— Yo cada dia peor : voy perdiendo las fuerzas y la agilidad ; hace dos meses á nadie necesitaba para manejarme, y hoy no puedo moverme sin el auxilio de un baston y del brazo de Pedro. ¡ Cómo ha de ser ! ¡ sufrimientos de la vida humana !

— Tambien tenéis mucha edad.

— Si, es cierto ; pero en mí han hecho mas mella los disgustos que los años.

— Pues la salud del marqués, no creo sea muy buena, sin embargo parece que está muy alegre y espera restablecerse respirando estos aires.

— ¿ Luego se ha decidido á venir ?

— Si, señor, le esperamos de un momento á otro ; en esta carta os lo dirá.

— Voy á leerla, dijo don Gil abriéndola y poniéndose las gafas.

Hé aquí su contenido :

« Padre mio : al daros este dulce nombre comprenderéis que soy digno de vuestro paternal cariño, y del fraternal afecto de mi hermana. ¡ Oh ! sí, creedlo ; una lucha atroz ha sostenido mi débil naturaleza, y por fin conseguí salir triunfante, teniendo el inmenso placer de haber visto trasformarse mi delirante pasion en un afecto puro, dulce, y tranquilo como el tenue suspiro de las brisas matinales.

» En este convencimiento voy á Valle-Real á pasar mis dias á vuestro lado, esperando que segun vuestra

oferta recibiréis con los brazos abiertos á vuestro afectísimo hijo

» ALBERTO. »

El anciano, conmovido en extremo, cerró la carta, y con un acento en el que se traslucía su viva emoción preguntó á Remigio :

— ¿Y decís que su salud no es muy buena?

— Por lo ménos los médicos no dan esperanza.

— ¡Infeliz! murmuró el anciano enjugándose una lágrima. ¡Acaso en esto que llama triunfo haya gastado todas sus fuerzas y le cueste la vida!...

Remigio, despidiéndose de don Gil, pidió permiso para ir á saludar á Clementina, el que le fué otorgado sin inconveniente.

Cuando quedaron solos, dijo el anciano á Pedro :

— El marqués vendrá esta tarde y es preciso preparar á Clementina. Los médicos me dijeron que quizá una emoción tan fuerte como la que sufrió al perder la razón, se la devuelva; veremos si la presencia de Alberto obra este milagro. En cuanto á su pasión, nada debemos temer; él viene curado y ella siempre está nombrándole hermano sin acordarse de sus amores y conservando fija la idea de su sagrado é íntimo parentesco.

— Como que hirió su corazón hasta el extremo de trastornarla.

— Vamos, Pedro, ayúdame; iremos preparando el terreno : luego convinaremos con Alberto el medio

de proporcionar su entrevista de la manera mas conveniente y que le produzca mas efecto.

— No os incomodéis, señor; Clementina viene hácia aquí con Marta, dijo Pedro haciendo sentar nuevamente al anciano.

La anciana y fiel nodriza seguía á la jóven con amarga tristeza, y de vez en cuando enjugaba con la punta de su delantal una lágrima furtiva pronta á rodar á lo largo de su mejilla.

Clementina la sorprendió en uno de estos movimientos, y volviéndose hácia ella exclamó :

— ¿Por qué lloras?

— Por que te quiero mucho, hija mia.

— ¿Y quién eres tú para quererme á mí?

— ¿Soy Marta; no me conoces?

— No; todos pretenden engañarme, ninguna de las personas que me amaban están á mi lado, huyeron tras de mi abuelo, amedrentadas sin duda por el estruendo de esa perenne tempestad que ruge sobre mi cabeza.

Marta volvió á enjugar otra lágrima.

En tanto la pobre loca, vestida de blanco, con los cabellos en desórden, se fué acercando al emparrado.

®

## CAPÍTULO XXXIII.

DEMENCIA.

XIV.

No es ya Clementina aquella hermosa y esbelta jóven que hemos conocido junto al árbol de la esperanza. Volvemos á verla apenas trascurridos tres meses en un estado lamentable y desconsolador. Es solamente la sombra de aquella mujer seductora. Pálida, demacrada y tan flaca, que da lástima verla; su tez parece de nácar, resaltando solo en su movible fisonomía sus hermosos ojos negros y rasgados, que lejos de perder su fulgor han adquirido un brillo febril y una expresion particular que demuestra la terrible enfermedad que abate á la desgraciada jóven.

La palidez de su cutis se confunde con la blancura de su larga túnica de batista que lleva ceñida á la cintura con una cinta de raso azul. Los flotantes rizos de sus cabellos caen en desórden por la espalda,

y agitados suavemente por la brisa tocan á veces aquella frente abrasadora que se inclina agobiada bajo el peso de un pensamiento cruel.

— ¡Clementina! hija mia, ¿dónde vas? dijo el anciano con melancólico tono viendo que pasaba á su lado sin detenerse.

— ¿Quién eres tú? ¿á qué me llamas? Voy á buscar unas cintas para concluir estas coronas.

— Siéntate aquí, y hablaremos.

— ¡Oh! no; la hora sonará y debo llevarlas terminadas al sepulero de Alberto y al de mi madre.

— No importa, Clementina, siéntate, yo traeré cintas, dijo Marta, comprendiendo una seña de don Gil.

Pedro la presentó una silla.

— Siempre os empeñáis en contrariar mis deseos; sin duda mi abuelo, resentido por mi desobediencia, os ha puesto á milado con encargo de atormentarme.

— ¡No digas eso, hija mia! tu abuelo te ama con delirio y solo desea tu bien, exclamó don Gil enjugando una lágrima.

— Tú no habrás conocido á mi abuelo. ¡Ah! ¡era tan severo!... tan inexorable... ¡yo le hubiera dicho, quiero á mi Alberto!... pero no podia!... su mirada imponente me aterraba... entónces eché á correr con Ines, íbamos por el campo, los relámpagos iluminaban el camino... los truenos causaban en los aires una confusa armonía. ¡Ay! de repente una voz que debió salir de entre las densas nubes nos gritó: ¡Sois hermanos!... ¡hermanos!... repetian los ecos y las

montañas ; ¡ hermanos ! gritaron nuestros labios con terror . ¡ Alberto se llevó las manos al pecho, un rayo de la tempestad debió herirle, porque murió sin decirme adios !... ¡ ya no me amaba !... ¡ y yo á él sí, era mi hermano, y yo pobre huérfana solitaria en el mundo me así á tan dulce y fraternal afecto y le quiero como á mi madre... á los dos les llevo coronas y ellos en el cielo ruegan á Dios por la triste Clementina !...

— Pero no has llorado por su muerte, nunca he visto lágrimas en tus ojos, dijo don Gil conociendo cuán benéfico sería para ella un llanto copioso.

— ¡ Llorar ! ¡ ay ! ¡ si no puedo !... ¡ parece que mi corazón se ha petrificado y nada siento !...

— ¡ Infeliz ! murmuró el anciano ; luego cogiendo las manos de la pobre demente y atrayéndola hácia sí exclamó : ¿ Y quisieras ver junto á ti á tu abuelo y á tu hermano ?...

— ¡ Ay ! ¡ si quisiera ! pero ofendí tanto á mi buen abuelo, que irritado contra mí marchó para no volverme á ver jamas, no vuelve, ni quiere perdonar mi crimen :

— Sí, te perdona y te ama.

— ¡ Me ama ! ¡ y no viene !...

— Vendrá muy pronto con Alberto.

— ¡ Con Alberto. !

— Sí, Dios en su infinita bondad ha permitido que no muera ; viene á verte como un hermano cariñoso, y para mas consuelo te trae el perdón y las caricias de tu abuelo.

— ¿ No me engañas ?

— ¡ Engañarte ! no por cierto.

— ¿ Y cuando vendrán ?...

— Esta noche te aguardan en la ermita, con Tirso y con tu amiga Ines.

— Pues no llevo las coronas hasta luego ; mira, guárdamelas en una caja.

— Bien, traélas y vente conmigo á descansar un rato ; ¿ quieres ? dijo Marta.

— ¡ Descansar ! ¿ y para qué ?

— Porque el sueño fortifica los sentidos y devuelve á las mejillas el sonrosado color de la juventud ; tú estás pálida, y debes dormir para que Alberto te encuentre hermosa.

— Tienes razón ; yo quisiera dormir y no puedo, lo mismo que las lágrimas, el sueño huye de mis ojos ; ¿ y sabes por qué es ?

— ¡ Dímelo !...

— Porque la tempestad ruge sobre mi cabeza y me espanta... ¿ oyes el ruido del trueno ?... ¡ ay ! ven, ven... me estremezco... y el cárdeno fulgor de los relámpagos hiere la vista... ven... vámonos...

Cubriéndose la cara con las manos, y como si realmente oyese la tempestad, echó á correr la desgraciada escondiéndose en su habitación con las ventanas cerradas donde permaneció casi todo el día silenciosa y triste.

Don Gil, apenas le anunciaron la llegada del marqués, se trasladó en su carruaje al palacio de Valle-Real. La entrevista fué tierna y sentida, y en extremo afectuosa por parte de ambos, esforzándose uno y

otro en demostrar sus sentimientos, y acordando por último el modo de causar un efecto grande en Clementina, á ver si hiriendo su imaginacion de una manera impresionable y fuerte conseguian volverla á la razon.

El noble anciano, despues de unas cuantas horas que pasó cerca del marqués, se retiró á su casa con la dulce y consoladora esperanza de salvar á su nieta, y con el corazon traspasado, porque en el pálido y macilento rostro de Alberto, vió impresas las terribles huellas de una enfermedad incurable, y adivinó que tras aquella forzada sonrisa escondia la muerte su iracundo y torvo ceño.

— ¡Tan jóven y morir! murmuró don Gil con dolorido acento cuando en camino ya de su quinta se halló solo con Pedro.

— ¿Tan malo le encontráis?

— Sí, Pedro; ese infeliz vivirá solamente lo que las hojas en los árboles. Mira, ya todos esos arbustos que guarnecen la ribera medio agostados por un sol estival, en breve los aquilones de otoño arrastrarán seca y marchita su pomposa hojarasca; entónces tambien el cierzo helado de la inexorable parca llevará en pos de sí el vital aliento del noble jóven, poco hace tan gallardo y animoso.

— ¡Infeliz! murmuró el mayordomo condolido; y ambos bajando la cabeza con amarga melancolia penetraron en la florida y risueña quinta.

Marta llorando les salió al encuentro.

— ¿Qué hay? preguntó don Gil.

— ¡Oh Dios mio! ne puedo con ella, permanece escondida en el rincon mas oscuro de su cuarto, siendo inútiles mis esfuerzos para hacerla tomar algun alimento.

— ¿Y habla de la venida de Alberto?

— Son las únicas palabras que la oigo pronunciar; dice que está rezando para que su hermano y su abuelo vuelvan pronto, y perdonándola, hagan alejar esos horribles truenos que la acongojan y amedrentan.

— ¡Oh! pues nos hemos salvado; haz que siga alimentando esa idea, y esta noche apénas las primeras sombras comiencen á enlutar los campos, la lleváis á la ermita de Villaverde; allí estaré yo con el marqués.

— Bien, señor: seréis obedecido.

— Y ahora déjala tranquila.

— ¿Oyes? te llama, dijo Pedro escuchando la voz de la jóven.

En efecto, sentíase en el fondo de un gabinete la temblorosa voz de la infeliz que gritaba:

— ¡Ven, ven: no me dejes sola!... ¡los relámpagos me ciegan, y el ronco ruido del trueno me espanta!... ¡Corre... corre, ya viene mi abuelo y Alberto, sí, sí, ellos me salvarán!...



## CAPÍTULO XXXIV

SALVACION Y MUERTE.

XV.

La ermita de Villaverde hallóse adornada de flores y multitud de luces al anohecer del día en que debían verse los dos hermanos.

Várias personas se ocultaban en uno de sus ángulos, aguardando la llegada de otras que no debían tardar. Con efecto, el ruido de un coche se sintió á lo léjos y poco despues Clementina, asida del brazo de un jóven y entendido médico que acompañó al marqués desde Madrid, penetró en el pórtico del santuario.

Marta y Pedro iban detras llevando en graciosos canastillos infinidad de coronas y enormes ramos de frescas y perfumadas flores.

— ¡ No hay nadie ! murmuró Clementina tendiendo la asombrada vista en su derredor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

— Es temprano; no tardarán en venir, la dijo el médico; ¿queréis orar entre tanto?

— Sí, pero tengo miedo.

— ¿De qué?

— De la tempestad que ruge en lontananza.

— Si está el cielo sereno y no empaña el brillo de las estrellas la mas pequeña nube; ¿no lo habéis visto?

— ¿No sentís el ruido?

— Es que vuestra exaltada fantasía confunde el rumor de un carruaje que se acerca con el estridente y prolongado del trueno.

— ¿Luego lo que escucho es el coche de Alberto?

— Tal creo.

— ¡Oh! corramos á su encuentro.

— Deteneos.

— Pero si mi corazón y mi alma vuelan hácia ellos.

— Y si salís al campo no los vais á conocer con la oscuridad de la noche.

— ¡Os enganáis!; tengo tan grabadas sus facciones!...

— Lo creo; mas han cambiado mucho desde que no los veis. Alberto y vuestro abuelo tan hecho un largo viaje, y vuelven enfermos, muy enfermos.

— ¿Y no los conoceré?

— ¡Su palidez y demacración es tan intensa, que os costará trabajo recordar sus facciones de otros días!...

— ¡Oh madre mia! exclamó Clementina arrojándose ante el sepulcro de su madre.

Sentíase ahogada por una viva emoción; el médico lo conoció y la dijo:

— ¿Os sentís mal? ¿juzgáis haber causado la enfermedad de Alberto y de vuestro abuelo?

— ¡Tengo pena!... y quiero que me perdone.

— Sí, os perdonará; don Gil os ama, y ha sufrido mucho: le contemplaréis encorvado por el peso de sus padecimientos; Alberto, aunque enfermo y pálido también, le sirve de báculo y le sostiene; de esta manera ocupa vuestro lugar y cumple por vos uno de los deberes que debíais desempeñar.

Á una señal del doctor, Marta se precipitó gritando hácia Clementina:

— ¡Ya están aquí!... están aquí, hija mia; miradlos, Alberto y el abuelo.

Al propio tiempo se sintió un ruido sordo.

El médico exclamó con voz vibrante:

— Miradlos; la tempestad os los arrebató, y la tempestad los vuelve á vuestros brazos.

Clementina, con la vista fija y los brazos extendidos, se quedó extática ante la aparición de Alberto y de don Gil que, acompañados de Inés y de Tirso, formaban un grupo que iluminaba de lleno la esplendente luz de cien bujías.

— Ellos son, ¿los reconoces?

Empero Clementina no pudo sufrir tan fuerte sensación, y sin contestar al médico, cayó en sus brazos desmayada.

— ¡La hemos asesinado! gritó don Gil precipitándose hácia ella.

— De esta prueba debía resultar su salvacion ó su muerte, dijo el médico, aun no sabemos lo que acontecerá.

En seguida, vertiendo el licor que contenia un frasquito de cristal en los labios de Clementina, hizo que la abrigasen bien trasladándola con el mayor cuidado al carruaje.

Cuando se volvieron á buscar á Alberto, halláronle oprimiéndose el pecho con las manos y con la calma de la muerte en su al parecer sereno semblante.

— ¿Os sentís mal? le preguntaron.

— ¡Estoy bien: llevadme, quiero acompañar á mi hermana!... murmuró con voz débil.

Un golpe de tos le impidió seguir hablando, se llevó el pañuelo á la boca y le retiró manchado de sangre.

Al amanecer del siguiente dia, un cuadro tristisimo contemplábase en una de las habitaciones de la casa de don Gil.

Sin embargo de que la tenue luz de la alborada penetraba por las entreabiertas maderas del balcon, hallábase iluminado el aposento por la brillante luz de ocho bujías colocadas en candeleros de plata.

En un divan forrado de raso azul, estaba Clementina, que aun no habia vuelto de su desmayo. En frente y en un sillón, hallábase Alberto, pálido, cadavérico, y con los ojos animados de un brillo febril como si en ellos se hubiese concentrado todo el calor

de su existencia. Su mirada no se apartaba un solo instante del nacarado rostro de Clementina, como aguardando con ansia el momento en que despertase de tan profundo letargo.

Marta, Tirso é Ines rodeaban á los jóvenes, y el médico acudia de uno á otro volviendo á cada momento á la alcoba, donde sobre un blanco y suntuoso lecho se encontraba el anciano don Gil.

Al salir de la ermita fué acometido de un accidente, perdió el conocimiento y no daba esperanzas de vida.

Un sacerdote murmuraba á su lado y en voz baja las oraciones de los agonizantes.

— Señor doctor, el pulso de Clementina late con mas violencia, dijo Ines que tenia entre las suyas una mano de su inanimada amiga.

El médico acudió al momento, se sentó en el divan, hizo incorporar á la enferma, y sosteniéndola entre los dos, aplicó á su nariz una esencia que debia ser fuertísima, porque inmediatamente abrió los ojos fijándolos con asombro en su derredor.

Su primera mirada se clavó con escrutadora insistencia en Alberto; este, queriendo quizá fascinarla con el magnetismo de la suya, la sostuvo algunos segundos.

En aquel instante el hermoso semblante de Clementina se iluminó con la luz de la razon, las ideas acudieron á su mente y recordando lo pasado exclamó tendiendo los brazos:

— ¡Ah! ¡no era un sueño!... ¿eres tú, Alberto?...

— Yo soy, hermana mia.

— ¡ Ah ! ¡ Dios mio, Dios mio ! gritó la jóven ahogada por los sollozos y rompiendo en un llanto copiosísimo y bienhechor.

— ¡ Está salvada ! gritó el médico.

— Lloro, querida mia, llora en mi seno, repuso Ines con indecible ternura.

— ¡ Tú tambien, mi querida Ines !

— ¿ Me reconoces ?

— Si, sí; ¡ y a Marta y á Pedro !... gritó sin dejar de llorar y estrechando á todos con efusion.

Las puertas del dormitorio se abrieron y el sacerdote dijo desde el umbral :

— Don Gil ha oído el grito de su nieta y quiere bendecirla.

— ¡ Mi abuelo ! gritó la jóven precipitándose á la alcoba seguida de los circunstantes.

Alberto apoyándose en Tirso tambien se acercó al lecho funerario.

Don Gil estaba en la agonía ; aunque habia perdido la facultad de hablar, la elocuencia de su mirada y el expresivo movimiento de su mano, demostró que conservaba los demas sentidos en toda su lucidez.

Clementina y Alberto se acercaron, y poniéndose de rodillas, sintieron la helada mano del moribundo sobre su cabeza ; era su postrera bendicion que quiso articular su labio, pero del cual solo salió un sonido inarticulado y ronco, al que siguió el estertor de la agonía.

Poco despues señalaba al cielo con la mano, y besando con fervor un crucifijo exhaló el último suspiro.

Clementina, predispuesta á llorar, siguió derramando un llanto copiosísimo, que fué para su oprimido corazon un rocío benéfico, fué el bálsamo salvador que la iluminó su mente con la espléndida luz de la razon.



## CAPÍTULO XXXV.

EPILOGO.

I.

Apénas trascurrido un mes del fallecimiento de don Gil, hallábase en una estancia del palacio de Valle-Real, el jóven y moribundo marqués, rodeado de su triste hermana y de sus leales amigos.

Las brisas de octubre comenzaban á despejar los arbustos de su pomposa hojarasca, que formando caprichosos giros alombraban el valle, concluyendo por caer en el río y siendo arrebatadas por su rápida y espumosa corriente.

Estaba el sol próximo á ocultar su luminoso disco en occidente; sus últimos y pálidos destellos vertían

una luz diáfana y melancólica en el tapizado aposento del enfermo.

Tristísimo era el cuadro que se ofrecía á los ojos del espectador y amargo y cruel debió ser para Clementina que presenciaba impasible aquella agonía lenta y prolongada, aquel dulce gemido del infeliz Alberto, que poco á poco y con la santa resignacion del buen cristiano, iba perdiendo los contados instantes de su preciosa existencia.

Para mas comodidad, habíale colocado en un sillón donde, rodeado de almohadas descansaba mucho mejor que en el lecho.

Ines, arrodillada á sus piés, le presentaba una hermosa imagen de la Virgen, y recitaba en voz baja una plegaria, que Alberto con la mas pura contriccion repetía con dulzura.

Clementina, con las manos unidas, el cabello tendido sobre la espalda y la mirada brillante, contemplaba á su hermano con impasible calma, y se resistía á los esfuerzos del médico y de Tirso que pugnaban por llevársela á otra habitacion, conociendo que al marqués le restaban pocos momentos de vida.

— ¡Oh! no; dejadme aquí.

— Señora, salid; os lo rogamos.

— Nunca, Tirso; prometo permanecer á su lado hasta recoger su último suspiro.

— Esa resolucíon puede alterar vuestra salud.

— No lo creas; yo de todos modos le seguiré muy en breve á la tumba.

Aunque estas frases se pronunciában en voz baja

y en un extremo de la habitacion, no dejó el perspicaz oído del enfermo de percibir alguna, por lo cual comprendió de lo que trataban sus amigos.

— ¡Clementina! murmuró con apagado acento.

— ¡Hermano mio! aquí estoy.

— Deseo que te retires á descansar; tanta fatiga te hará daño.

— ¡Oh! no; mi único anhelo es permanecer cerca de ti.

— ¿Pero sabes el destino que me aguarda?

— Sea el que quiera, me tendrás á tu lado cumpliendo mis deberes de hermana.

— Sea, pues; mas no olvides que voy á morir.

— No pienses en eso.

— Sí, hermana mia; ya siento en mi pecho el estertor de esta agonía que estoy sufriendo hace un mes, y el frio de la muerte penetra hasta la médula de mis huesos. Dáme la mano, y no te asuste su helado contacto.

Clementina, arrodillándose junto á Ines, asió las manos de Alberto; gruesas lágrimas rodaron á lo largo de sus mejillas.

— Lloro, hermana mia, lloro; el llanto dulcifica los mas acerbos dolores, y yo quiero que desahogues tu pena, que te consueles, y despues, que seas feliz en este mundo. Solo te pido un recuerdo: que cubras alguna vez de flores mi triste tumba, ¿me lo prometes?

— ¡Oh! sí; dedicaré las mañanas á la oracion ro-

gando por ti, por mi madre y por mi abuelo; las tardes las emplearé en llevar coronas á vuestros sepulcros.

— ¡Reza tambien por nuestro padre!...

— Rezaré para que Dios le perdone el mal que hizo á mi desgraciada madre.

Alberto habia hecho un penoso esfuerzo por hablar, y dobló abatido la cabeza sobre el pecho; así permaneció algunos instantes, luego se retuvo y continuó dirigiendo á todos las frases mas dulces y consoladoras.

No perdió ni un solo momento sus facultades, y cuando apoyando la frente en el hombro de su hermana rindió su espíritu al Señor, todos le creyeron dormido.

La tranquilidad y la hermosa paz del que muere con la conciencia del justo, se retrató en sus facciones.

Con el último fulgor del vespertino crepúsculo, voló su alma á la mansion eterna.

Las aves de la selva la despidieron con su concierto, el río con su lánguido murmurio, y las brisas de la tarde con su plácido rumor.

Sus amigos lloraron en silencio, elevando al cielo fervientes preces por el eterno descanso de su alma.

Clementina sufrió aquel tremendo golpe con la resignacion mas evangélica; lloró en silencio y no se apartó del cadáver de su hermano hasta que hubo cumplido para con él todos los deberes que la religion prescribe.

Todos la creyeron completamente curada, atreviéndose á presagiarla un porvenir risueño; empero aquella calma era la mensajera de la muerte. La desdichada jóven estaba herida en el corazon, y su triste vida no podia prolongarse mucho tiempo.



## CONCLUSION

### II.

Dos años después de la muerte del marqués y en una fresca y apacible tarde de Octubre, hallábase en el palacio de Valle-Real casi todas las personas que amaban á Clementina.

Ines y Tirso, llevando de la mano un hermoso niño, dulce fruto con que el Señor había coronado su himeneo, se paseaban á lo largo de una calle de rosales, sosteniendo una animada conversacion.

Marta y Pedro los seguían á una distancia regular. En las gruesas facciones de los leales criados, veíase impresa la mas profunda tristeza.

— ¡Ay, querido Pedro! decía Marta llorando, también ella nos abandona.



— No puede ménos de morir; la vida que hace, no es para durar muchos años.

— ¡Pobrecita! de dia en dia se la ve palidecer, y desde que no llora he visto adquirir á sus facciones una expresion que no tenian.

— Ella con la resignacion de una santa habla de su muerte, y se manifiesta satisfecha.

— Sí, y es mucho su valor; ayer nos decia á doña Ines y á mí: « Quiero que el dia de mi muerte me pongáis este traje blanco y esta corona de flores. »

— ¿ No es el que lleva puesto ?

— Sí, por un capricho singular me le pidió esta tarde; yo me admiré viendo que se lo ponía, y preguntándola dónde iba, me contestó:

— ¿ Al panteon; no lo sabes? voy á rezar como siempre.

La conversacion de Ines y Tirso, aunque comenzó de otra manera, llegó á tomar el mismo giro que la de Marta y Pedro. Oigamos lo mas interesante para nuestra narracion.

— ¿ Y qué piensas hacer de tu pobre madre? dijo Tirso á su esposa.

— Yo por mi gusto, y si tu apruebas mi pensamiento, la haré venir á nuestro lado. Gracias á Dios con la bonita y saneada hacienda que el marqués nos cedió como regalo de boda, podemos ofrecerla una existencia independiente, cómoda y tranquila.

— Sí, querida mía; hazla venir, su ancianidad necesita el amparo de nuestro cariño, y al lado de Dolores solo tendrá disgustos, porque el perverso ca-

rácter de esta hija desnaturalizada no puede proporcionarla ningun momento de felicidad.

— El caso es que se vendrá ella tambien.

— No importa; yo haré que nos respete, y ó tendrá que reprimir su envidia y sus malos instintos, ó sufrir el desprecio de todos.

— Quiera Dios que se enmiende; si esto no sucede, preveo un fin funesto para la desgraciada.

— ¡ Mamá, sentar, sentar aqui!.. gritó el niño con su balbuciente idioma infantil, y haciendo con esto variar de giro la conversacion que sostenian los padres.

— Sí, hijo mio, nos sentaremos; y precisamente has elegido el mejor sitio; desde aqui vemos el panteon y no perdemos de vista á Clementina.

— ¿ Y sabes que su rezo dura esta tarde mucho tiempo? dijo Tirso.

— Es verdad; hace mas de dos horas que bajó. ¡ Ah! yo preveo una catástrofe; no puede vivir con semejante vida, es imposible. Cuidado, que se necesita mucha constancia y un temple de alma como el suyo, para alimentar dia por dia ese dolor grave, inmenso, pero tan resignado, tan melancólico, que no admite lenitivo ni consuelo de ninguna clase.

— Hubiera sido mejor verla loca que sufriendo ese padecimiento prolongado y continuo que va minando su existencia, su salud, y robando el color á sus mejillas y la animacion á sus ojos.

— ¡ Pobrecilla! cualquiera al verla diria que es la sombra nada mas de aquella jóven tan esbelta y gallarda en otro tiempo.

Clementina, en tanto que sus amigos la aguardaban en el jardín, se dirigió al panteón de la ilustre familia de Villa-Real, en el cual, por disposición de Alberto, se habían depositado los restos mortales de don Gil, los de la desgraciada Elisa, madre de Clementina, y después los suyos.

Desde que la noble y desdichada niña quedó sola en el mundo, acudía todas las tardes, y ante los sepulcros de los tres oraba largo rato, dejándolos adornados de frescas y perfumadas flores.

Hallábase iluminado el panteón por la trémula luz de una lámpara de plata, y por el tibio resplandor de los últimos rayos del crepúsculo.

La vaporosa figura de Clementina dibujábase aérea y fantástica entre la multitud de flores que tenía cerca de sí, para ir las colocando por su orden en las losas funerarias.

De rodillas, con las manos unidas, con los ojos elevados al cielo en actitud suplicante, murmuraban sus labios una tiernísima plegaria.

Calló un momento; luego, sintiendo en el corazón un dolor agudísimo, exclamó:

— ¡Oh Dios mío! Voy á morir; siento el frío de la muerte circular por mis venas y conozco que mis días están cumplidos sobre la tierra.

¡Perdon, Dios mío! no he tenido fuerzas para calmar este inmenso dolor que por espacio de dos años ha ido destruyendo mi débil naturaleza y me conduce á la tumba.

¡El mundo con su pompa y su grandeza fué para

mí un páramo desierto!... La felicidad ¡ay! no la encontré mi triste corazón; corrí tras ella y cual una fantástica sombra se alejó de mí, dejándome únicamente el llanto, la soledad, y el desconsuelo. ¡Felicidad! nombre vano en la tierra; ¡solo existe en el cielo eterna y durable! ¡por eso mi alma la busca á través de ese límpido azul del firmamento!

Quedó un instante embebida en honda meditación. Cuando levantó la cabeza, todas las señales de la muerte se advertían en su pálido y demacrado rostro.

Los flotantes rizos de sus largos cabellos, tendidos por la espalda, la envolvían cual un velo fúnebre; con su diáfana y blanca túnica y la corona de mirto que adornaba sus sienes unido á su nacarada palidez, aparecía cual una virgen, que se despidió del mundo para penetrar en las mansiones eternas.

Sus ojos iban perdiendo el brillo que los animaba, y la languidez apoderábase por completo de aquellos miembros fríos como el mármol de los sepulcros.

Sus labios, con una voz tan débil como el tenue suspiro de la brisa, pronunciaron las últimas palabras.

— ¡Oh madre mía! murmuró lanzando su postrimer mirada. ¿Me llamas? allá voy... Sí, sí, quiero habitar contigo y que me bendigas... ¡Tú también, hermano mío, mi querido Alberto, te sonríes y luce en tu frente una auréola de ventura que yo jamás encontré en este mundo!... ¡Ah! ¡es la dicha eterna!... ¡es la paz del alma que refleja en tu rostro!...

¡Esperadme, ya siento desatarse los terrenos lazos que me sujetan á la vida y mi espíritu libre de estas ligaduras volará al seno del Señor!...

¡Cuán feliz voy á ser á vuestro lado!... ¡Adios, Ines mia!... ¡adios, Marta! ¡tiernas amigas, constantes testigos de mi amarga desventura, adios!...

¡No me lloréis; Alberto y mi madre me llaman, la esperanza me sonríe y la hermosa y pura fe que alienta mi corazón crece y se eleva hasta el trono del Señor!...

¡Adios, amigos míos!... ¡adios, auras balsámicas de la ribera... flores hermosas de mi querido valle!... ¡adios!... ¡Virgen de Villaverde, acógeme bajo tú manto de amor!...

¡Madre mia!... ¡Alberto! ¡mi querido hermano! ya... os... sigo...

El soplo de la muerte enmudeció su labio, sus ojos se cerraron á la luz del día, y su inanimado cuerpo cayó sin vida sobre las flores y al pié del sepulcro de su adorada madre. El alma habia volado á las regiones eternas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## ÍNDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO I. — El agente de la sombra . . . . .	5
CAPÍTULO II. — Historia de lágrimas . . . . .	13
CAPÍTULO III. — Salvacion . . . . .	22
CAPÍTULO IV. — Sebastian. . . . .	30
CAPÍTULO V. — Juramentos . . . . .	37
CAPÍTULO VI. — El robo . . . . .	45
CAPÍTULO VII. — Las dos hermanas . . . . .	52
CAPÍTULO VIII. — Incertidumbre . . . . .	60
CAPÍTULO IX. — Despedida . . . . .	68
CAPÍTULO X. — Fracaso. . . . .	76
CAPÍTULO XI. — Doblez . . . . .	83
CAPÍTULO XII. — Encuentro . . . . .	92
CAPÍTULO XIII. — Acceso. . . . .	100
CAPÍTULO XIV. — Reprimenda paternal . . . . .	108
CAPÍTULO XV. — Reconciliacion. . . . .	115
CAPÍTULO XVI. — Resúmen . . . . .	120

¡Esperadme, ya siento desatarse los terrenos lazos que me sujetan á la vida y mi espíritu libre de estas ligaduras volará al seno del Señor!...

¡Cuán feliz voy á ser á vuestro lado!... ¡Adios, Ines mia!... ¡adios, Marta! ¡tiernas amigas, constantes testigos de mi amarga desventura, adios!...

¡No me lloréis; Alberto y mi madre me llaman, la esperanza me sonríe y la hermosa y pura fe que alienta mi corazón crece y se eleva hasta el trono del Señor!...

¡Adios, amigos míos!... ¡adios, auras balsámicas de la ribera... flores hermosas de mi querido valle!... ¡adios!... ¡Virgen de Villaverde, acógeme bajo tú manto de amor!...

¡Madre mia!... ¡Alberto! ¡mi querido hermano! ya... os... sigo...

El soplo de la muerte enmudeció su labio, sus ojos se cerraron á la luz del día, y su inanimado cuerpo cayó sin vida sobre las flores y al pié del sepulcro de su adorada madre. El alma habia volado á las regiones eternas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## ÍNDICE

### DEL TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO I. — El agente de la sombra . . . . .	5
CAPÍTULO II. — Historia de lágrimas . . . . .	13
CAPÍTULO III. — Salvacion . . . . .	22
CAPÍTULO IV. — Sebastian. . . . .	30
CAPÍTULO V. — Juramentos . . . . .	37
CAPÍTULO VI. — El robo . . . . .	45
CAPÍTULO VII. — Las dos hermanas . . . . .	52
CAPÍTULO VIII. — Incertidumbre . . . . .	60
CAPÍTULO IX. — Despedida . . . . .	68
CAPÍTULO X. — Fracaso. . . . .	76
CAPÍTULO XI. — Doblez . . . . .	83
CAPÍTULO XII. — Encuentro . . . . .	92
CAPÍTULO XIII. — Acceso. . . . .	100
CAPÍTULO XIV. — Reprimenda paternal . . . . .	108
CAPÍTULO XV. — Reconciliacion. . . . .	115
CAPÍTULO XVI. — Resúmen . . . . .	120

CAPÍTULO XVII. — Continúa el anterior . . . . .	128
CAPÍTULO XVIII. — La quinta de Valle-Real . . . . .	134
CAPÍTULO XIX. — La ermita de Villaverde . . . . .	142
CAPÍTULO XX. — Clementina y Alberto. . . . .	149
CAPÍTULO XXI. — El Trovador. . . . .	157
CAPÍTULO XXII. — El árbol de la esperanza. . . . .	168
CAPÍTULO XXIII. — ¡ Pobres amantes ! . . . . .	176
CAPÍTULO XXIV. — Separacion. . . . .	184
CAPÍTULO XXV. — Las dos amigos. . . . .	192
CAPÍTULO XXVI. — Visita nocturna. . . . .	202
CAPÍTULO XXVII. — La sorpresa. . . . .	209
CAPÍTULO XXVIII. — Melancolia. . . . .	217
CAPÍTULO XXIX. — Lazos rotos. . . . .	226
CAPÍTULO XXX. — El manuscrito. . . . .	233
CAPÍTULO XXXI. — Curacion. . . . .	243
CAPÍTULO XXXII. — La carta. . . . .	249
CAPÍTULO XXXIII. — Demencia. . . . .	256
CAPÍTULO XXXIV. — Salvacion y muerte. . . . .	263
CAPÍTULO XXXV. — Epilogo. . . . .	271
Conclusion. . . . .	277

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUEV  
LIOTEC